

# CAUTIVA

*de mi Señor*

Sophie West

Bilología ¡¿Secuestrada?! Vol. 1



Novela Erótica

# Contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[NOVELAS DE LA AUTORA](#)

[MÁS DE DIRTYBOOKS](#)

## Prefacio

Branden Ware era un capullo. Guapo, sí, eso no podía negarlo, con un aura sexy que la ponía muy nerviosa, con esos fuertes pómulos, los labios jugosos y ese cuerpazo de infarto que le quitaba la respiración. Pero un capullo, al fin y al cabo, que la había tenido trabajando hasta las tantas de la noche buscando antiguos informes y resoluciones para uno de sus casos.

Branden era una de las estrellas en auge de la firma de abogados en la que trabajaba como archivista, Hooper, Maloney y asociados, y no entendía por qué narices tenía que ponerle la piel de gallina cada vez que lo veía.

—Capullo —repitió por lo bajo mientras subía las escaleras del metro.

Eran las diez de la noche pasadas, y la calle estaba desierta. El calor empezaba a ser molesto, y Jailyne se había quitado la chaqueta y la llevaba colgada del brazo. Vestía un traje chaqueta gris clarito, el uniforme del despacho, como ella lo llamaba, con una blusa blanca y unos zapatos de salón de tacón bajo, formales pero cómodos. Subió el último escalón y respiró profundamente, cerrando los ojos durante un instante. El lunes acababa de terminar y preveía una semana larga y terriblemente aburrida hasta el próximo fin de semana.

Enfiló la calle en dirección a su casa. Compartía apartamento en el SoHo, en una típica casa de fachada amarilla que habían dividido en pequeños estudios. Le gustaba vivir allí. A pesar de la gentrificación, el barrio todavía mantenía ese aspecto bohemio tan característico que la hacía viajar a los años setenta, cuando aquel lugar era un reducto de artistas despreocupados. El alquiler no era bajo, pero su sueldo era bastante decente y compartir los gastos con Kendra, su amiga y compañera de trabajo, lo hacía asequible.

Sus tacones resonaron sobre el pavimento de la acera y el eco rebotó contra las paredes. Jailyne se desabrochó los dos botones de arriba de la blusa y se abanicó con la mano. Junio estaba siendo especialmente caluroso, y la ropa que la obligaban a llevar en el trabajo no era fresca precisamente.

Pasó por delante del Victor's, un pequeño restaurante italiano cuyo dueño estaba bajando la persiana, terminada ya su jornada. Lo saludó con una sonrisa y este se la devolvió. Solían ir allí con Kendra a menudo, sus pizzas eran de las mejores y su lasaña... mmmm. Se le hizo la boca agua solo de pensarlo.

Giró la esquina y apresuró el paso. Ya podía ver la fachada de su casa. Se daría un baño en cuanto llegara, se tomaría una copa de vino y, si Kendra se lo permitía, se metería en la cama. Aunque podía ser que la estuviera esperando para ver el nuevo episodio de Anatomía de Grey, con un gran bol de palomitas preparado. Si era así, no tendría más remedio que acompañarla. ¡La de cosas que hacía por la loca de su amiga!

Como acompañarla al Taboo, el club de BDSM al que se empeñó en ir el sábado pasado. Todavía se moría de vergüenza al recordar lo que había pasado en aquel tétrico lugar. De todas las personas que hubiese imaginado encontrar, desde luego, Branden Ware no era una de ellas. Pero allí estaba, vestido de una manera informal que jamás le había visto, con un pantalón vaquero y una camiseta ajustada que le sentaba como un guante, mirándola con aquellos penetrantes ojos castaños que la hacían temblar como si fuese un pollito recién salido del cascarón.

—Capullo —volvió a musitar, como si aquella palabra se hubiese convertido en un mantra para mantenerlo alejado de su mente—. La curiosidad mató al gato, pero a ti te ha metido en una buena encerrona.

Apenas le quedaban cien metros para llegar a su portal. Inspiró profundamente para controlar el temblor que la sacudió al pensar en lo que le había hecho y apretó la mandíbula con fuerza, decidida a quitárselo de la cabeza. Branden no era para ella. Por muy sexy que fuese, hasta el punto de babear solo al pensar en él; por mucho que ansiara volver a sentir sus grandes manos sobre su piel, y por mucho que en su mente reviviera el espectacular orgasmo que había vivido entre sus brazos, tenía que cerrar de un portazo esa diminuta parte de su vida y mantener el recuerdo bien enterrado para que no volviera a molestarla.

Absorta en sus pensamientos, y deseosa de llegar a su casa, no se dio cuenta de la furgoneta oscura con cristales tintados que giró por la esquina y se acercó a ella por detrás, a una marcha lenta, hasta que fue demasiado tarde. El vehículo se detuvo en seco a su lado, alguien abrió la puerta lateral, y un hombre con pasamontañas saltó para agarrarla. Jailyn intentó gritar, pero una gran mano le tapó la boca con un trapo húmedo al tiempo que con la otra la agarraba por la cintura y la alzaba del suelo. Pataleó, intentando defenderse, pero el hombre era alto y fuerte, y no la soltó. La metió dentro de la furgoneta sin que ella dejara de forcejear. Le clavó las uñas en las manos y consiguió arrearle una patada en la espinilla. El hombre gritó y aflojó la mano que le tapaba la boca, momento que ella aprovechó para gritar primero y morderlo después.

—¡Jailyn, joder!

Esa voz, a pesar de estar distorsionada por el pasamontañas, le resultó conocida. Jailyn se quedó quieta, estupefacta. ¿Quién era? No podía recordar, pero estaba segura de que lo conocía. Intentó seguir peleando, pero su cuerpo empezaba a notar los efectos del sedante que le habían hecho respirar. «El trapo», pensó, mientras sus ojos pesados empezaban a cerrarse. El trapo húmedo que le había puesto en la boca debía estar mojado con algún tipo de tranquilizante.

—Vaya chapuza estás haciendo, de esta nos meten en la cárcel —oyó decir a una voz masculina desconocida, con un tono divertido que le pareció fuera de lugar.

—Cierra la boca y arranca —contestó la voz conocida, evidentemente molesto con la chanza—. No te preocupes, nena —fue lo último que Jailyn le oyó decir antes de caer en la inconsciencia. La voz estaba cargada de una ternura que no supo si permitir que la reconfortara o que la alarmara todavía más—. No voy a hacerte daño.

## Capítulo uno

### *Unos días antes*

Jailyn Middleton estaba de pie delante de la puerta del despacho del señor Ware. En los brazos, llevaba la pila de documentos referidos a los casos que había pedido hacía un rato y que había estado recopilando junto a Susan Prescott, una de las pasantes del despacho. Estaba nerviosa, como siempre que tenía que subir hasta la planta diecisiete, donde estaban los despachos de los abogados de la firma en la que trabajaba.

Respiró con fuerza un par de segundos y apretó los labios con decisión. Por suerte, Carola, la secretaria, no estaba allí, o hubiera tenido que soportar su mirada altanera y la ceja alzada con diversión mal contenida. La muy zorra se había dado cuenta de que Jai bebía los vientos por su jefe y no desaprovechaba ninguna ocasión para hacerle ver que una chica simplona y nada sofisticada como ella no tenía ni una sola oportunidad de llamar la atención del abogado más guapo y sexy del edificio.

Expulsó el aire con dureza, llenándose de determinación, y llamó a la puerta con energía.

A la mierda Branden y a la mierda Carola. Podía ser que ella se pusiese cachonda como una perra solo al mirarlo, pero no iba a dejar que le hiciese perder la cabeza ni la valentía.

La voz de Branden no respondió al otro lado. Quizá no estaba. Indecisa, alzó la mano mientras cambiaba el peso de un pie a otro. Golpeó de nuevo la madera con los nudillos, y esperó. Nada. Estaría en la sala de descanso tomando café, o metido en algún baño metiéndole mano a la secretaria, seguro. No le extrañaría nada que esos dos estuviesen liados. Carola sí era el tipo de mujer que llamaba la atención de los hombres como Branden: sofisticada, elegante y sexy, incluso con la ropa sobria que les obligaban a llevar en el trabajo, con ese pelo rubio moldeado desde la raíz hasta las puntas... Era como una versión moderna de Marilyn Monroe, con peca incluida. No como ella, que parecía una mojegata de pueblo con la blusa abrochada hasta el cuello, la falda por debajo de las rodillas, y los pantis color carne en lugar de las medias de seda con filigranas plateadas que le había visto a Carola más de una vez.

Nada había más anti erótico que unos pantis color carne.

Algo muy parecido a los celos se enroscó en su estómago al pensar en la secretaria enrollándose con Branden, como una serpiente despertada de mala gana, furiosa y con ganas de morderle el culo a alguien.

—Le mordería el culo al señor Ware sin dudarle —musitó, cabizbaja, rindiéndose a la evidencia.

Se quedó unos segundos más delante de la puerta cerrada, mirando el pomo con mucho interés, como si allí hubiera algo súper interesante que hubiese llamado su atención. Después, miró a su alrededor para comprobar que no había nadie observándola. Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa cuando se le ocurrió una idea peregrina que, seguro, no haría más que traerle problemas.

«Si me pillan», se dijo, algo que no tenía porqué suceder.

Puso la mano en el pomo y lo hizo girar. La puerta se deslizó en sus goznes sin hacer ruido alguno y Jailyn la atravesó y cerró detrás de ella antes de que alguien pudiese verla y llamarle la atención.

Jamás había estado allí dentro ella sola, sin la presencia de un Branden demasiado ocupado

para levantar la cabeza de su trabajo para mirarla. «¿Qué coño estás haciendo? —se preguntó, alarmada por su atrevimiento. Si la sorprendía allí dentro, curioseando sus cosas, podría enfadarse mucho. Nadie entraba en los despachos de los abogados cuando estaban vacíos—. Bueno, tú tienes una buena excusa en los brazos, ¿no?», se tranquilizó.

Sí. Con decir que le traía los informes que le había pedido, podría salvar la situación si se daba el caso.

Dejó la documentación sobre uno de los asientos enfrentados a la enorme mesa del despacho y la rodeó. Sobre ella había un ordenador con la pantalla apagada, varios bolígrafos, el teléfono fijo y mucho papeleo desperdigado. No había fotos familiares, ni objetos personales, como en las mesas de sus compañeros. Aquella mesa era impersonal y estaba vacía de recuerdos; solo con mirarla, nadie sabría adivinar quién era su ocupante, podría pertenecer a cualquiera.

Pasó los dedos sobre la madera, acariciando la suave y brillante superficie, y suspiró. ¿Por qué se había encaprichado tanto con aquel hombre que ni siquiera sabía que ella existía? Nunca le había pasado algo así. Ya siendo una adolescente inexperta en temas amorosos, había tenido claro que si un chico no le hacía caso, tenía que borrarlo de su cabeza y enfocar sus energías en otra cosa. Insistir en ir detrás de alguien a quien ella no le interesaba era una pérdida de tiempo, y provocaba daños emocionales que no valía la pena sufrir; nunca había tenido problemas para olvidar, ni siquiera cuando se enamoró como una idiota de Jack Torrance, el *quarterback* del equipo del instituto, un muchacho que solo tenía ojos y manos para las animadoras. Pasó varias semanas suspirando por las esquinas, espiándolo como una buena acosadora, haciéndose la encontradiza con él con la esperanza de que la mirara, sonriéndole como una boba cada vez que se cruzaban por el pasillo. Ni una sola vez consiguió que él reparara en su presencia, ni siquiera para burlarse, como hacía con otras el muy cretino.

Al final, se armó de determinación y decidió borrarlo de su cabeza y de su corazón. Pasó unos días bastante jodidos, luchando contra la tentación de espiarlo de nuevo; pero al fin consiguió su objetivo y la siguiente vez que se cruzó con él, su corazón no se aceleró, y las angustiosas mariposas no hicieron acto de presencia en su estómago. Se lo había quitado de la cabeza.

¿Por qué no conseguía el mismo resultado con Branden Ware? ¿Por qué, a pesar de las veces que se había dicho que tenía que dejar de pensar en él, seguía haciéndolo?

—Porque eres idiota —murmuró, molesta consigo misma.

Era idiota, desde luego, y su necesidad enfermiza por conocer más cosas de él, la llevaron a abrir los cajones de la mesa con la esperanza de encontrar algún objeto personal que le contara algo sobre su desconocida vida fuera del despacho.

A duras penas lo conocía. Solo sabía que era un hombre muy atractivo que exudaba masculinidad por todos los poros de su piel, con unos ojos castaños preciosos, una boca demasiado besable para su buena salud mental, y un cuerpo de infarto que se moría por lamer. ¿Pensar así era tan superficial como le parecía? Sí, lo era, pero ¿no podía evitarlo! Encontrar a un hombre tan atractivo fuera de la pantalla del cine era prácticamente imposible, y era una tontería sentirse culpable por esa atracción animal y salvaje que la poseía cada vez que pensaba en él. Los hombres lo hacían constantemente y nadie los señalaba con el dedo por ello.

De su carácter, poco podía decir. Era amable pero serio, muy formal en su trato con las personas que, en la empresa, ocupaban posiciones inferiores a la suya, y siempre se comportaba correctamente, como un caballero; pero jamás lo había visto sonreír. Fue este pequeño detalle el que hizo que se fijara en él, más que los músculos que se adivinaban bajo sus trajes caros, o el rostro perfectamente simétrico y varonil.

Abrió otro cajón con la esperanza de encontrar algo, quizá una foto familiar, de algún hermano, o padres, o algo, pero la sorpresa por lo que encontró la hizo cerrarlo de golpe, espantada. ¿Qué demonios guardaba allí? Volvió a abrirlo, muy despacio, como si temiera que el contenido saltara sobre su cara de repente. Parpadeó varias veces, intentando convencerse de que aquello era una broma. Quizá no era la primera vez que alguien se dedicaba a curiosear en sus cajones y había decidido darle una lección a la entrometida de turno, ella en este caso. Metió la mano dentro, hipnotizada por los objetos que ocupaban el cajón, y sacó uno. Era un dildo de un tamaño considerable, muy realista excepto por el color rosa chicle, con las venas muy marcadas. Parecía una polla de verdad. ¿Sería posible que Branden fuese gay y nadie lo supiera? No, se negó a pensar en esa posibilidad. Había rumores sobre él que apuntaban en una dirección totalmente opuesta.

Sacó otro objeto, unas esposas de cuero negro forradas de pelusa roja que se quedó mirando, horrorizada consigo misma por sentir una punzada de excitación. Lo dejó caer dentro del cajón como si le hubiera quemado en las manos y lo cerró, asustada.

¿Qué coño le estaba pasando? Se llevó las manos al pecho intentando normalizar su respiración, que se había vuelto irregular y agitada. ¡Estaba excitada! Durante un instante, se había imaginado a Branden Ware poniéndole aquellas esposas mientras «jugaba» con ella, y la respuesta de su coño había sido empaparse de necesidad.

Llena de curiosidad, como el gato al que no le importa arriesgar su vida, volvió a abrir el cajón y siguió curioseando. Por sus manos pasaron un látigo hecho de tiras de cuero muy suaves, o un plug bucal de silicona, de los que obligan a quien lo lleva a mantener la boca abierta. Dios santo, ¡Branden Ware era un perverso!

«Un perverso con el que te encantaría jugar —le dijo una vocecita insidiosa que se negó a reconocer como propia—. ¿Te imaginas en sus manos? Desnuda, indefensa, con las esposas puestas, de rodillas ante él, con el plug abriéndote la boca... Él ante ti, con su polla fuera del pantalón, a punto de follarte la boca mientras con una mano te tiene agarrada por el pelo y sus ojos no se apartan de los tuyos...».

Cerró el cajón con tanta fuerza que el chasquido la sobresaltó. Se llevó la mano a la entrepierna con la esperanza de detener el torrente de sensaciones y deseo que la habían asaltado por sorpresa, y musitó un «no puede ser, no puede ser», mientras respiraba en profundidad, intentando recomponerse.

Se había excitado con la idea de ser sometida. ¡Una locura! Tenía que salir de allí.

Se movió con rapidez, como si su vida estuviera en peligro; cogió la pila de documentos que había dejado sobre el asiento para no dejar pruebas de su presencia allí, y salió por la puerta como alma que lleva al diablo, rezando para que nadie se diese cuenta del estado tan lamentable en el que se encontraba. Se metió en el baño, dejó los documentos en el immaculado suelo, abrió el grifo sin dejar de resollar como una res agotada, y metió la cara bajo el chorro de agua fría. Por suerte, aquella mañana se había levantado demasiado perezosa como para entretenerse en maquillarse.

Volvió a su planta un rato después, repuesta de su insólita experiencia. Se metió en su cubículo e hizo lo que debería haber hecho desde un principio: llamar al departamento de mensajería de la empresa para que fuesen a recoger los documentos para el señor Ware. Colgó el teléfono y miró hacia el cubículo en el que su amiga Kendra estaba trabajando. Necesitaba contarle a alguien lo que había experimentado, y no podía esperar a volver a casa. Se levantó y fue hacia ella.

—Vamos a tomar un café —le dijo, señalando hacia el pequeño cuarto que utilizaban para

descansar de vez en cuando.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga mirándola con aquellos ojos celestes tan peculiares—. Te veo un poco pálida y sudorosa. No tendrás fiebre, ¿no?

—Estoy bien. Vamos.

La agarró de la mano y tiró de ella para serpentear entre las mesas de sus compañeras de departamento.

Kendra la siguió llena de curiosidad. Entraron en la sala de descanso y Jai miró hacia la oficina, donde sus compañeros seguían trabajando, ajenos a sus movimientos. Deseó poder tener un poco más de intimidad, pero ni siquiera había una puerta que poder cerrar.

—No te vas a creer lo que me ha pasado —susurró. Se lo contó, con pelos y señales, delante de una buena taza de café, echando una mirada de vez en cuando hacia la puerta para asegurarse de que nadie estaba escuchando su conversación.

Kendra la escuchó en silencio, dejando ir de vez en cuando alguna exclamación de sorpresa, mirándola con los ojos muy abiertos y tapándose la boca de vez en cuando para ahogar una risa.

—¿En serio tiene todo eso metido en un cajón? —exclamó su amiga en voz baja, tan sorprendida como divertida, cuando terminó su relato—. Vaya con don seriecito, qué sorpresas da la vida.

—Te lo juro. Y no veas cómo me ha puesto, tía.

—¿Cachonda como una perra? —se rió—. No me extraña. El tío está como un quesito, y si encima va de Amo... ¿Te lo imaginas vestido de cuero negro, con unos pantalones apretados que le marcasen ese culo prieto? Joder, qué salida voy.

—Más que eso me he imaginado, cariño —contestó, indecisa por contarle el resto de la historia.

—Venga, suéltalo —la animó su amiga, llena de curiosidad. Estaba siendo un día muy aburrido y aquello le estaba dando la vida.

—Me imaginé desnuda ante él —confesó bajando aún más la voz—, de rodillas, con las esposas puestas y el plug bucal, a punto de hacerle la mamada de su vida.

—Tía, necesitas echar un polvo pero ya.

—Lo que necesito es que Branden Ware se fije en mí, me secuestre y me convierta en su esclava sexual durante unos días —soltó a bocajarro, haciendo que su amiga ahogara una carcajada que estuvo a punto de hacerle escupir el café que acababa de llevarse a la boca—. Hablo en serio, no te rías. Quizá así me lo quitaría de la puta cabeza.

—Cariño —Kendra alargó la mano para posarla sobre la de Jai y la apretó, en un gesto solidario y consolador—, creo que necesitas mucho más que eso. Nunca te había visto tan obsesionada por un tío.

—Precisamente por eso. Seguro que una semana en sus manos me quitaría la tontería. Descubriría todos sus defectos y ahí acabaría todo.

—O descubrirías sus virtudes y te enamorarías hasta las trancas.

—Los tíos como Branden Ware no tienen virtudes, Kendra. A estas alturas, deberías saberlo.

Pegado a la pared, un estupefacto Branden escuchaba aquella conversación susurrada mientras sus labios se iban curvando en una sonrisa. Vaya, vaya, ¿quién le iba a decir que la tan formal y aparentemente inocente señorita Middleton, no lo era en absoluto? Jamás se hubiese imaginado que detrás de aquella apariencia de profesora de primaria se escondía una gata salvaje deseosa de ser domesticada. Una idea se cruzó por su cabeza, pero la desechó por ser una locura.

Aunque... la idea de tener a Jailyne sometida ante él para follársela a gusto, no era



precisamente desagradable. Todo lo contrario. Sintió que su polla saltaba de excitación, aprisionada bajo la ropa, y tuvo que tirar de los pantalones y recolocársela para aliviar la presión.

Tenía que hacer algo al respecto, pero ya pensaría detenidamente el qué y el cómo.

—Señorita Middleton —Jai saltó sorprendida al verlo aparecer de la nada. Lo miró y se estremeció al ver la intensidad con que la observaba. ¿Habría oído su conversación? No pudo evitar ruborizarse ante la idea, y apretó los labios, disgustada: ella jamás se ruborizaba—. Todavía estoy esperando los informes.

—He ido a llevárselos pero no estaba en su despacho —contestó, levantándose y dejando la taza de café—. Y su secretaria, tampoco estaba en su puesto —no pudo evitar añadir—. Están sobre mi mesa. Si me acompaña...

Pasó por delante de él, que no se apartó ni un milímetro para dejarle sitio, obligándola a que lo rozara con el cuerpo. Jai tembló con aquel contacto fugaz, y el perfume masculino, a sándalo y madera, la envolvió. Caminó hacia su mesa esforzándose para que nadie notara el temblor de sus piernas, sintiendo cómo él la seguía, demasiado cerca para mantener la paz mental. Se paró para coger la pila de informes que tenía que entregarle y notó que el pecho de Branden se pegaba a su espalda.

—Un día, tú y yo tenemos que hablar. A solas.

Le susurró aquellas palabras al oído, arrastrando perezosamente cada palabra. Jai sintió que el vello se le erizaba y el roce de su aliento contra la oreja la hizo temblar.

—¿Sobre qué, señor Ware? —preguntó con un hilo de voz, temiendo la respuesta.

—Sobre andar curioseando los cajones ajenos, señorita Middleton.

Branden cogió los documentos, tentado de pedirle que se los llevara ella misma hasta el despacho para poder tener aquella conversación en ese mismo instante, sin testigos. Pero se contuvo. Una efímera sonrisa torcida le curvó los labios mientras se separaba de ella sin añadir palabra alguna, notando cómo ella se había tensado con su respuesta, y se alejó mientras su cabeza empezaba a maquinarse un plan.

Jai pudo respirar en cuanto él se alejó. Dejó caer la cabeza hacia adelante y se apoyó en la mesa con las manos. Miró a su alrededor, alarmada por si alguien los había estado mirando, pero todo el mundo, excepto Kendra, estaba inmerso en su trabajo. Suspiró, aliviada.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó su amiga, en cuanto Jai volvió a por su café.

—No lo tengo claro.

—¿Cómo que no lo tienes claro?

—Me ha dicho que tenemos que hablar, a solas, sobre andar curioseando cajones ajenos. Pero no parecía enfadado, sino divertido con la idea. No sé. Tanto puede querer despedirme como follarme. O las dos cosas. A saber qué ideas se le pueden ocurrir.

—Yo creo que follarte. Su lenguaje corporal era evidente. Igual que su inclinación de cabeza cuando te ha mirado el culo.

—¿Me ha mirado el culo?

—Sip. Te ha dado un buen repaso. ¿Crees que ha oído nuestra conversación?

—No lo sé, pero todo apunta a que sí. Creo que voy a morirme de vergüenza.

—Pero no antes de follártelo.

—Qué panorama. Me lo follo y después me despide por cotillear. Vaya día más completo será.

—Dudo mucho que vaya a despedirte por algo así. —Kendra se encogió de hombros—. Yo diría que más bien te dará una zurra erótica con ese látigo que has encontrado en su cajón.

—Mmmpf, no digas esas cosas, por Dios.

—¿Por qué?

—Porque me pongo cachonda.

Kendra estalló en una carcajada que ahogó inmediatamente llevándose las manos a la boca. Jai le lanzó una mirada asesina antes de unirse a ella. ¡Vaya lío en el que se acababa de meter!

## Capítulo dos

Al día siguiente, Jai estuvo toda la mañana nerviosa, esperando a que el señor Ware la llamara a su despacho. Cada vez que el teléfono de su mesa sonaba, lanzaba un respingo sobresaltado y su corazón empezaba a galopar, hasta que contestaba y averiguaba que no era él. La mezcla de decepción y alivio que la embargaba en el mismo momento en que se daba cuenta de que la voz al otro lado de la línea no era la de él, era algo muy extraño para explicarlo con palabras. Dos emociones completamente opuestas que la golpeaban por igual, llegando a pensar que, quizá, se había vuelto un poquito loca.

«Loca de remate, tía», pensó, cerca de la hora de comer.

Soltó un medio gruñido mezclado con un suspiro y un gemido ahogado que sonó algo así como «ggrmmmpff», y apoyó la cabeza sobre la mesa, dándose un pequeño golpe en la frente.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —La voz de Kendra no logró que levantara la cabeza.

—El idiota, ¿no lo ves? —La risita entre dientes de su amiga no llegó a enfurecerla, pero casi —. No te rías, puta.

Giró la cabeza sin alzarla y abrió un ojo. Un mechón de su pelo castaño cayó sobre él, haciendo que bizqueara. Su amiga estaba allí de pie, al lado de la mesa, mirándola con diversión.

—¿Vamos a comer o pretendes pasarte así el resto del día?

—Preferiría estar tirada en la cama con la cabeza debajo de la almohada, a ver si me ahogo; pero ir a comer también estará bien. Aunque no tengo hambre —añadió, con la voz desinflada.

Iba a levantarse cuando el teléfono sonó. Los nervios la golpearon de nuevo y las malditas mariposas se arremolinaron en su estómago. Miró el aparato con el ceño fruncido y unas ganas locas de agarrarlo y estrellarlo contra la pared.

—¿No vas a contestar?

—Es mi hora de comer —gruñó con los dientes apretados, levantándose para coger el bolso.

Kendra no dijo nada. Se abalanzó sobre la mesa y contestó, apretando la tecla de la línea por la que acababa de entrar la llamada.

—Mesa de la señorita Middleton —dijo con voz profesional.

Jai la miró con la boca abierta y gesticuló en silencio, moviendo mucho las manos, enfadada y espantada a partes iguales. ¿Qué hacía la loca esta? Si era Ware, se vería obligada a ir a la reunión y aguantar el chaparrón con el estómago vacío, y eso nunca era bueno.

«¿Qué haces? —preguntó sin emitir sonido alguno— ¿Estás loca?».

—La señorita Middleton ha salido a comer —contestó Kendra sin hacerle caso—. Ajá, se lo diré en cuanto vuelva.

Colgó el teléfono y miró a su amiga. En su rostro estaban presentes todas las señales de que estaba a punto de soltarle una bomba. La bomba, mejor dicho.

—Era él, ¿no?

—Sep.

Jai se dejó caer de nuevo en la silla y se abrazó al bolso.

—Va a echarme a la puta calle, verás —susurró completamente derrotada, como si una bola mágica le estuviera enseñando un futuro devastador—. Me quedaré en el paro y tendré que volver a casa de mis padres porque no podré pagar mi parte del apartamento. Tendrás que buscarte una nueva compañera con la que compartir gastos.

—¡No seas pájaro de mal agüero! —exclamó medio riendo—. No le he notado voz de enfadado, la verdad. Como mucho, te echará una reprimenda. Y, si tienes suerte, una azotaina en el culo. ¿Te imaginas? Entrás en su despacho y te dice muy serio que te pongas sobre sus rodillas, con el culo en pompa, y te azota con esa mano grande y masculina...

—¡Cállate! —gimió levantándose de nuevo—. Eres una mala persona, burlarte así de los problemas de tu mejor amiga, no está bien.

—Anda, vámonos a comer.

—Pero...

—Te espera en su despacho en cuanto vuelvas. Tienes media hora para decidir si vas o huyes a Brasil. Como una cobarde —añadió, incisiva, solo para tocarle la moral.

—Lo dicho: eres muy mala persona.

Apenas comió. Se dedicó a revolver su plato durante media hora, lanzando dramáticos suspiros mientras Kendra intentaba no echarse a reír. No era habitual ver a Jai comportarse como si su vida fuese una tragedia, y le resultaba cómico; y, aunque sabía que si el señor Ware quería despedirla nadie en la empresa se opondría, su instinto le decía que no era eso precisamente lo que perseguía el abogado. Kendra tenía un don natural para leer el lenguaje corporal, y todo indicaba que lo único que quería Branden Ware era follarse a Jailyn. Exactamente lo mismo que quería ella. Así que no entendía a qué venían esos suspiros lánguidos y esa mirada perdida sobre el plato, como si estuviesen a punto de ejecutarla.

Cuando volvieron al edificio después de comer, subieron al ascensor en silencio. Jai parecía que iba a su propia ejecución. Kendra quiso decirle algo antes de bajarse en la planta catorce, donde estaban sus cubículos, pero el ascensor estaba lleno de gente a la que no le importaban sus problemas. Se limitó a darle un golpecito en el hombro antes de salir, intentando transmitirle ánimos, y le sonrió mientras esperaba a que las puertas se cerraran.

Jai siguió en el ascensor hasta la plante diecisiete, maldiciendo su decisión de entrar a hurtadillas en el despacho de Branden y curiosear sus cajones.

«Deberías haber tenido las manitas quietas, bonita», se riñó con amargura al llegar a la planta.

Las puertas del ascensor se cerraron tras ella. Cuadró los hombros, inspiró profundamente para exhalar el aire muy despacio, y caminó con decisión hasta el despacho. Pasara lo que pasara allí dentro, se comportaría con dignidad y no como un antílope herido ante la amenaza de un león hambriento.

Carola no estaba en su mesa, así que llamó con los nudillos y, en cuanto oyó la voz masculina de Branden invitándola a entrar, cruzó la puerta como un torbellino, dispuesta a defenderse con uñas y dientes.

—Si va a despedirme por no haberle entregado los informes a tiempo, no fue culpa mía, sino suya o de Carola, por no estar donde deberían, y sería una injusticia —barbotó en cuanto hubo cerrado la puerta tras ella. Ni de coña iba a admitir que había estado revolviendo sus cajones.

Branden, reclinado en su sillón detrás de la mesa, como un rey en su trono, la miró divertido, con una sonrisa ladeada cruzándole el rostro. Tenía los codos apoyados en los brazos del asiento y jugueteaba distraído con un bolígrafo.

—Sabe perfectamente que no es por eso que la he llamado.

—Pues no sé por qué otra cosa podía ser —se hizo la inocente. Nerviosa, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta porque no sabía qué coño hacer con ellas.

Que no la hubiese invitado a sentarse la ponía nerviosa y en desventaja frente a él. Pero a

Branden se le veía cómodo con la situación, como si estuviese acostumbrado a este tipo de circunstancias.

—¿Va a seguir negando que estuvo curioseando en mis cajones? ¿Y que encontró ciertos objetos en uno de ellos?

—No sé de qué me habla.

—Pues parecía que ayer sí lo sabía mientras estaba contándoselo a su amiga, ¿no cree?

Jai sintió que se ruborizaba. Fue como una explosión ardiente en su rostro y tuvo que contener las ganas de cubrirse las mejillas con las manos. Tragó saliva. Así que había estado escuchando su conversación... ¿Qué se deseaba en estos casos? ¿Que la tragara la tierra? ¿Que un infarto la fulminara? ¿Tener poderes y poder desaparecer?

—No sé que es lo que oyó pero...

Se calló y dio un paso atrás, medio asustada, cuando Branden se levantó del sillón, dejando el bolígrafo sobre la mesa, rodeándola para acercarse tanto a ella que casi pudo sentir su aliento sobre el rostro.

—¿De verdad va a seguir por ese camino, señorita Middleton? —le susurró con voz ronca. No lo sintió una amenaza, sino más bien como una invitación, como si él se estuviera divirtiendo y quisiera que el juego continuara. Sin saber por qué, ella accedió en silencio.

—No tengo otro, señor Ware —musitó.

Sus alientos se mezclaron en el aire. Los ojos de Branden brillaron mientras se fijaban en su boca entreabierta como una invitación velada. «Tiene unos bonitos labios» pensó, conteniendo las ganas de perfilarlos con la punta de los dedos.

—No seas mentirosa. —Su voz ronroneante la hizo estremecer de pies a cabeza. Quiso apartarse de él, pero no pudo. Se sintió como un ratoncito atrapado por la mirada hipnotizante de una cobra—. Entraste aquí, abriste el cajón de las sorpresas, y te pusiste muy cachonda con lo que encontraste.

—N-no... —intentó negarlo.

—Tu rubor me dice todo lo contrario, Jailyn Middleton. —Alzó una mano y le rozó la mejilla con la punta de los dedos. Jai cerró los ojos sin pretenderlo y movió ligeramente el rostro hacia aquella caricia para sentirla mejor—. Al igual que tus pezones. Se han puesto tan duros que se notan a través de la blusa.

Aquello la hizo reaccionar. ¿Cómo se atrevía a decir algo así? Era obsceno y de muy mala educación. Abrió los ojos de golpe, lanzándole una mirada furibunda cargada de ira. Se sintió desnuda a pesar de estar correctamente vestida, y tuvo la necesidad de cubrirse los pechos con los brazos, como si él pudiese ver a través de la ropa.

—Esto roza el acoso sexual —gruñó, tan enfadada consigo misma como con él. ¿Se había puesto cachonda? Sí, mucho. El toque suave de los dedos sobre su mejilla, la mirada penetrante cargada de deseo que le había dirigido, y sus palabras, directas y rozando lo obsceno, la habían puesto como una moto. Reprimió las ganas de apretar los muslos para contener el flujo pasional que le estaba mojando las bragas, literalmente.

—¿Y tu invasión a mi intimidad? ¿Qué es lo que roza, Jailyn? ¿Sigues en tus trece o vas a admitir que sí miraste en mi cajón? Te prometo que no voy a enfadarme, ni pediré que te despidan. Me conformaré con un pequeño castigo, íntimo y privado, que quedará entre nosotros. Siempre y cuando, admitas la verdad.

Lo miró durante unos segundos, considerando las opciones que tenía. ¿Podía ser que todo aquello solo fuese un juego para él, destinado a tantearla para adivinar las posibilidades que tenía de follársela? Si fuese cualquier otro, no creería en su palabra. No sería la primera vez que un

socio junior utilizaba su posición y algún que otro error para amenazar con el despido a una empleada de menor rango, ofreciéndole una solución al problema que pasaba por la cama. Había más de un asuntillo turbio de esas características que había terminado con una sustancial suma de dinero cambiando de manos para tapar el escándalo. Pero Branden Ware tenía reputación de ser un hombre serio y formal, y jamás se había visto involucrado en algo así. Apostó por confiar en su palabra, aunque eso de «pequeño castigo, íntimo y privado» no sonaba muy bien, a pesar de que su exacerbada imaginación se empeñó en poner imágenes en su cabeza que no la ayudaban a mantener la calma.

—Está bien —barbotó. Lo único que quería era que todo acabase y poder marcharse de allí, se dijo.

«Mentirosa. —La voz irritante de su cabeza parecía muy divertida con la situación—. Lo que quieres es que te coloque sobre sus rodillas y te dé una zurra en el culo. Viciosilla».

La calló con su pura determinación.

—¿Está bien? —Branden alzó una ceja, esperando que continuara. Se estaba divirtiendo. Para él, era evidente el estado de excitación que la consumía, y no solo por la conversación que había escuchado a escondidas. La señorita Middleton era incapaz de disimular y su rostro era muy expresivo. El fulgor de sus ojos nerviosos, la boca entreabierta y la lengua, asomando tímida para mojar con levedad los resecos labios, le contaban cosas muy interesantes de ella. Se estaba debatiendo entre el deseo de lo prohibido, la curiosidad y la desconfianza que sentía hacia él. Estaba convencido de que solo necesitaba un pequeño empujón para librarse del recelo y lanzarse de cabeza a experimentar con su sexualidad. Pero no sería aquí, en este despacho. Necesitaba un lugar más adecuado para ayudarla a descubrirse a sí misma, y a aceptar lo que necesitaba.

—Sí, entré sin permiso en su despacho. Y sí, abrí el segundo cajón y vi lo que tiene allí dentro. ¡Pero no me puse cachonda! —intentó negar.

Branden dejó ir una risita entre dientes. Apoyó el trasero en la mesa que tenía detrás y la miró, ladeando la cabeza. Estaba muy guapa cuando se hacía la ofendida, alzando el rostro con dignidad y lanzándole miradas furibundas.

—¿Estás segura? Porque yo creo que sí te pusiste muy cachonda. Que te imaginaste desnuda, sometida a mí, a mis manos, mi boca y mi voluntad —la provocó. Su voz, ronca y cargada de intenciones, fue como una caricia obscena. Ella respingó y apretó los labios—. ¿Qué pasaría si, ahora mismo, me acercara a ti y te ordenara que me chuparas la polla? ¿Y si usara las esposas para atarte las manos, y te tumbara sobre la mesa, abierta para mí, para poder follarte duro y rápido?

—¡Que me iría derechita a Recursos Humanos para denunciarlo por acoso sexual! —exclamó, intentando parecer ofendida cuando, en realidad, la sola idea de obedecerlo hizo que sus bragas se empaparan.

—Creo que mientes. Pero... —Se llevó la mano a la mandíbula y la frotó, pensativo, sin dejar de observarla. Recorrió su cuerpo con la mirada, de arriba abajo, como si estuviera evaluándola. Jai se sintió como si le estuviera quitando la ropa, pieza por pieza, y no pudo evitar que la excitación creciera. Por su mente inquieta pasaron mil imágenes en pocos segundos y, en todas, estaban involucrados sus cuerpos desnudos—. Pero, no voy a insistir. Es una pena. Puedes irte.

¿Es una pena? ¿Puedes irte? ¿Podía marcharse de allí de una puñetera vez? ¿Por qué eso la hacía sentirse fatal? ¿Como si le hubiera dado una patada en el culo?

«Céntrate, Jai. ¿No era esto lo que querías? ¿Poder largarte de una vez?».

«No, —contestó por ella la voz insidiosa—. Querías que te follara y acabas de perder la oportunidad, imbécil».

Sin decir nada, abandonó el despacho con renuencia, preguntándose si había perdido la oportunidad de echar el polvo de su vida, o si se había librado de un gran marrón que hubiese podido traer demasiados problemas a su vida.

«Sea como sea, *alea jacta est*, como diría Julio César».

Branden se relajó en cuanto ella hubo cerrado la puerta. Metió la mano en el bolsillo y sacó un panfleto de él. Lo miró durante unos segundos y sonrió. Sí, el Taboo sería un buen lugar en el que descubrir si realmente estaba en lo cierto o no. Si picaba el anzuelo y aceptaba la velada invitación, sabría que estaba preparada para hacer realidad sus fantasías sexuales.

—No te entiendo —le dijo Kendra un rato después, cuando le contó con pelos y señales toda la conversación—. Estabas deseando follártelo, ¿y dejas escapar la oportunidad? ¡Amenazándolo con RRHH!

—Sí. Es demasiado intensito para mi gusto, ¿sabes? Una cosa es soñarlo y otra muy distinta, verse en la situación.

—Pues que sepas que me has decepcionado mucho. Creía que eras más lanzada. ¿Dónde está la Jailyn que se tira de cabeza sobre los tíos buenos?

—El BDSM son palabras mayores, no va conmigo. ¿Atarme las manos? Ni. De. Coña. ¿Y si me da por probar y después no me gusta? ¿Y si, una vez atada, me amordaza y me obliga a hacer cosas que no quiero? ¡Vete a saber qué cochinadas pueden ocurrírsele!

—Ni que te hubieras caído de un guindo ayer, Jai. Sabes perfectamente que para eso está la palabra de seguridad, y si el señor Ware es un Amo, como todo parece indicar, pronunciarla lo detendría. Siempre.

—Ya, claro, ahora resulta que tú eres una experta en BDSM.

—He leído muchas novelas eróticas de ese estilo, ya lo sabes, —Kendra se encogió de hombros, pasando por alto el tono sarcástico de su amiga—, y hace tiempo que tengo curiosidad por probar. Mira, —le mostró un papel que sacó del cajón—, alguien ha dejado esto sobre tu mesa mientras estábamos fuera. —Era un panfleto de propaganda, con unas esposas dibujadas sobre un fondo negro, y unas letras en rojo anunciando que, en el club Taboo, el sábado siguiente iba a celebrarse una jornada de puertas abiertas para nuevas sumisas—. Podríamos ir y echar un ojo. Si no nos gusta lo que vemos, nos largamos y punto. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece, es que es muy raro que precisamente hoy haya aparecido eso en mi mesa —gruñó.

—Sí, bueno, eso también. Pero, ¿te animas a ir o qué?

—¿Y si lo ha puesto él esperando tentarme?

—¿Y qué, si ha sido él? Vamos, folláis, te lo quitas de la cabeza, y asunto arreglado. ¡Ya ves tú qué problema!

—No sé, no lo veo yo tan fácil. Deja que me lo piense y ya te diré algo, ¿vale?

—Espero que sea un sí como una catedral, porque a mí me apetece mucho probar ese mundillo. Igual encuentro a un maromo cachas que me hace volar hasta la luna.

-Demasiadas novelas, has leído tú...

Kendra se pasó el resto de la semana dando por saco con el plan, intentando convencerla a pesar de la reticencia que mostraba su amiga. Estaba segura de que Jai tenía las mismas ganas que ella de experimentar y su insistencia casi enfermiza consiguió que, por fin, el sábado por la mañana, entre los sopores del sueño y el aroma a café recién hecho, le diera el sí definitivo.

Tenían plan para aquella noche.



## Capítulo tres

—No pienso ponerme esto —exclamó Jai con disgusto. Se estaba mirando en el espejo de cuerpo entero que Kendra tenía en su dormitorio. Se giró para ver cómo le quedaba la falda por detrás—. Se me ven las bragas, tía.

—Pero es una monada, no me digas. Además, esa es la gracia. —Era una minifalda plisada de cuadros escoceses que la hacía parecer la alumna putilla de la clase—. La combinas con una blusa blanca y te haces dos coletas, y tendrás a todos los tíos a tus pies. Con lo fetichistas que son la mayoría...

—Jamás me acostaría con un tío al que le gustan las colegialas. Son pederastas en potencia —gruñó, disgustada por la idea.

—Entonces, más vale que te hagas monja. No he conocido ni a uno solo que no tenga una fantasía sexual por el estilo.

—Pues quizá deberías empezar a tener un poco más de criterio a la hora de escoger a tus compañeros de cama. —Se quitó la prenda y la tiró sobre la cama, donde ya había un buen cúmulo de ropa amontonada—. Voy a ponerme el vestido negro de antes y a cascarla. Es sexy, ajustado, con un buen escote y también es corto.

—Sí, pero es... «normal». Es lo que te pondrías para ir de copas a cualquier otro lugar. ¿Crees que llamarás la atención en un sitio en el que, probablemente, la mayoría de las chicas irán medio desnudas?

—No quiero llamar la atención. Solo voy porque eres tozuda como una mula y no has aceptado un «no» por respuesta. Además, si te dejo ir sola, a saber en qué líos te metes... Tú vístete como quieras y déjame a mí escoger mi propia ropa. Por cierto, ¿me dejas las sandalias de tiras negras? Esos tacones me hacen unas piernas espectaculares.

—Claro, cógelas.

Jai se agachó para coger las sandalias del suelo y miró a su alrededor. El dormitorio de Kendra parecía una leonera en aquel instante, una leonera de colores chillones a juego con la colcha de *patchwork* que cubría su cama. Con las paredes naranjas, los muebles pintados en verde menta y las cortinas de flores muy grandes y en diferentes tonos de azul, la habitación parecía un caleidoscopio que ponía a Jailyn de los nervios. A ella le gustaban los tonos más neutros y relajantes, pero no podía decir que aquella amalgama tornasolada no fuese una representación bastante precisa del carácter caótico de su amiga.

—Voy a vestirme.

—Ok —contestó Kendra sin levantar la mirada de la falda plisada que acababa de coger del montón de ropa. Era muy posible que estuviese sopesando ponérsela. Le encantaba poner nerviosos a los hombres, y aquella falda lo conseguía.

Estaba a punto de entrar en su propio cuarto cuando alguien llamó a la puerta. No tuvo que preguntarse quién era. ¿A aquellas horas y sin haber llamado al timbre de abajo? Solo podía ser Elvin, su vecino del bajo.

—¡Ya abro yo! —le gritó a Kendra.

Caminó descalza hasta la puerta. Solo llevaba la camiseta vieja de estar por casa, pero era lo bastante larga para que no se le vieran las bragas. Abrió y allí estaba, su vecino Elvin Coyle, un hombre de unos cuarenta años, delgado y pálido, con su pelo corto pegado a la cabeza como si se lo hubiese embadurnado de brillantina, algo que no descartaba.

—Hola, señor Coyle —le saludó, procurando ocupar todo el vano de la puerta para que el tío no se colase dentro como había hecho alguna vez—. ¿Qué le trae por aquí?

Jamás lo había tuteado, algo que él sí hacía. Le molestaba que se tomara esas confianzas, pero era el casero y no podía ponerse con él todo lo borde que le gustaría si no quería arriesgarse a que las echara. Le encantaba vivir allí, a pesar de todo.

—Hola, Jai —saludó de vuelta, con su voz titubeante. Esbozó una sonrisa tímida y le mostró lo que llevaba en la mano—. El cartero ha vuelto a confundirse y ha dejado cartas vuestras en mi buzón.

—Vaya, tendré que hablar con él al respecto —contestó, cogiéndolas.

—Oh, no hace falta, yo lo haré, no te preocupes. ¿Vais a salir? —preguntó, alargando el cuello como un avestruz para poder mirar hacia el interior con sus ojillos pequeños.

—Sí, nos ha pillado arreglándonos.

—Oh, lo siento. —Esbozó una sonrisa tímida y se frotó las manos, ahora vacías—. Tened cuidado, ¿vale? La noche es peligrosa para dos chicas solas.

—No vamos solas, señor Coyel. Vamos juntas, las dos —contestó, intentando disimular lo molesta que le parecía su presencia allí.

—Sí, ya, bueno, lo que quiero decir es que...

—Que dos, tres, diez mujeres van solas aunque vayan juntas, a no ser que un hombre las acompañe, ¿no? Esa idea es un poco machista, ¿sabe? —lo reprendió sin poder evitarlo.

—¡Oh! No era mi intención, es solo que...

—Da igual, señor Coyle. Gracias por subir las cartas, pero si vuelve a pasar, métalas simplemente en nuestro buzón. No hace falta que se molestes en traérnoslas.

—Oh, no es molestia. Forma parte de mis obligaciones.

«Sí, ya, claro —, pensó Jai, irritada—. No es molestia cuando lo usas como excusa para venir a chafardear».

Elvin no le caía bien, y era la única pega que tenía vivir en aquella maravillosa casita de paredes amarillas. Más de una vez lo había sorprendido mirándola a escondidas por la ventana cada vez que ella entraba o salía de casa, como si estuviese vigilándola. Aunque, a decir verdad, también era posible que simplemente se pasara la vida allí, como una vieja alcahueta. No lo consideraba un hombre peligroso, aunque sí un tanto siniestro, y procuraba no darle ninguna confianza, por si acaso.

—Bueno, no te molesto más —dijo Elvin al fin, componiendo aquella sonrisa medio triste que le crispaba los nervios, como si fuese un perro apaleado por la mano de su amo—. Pasadlo bien.

—Eso haremos.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor Coyle.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Lo oyó bajar las escaleras y cerrar su propia puerta al cabo de unos segundos. Echó un rápido vistazo a las cartas y las dejó sobre la consola del recibidor, un mueble estrecho sobre el que había el cuenco en el que dejaban las llaves.

—¿Quién era? —preguntó Kendra, asomándose.

—Coyle.

—¿Y qué excusa ha usado hoy?

—La cartas.

—Uh, qué poco original.

Jai se giró y miró hacia la puerta de entrada, ya cerrada, con el ceño fruncido.

—No sé, me da mala espina cada vez que lo veo.

—No te preocupes, —Kendra le quitó importancia haciendo un gesto con la mano—, es completamente inofensivo. Venga, ¿qué haces ahí plantada? Ve a arreglarte o no llegaremos nunca.

\*\*\*

Bran no podía apartar la mirada de la puerta de entrada del Taboo. Estaba sentado en la esquina más alejada de la barra, con un cubata en una mano y la otra tamborileando con los dedos sobre la madera. A su espalda, diez escalones conducían hasta la zona en que los miembros del club podían disfrutar de los placeres con sus sumisas en cómodos sofás mientras las camareras servían las copas. Hasta él llegaba el sonido de las voces, superponiéndose a la suave música ambiental, y el dulce gemir de la sumisa que estaba en el escenario, amarrada a la cruz de San Andrés mientras su Amo jugaba con ella.

No podía negar que estaba nervioso. No sabía si Jai había picado el anzuelo, que había dejado sobre la mesa de su amiga, en forma de panfleto sugerente para que se pasasen por el Taboo aquella noche. Si fuese un apasionado de los juegos de azar, habría apostado a que no podría evitar caer en la tentación de dejarse llevar por la curiosidad. Pero, aunque todavía la conocía poco, su intuición le decía que no era del tipo de personas que se dejan convencer para hacer algo que no quieren. Solo rezaba para que su amiga Kendra fuese lo bastante convincente como para arrastrarla hasta allí. Porque, una vez que pisara el suelo del club, él se encargaría del resto.

Se excitó solo con imaginarlo y se incorporó levemente para poder tirar de los pantalones que, de repente, le apretaban demasiado la entrepierna.

Darryl, el camarero, lo miró con aire divertido mientras seguía colocando los vasos limpios en su sitio. Le hizo un gesto mudo con la cabeza segundos antes que una mano grande y fuerte lo golpeará amistosamente el hombro.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás esperando a alguien?

Samuel Kerrington, a quien sus amigos llamaban Kerr, miró también hacia la puerta. Más allá estaba el vestíbulo en que Samantha siempre daba la bienvenida a los socios, a las sumisas, y explicaba las normas a los invitados ocasionales.

—No exactamente —contestó Branden, dudando si darle explicaciones. No tenía demasiadas ganas de hablar.

—¿Has visto las nuevas? —le preguntó mientras se sentaba a su lado—. Hay mucha variedad hoy. Lo de la jornada de puertas abiertas ha sido un éxito, tuviste una buena idea. Aprovecha y escoge a una, llevas demasiado tiempo solo.

—Mira quién habla —gruñó. Kerr jamás había tenido a una sumisa fija. Siempre decía que era demasiada responsabilidad y que, además, no había muchas mujeres dispuestas a estar con un tipo como él, Amo durante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana—. Tú eres quien dice que siempre hay sumisas sin Amo dispuestas a jugar con quién sea.

—Sí, pero no es lo mismo, y lo sabes. Tú no eres como yo, un espíritu libre e indomable —se burló con amargura de sí mismo—. Es hora de que superes lo de Georgia, tío.

—Lo de Georgia está más que superado.

No mentía, por más que el recuerdo de su negativa a casarse con él seguía doliendo. Georgia Hudson era hija y heredera de una de las familias acaudaladas que representaba el bufete de Hooper, Maloney y asociados. Se conocieron por casualidad una vez que acompañó a su padre;

tuvieron un par de citas y descubrió con sorpresa que era una sumisa nata. En sus manos se convirtió en una delicia y disfrutaron del sexo como jamás lo habían hecho antes. Pero, cuando él se decidió a proponerle matrimonio, después de un año saliendo juntos, ella se rio en su cara. Sus palabras todavía le dolían: «No te enfades conmigo, Branden, pero jamás he pensado que nuestra relación pudiese ir más allá de lo que ya tenemos. Eres un Amo maravilloso y jamás encontraré un amante a tu altura, pero, ¿casarme contigo?». No llegó a decirlo, pero Branden entendió perfectamente a qué se refería: él solo era un abogado prometedor, sin fortuna propia ni familia que lo respaldase, y no era suficiente para la heredera de la familia Hudson.

—Bueno, si tú lo dices... —contestó Kerr, muy convencido de todo lo contrario—. Yo sí la echo de menos, ¿sabes? —siguió, solo para picarle, demostrándole así que no lo engañaba—. Recuerdo con añoranza las veces que la compartimos. Es una fiera en la cama, esa mujer. Todavía tengo marcas de sus uñas en mi espalda.

—Te daré su teléfono, si quieres —contestó Branden, distraído. Jailyn y Kendra acababan de atravesar la puerta y estaban allí de pie, mirando con los ojos muy abiertos y algo cohibidas—. Te lo daré si me haces un favor —añadió mirando a su amigo—. ¿Ves las dos chicas que acaban de entrar? Consigue que la rubia deje sola a la morena y el teléfono de Georgia será tuyo, si lo quieres.

Kerr miró a su amigo, con los ojos abiertos por la sorpresa. No se esperaba algo así. Más bien todo lo contrario, que Bran le pusiera mil excusas para no dárselo. Tampoco es que lo quisiera realmente, solo esperaba ver hasta qué punto decía la verdad cuando afirmaba que había superado lo de Georgia. Y parecía que sí, que era cierto: el brillo codicioso que habían adquirido sus ojos en cuanto los posó sobre la chica morena, no daba lugar a dudas.

—¿Quién es?

—Después te lo contaré todo, pero haz que la morena se quede sola.

—¿Para que puedas caer sobre ella como un halcón lujurioso?

—Exactamente.

—Dalo por hecho.

Kerr se levantó y se acercó a las dos mujeres, que seguían en la puerta, dudando si entrar o salir corriendo. La rubia parecía más decidida a quedarse, pero el lenguaje corporal de la morena decía a las claras que no las tenía todas consigo.

Branden se quedó sentado. Jai todavía no se había percatado de su presencia y pudo dedicarse a saborear su imagen a conciencia. Llevaba un sencillo vestido negro sin mangas agarrado al cuello con varias tiras finas entrelazadas de tela que configuraban un mosaico de rombos sobre la piel de su pecho. La tela, evidentemente elástica, se pegaba a sus curvas como un guante, y la falda corta dejaba ver sus largas y torneadas piernas montadas sobre unas sandalias de tacón alto y delgado. Se aferraba con ambas manos a un pequeño bolso de mano que mantenía pegado a su estómago, como si lo usase de parapeto tras el que esconderse. El pelo suelto le caía sobre los hombros y enmarcaba el rostro ovalado tenuemente maquillado excepto por el carmín rojo fuego que adornaba sus labios, unos labios que se murió por saborear. No pudo evitar pensar en su polla profanando tal belleza y la excitación aumentó, haciéndole lanzar un gemido de desesperación.

No entendía cómo era posible que Jailyn Middleton ejerciera ese influjo sobre él, pero lo hacía, y la mejor manera de deshacerse de él era follarla de una vez por todas.

Kerr no tardó en lograr que Kendra se fuese con él. Si una cosa sabía hacer bien su amigo, era encandilar a las mujeres. Cuatro susurros, y dos promesas veladas de placer infinito en sus manos, y se iban con él sin pensar en las consecuencias. Kendra no fue diferente, a pesar de las

protestas de Jailyln.

Cuando pasó ante él con la chica cogida del brazo, Kerr le dirigió un guiño. «Tienes el camino libre», pareció susurrar.

Bran inspiró profundamente para calmar los nervios y se levantó para salir de su escondrijo.

—Vaya, vaya, señorita Middleton —dijo con tono socarrón. Jai abrió los ojos por la sorpresa cuando lo vio acercarse a ella con decisión—. Sabía que había despertado su curiosidad, pero no creí que fuese lo bastante valiente como para atreverse a visitar un club como el Taboo. Qué sorpresa tan agradable. ¿Cómo se ha enterado de que soy socio?

Jai respingó. Branden se había puesto delante de ella, tan cerca que le tapaba todo lo demás. El calor de su enorme y musculoso cuerpo la rodeó y sintió como un pequeño mareo. ¿Cómo podía estar tan guapo?! Con sus trajes a medida ya estaba que quitaba el hipo, pero vestido de manera informal, con unos tejanos oscuros desgastados y una camiseta negra, tenía un aire de peligrosidad que le quitaba el sentido a cualquier mujer con ojos en la cara. Su pelo, normalmente peinado a conciencia, estaba algo alborotado, dándole un aspecto desenfadado. Y la sonrisa que le dirigió hizo que las piernas le flaquearan.

¿Por qué? ¿Por qué se sentía así en su presencia? ¿Intimidada, avergonzada y excitada a partes iguales?

Maldita fuese su estampa masculina y sexy a rabiar. No iba a permitir que la avasallara.

—No sabía que usted fuese socio —contestó con aspereza—. De ser así, jamás me habría atrevido a poner un pie aquí.

—Mentirosa —susurró, con la boca pegada a su oreja—. Ambos sabemos que eso no es verdad. Habría venido igual, pero con la esperanza de llamar mi atención. Por cierto, lo ha conseguido. Está espectacular. Estaba convencido de que debajo de la ropa formal que lleva en el trabajo había una mujer de bandera, y me alegro de no haberme equivocado.

Jai no pudo evitar derretirse con el cumplido de Branden, a pesar de su reticencia a aceptarlo. Al tenerlo tan cerca, su aroma a sándalo y madera la envolvió, embelesándola durante un momento. Cerró los ojos e inspiró, pero recobró el sentido en cuanto oyó su risa entre dientes.

—No tiene ningún derecho a imaginarse nada sobre mi persona —contestó, guerrera—. Es ofensivo. Todo usted lo es.

—Si tanto la molesto, ¿por qué no se aparta de mí? Podría marcharse ahora mismo —la provocó, musitando las palabras mientras cogía un mechón de su pelo entre los dedos.

—No puedo irme sin Kendra. Dejarla aquí no es una opción. A saber en qué líos se mete.

—Una excusa muy conveniente, Jailyln —volvió a reírse entre dientes—. Pero yo apostaría a que, ya que estás aquí, quieres saber qué puede ofrecerle un club como el Taboo a una mujer como tú. Y yo estoy deseando enseñártelo. ¿Me acompañas?

Jai miró hacia el brazo que Branden le ofrecía y, a pesar del recelo, acabó aceptándolo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sabía que era muy mala idea estar con él, aunque fuese de una manera inocente, porque no iba a dejar que se propasase de ninguna manera. Era un hombre peligroso para cualquier mujer, especialmente para las que se derretían en su presencia, como ella estaba haciendo en ese momento al notar el calor de la piel de su brazo desnudo y musculoso bajo la palma de su mano.

«Kendra, vas a pagar por esto», pensó, mirando a su alrededor, buscando a su invisible amiga, mientras bajaba las escaleras acompañando a Brandon.

El club, decorado básicamente en tonos verde musgo, negro y dorado, tenía un aspecto un tanto gótico. «Qué tópico», pensó Jai al reparar en los frisos negros decorados con filigranas doradas, o en las estrechas columnas verdes que atravesaban las paredes cada pocos metros. Al

final de las escaleras, los sofás de piel de forma circular estaban todos orientados hacia el pequeño escenario que en aquel momento estaba vacío.

—Esta es la primera sala —le explicó Branden, como si se hubiese tomado en serio su papel de guía—. Es una zona de relax para los socios, o para que las sumisas se recuperen después de una sesión, cuidadas por sus Amos.

—¿Y ese escenario? —preguntó Jai, mirándolo con curiosidad, a pesar de que estaba oscurecido al estar los focos apagados. Un hombre estaba limpiando la cruz de San Andrés que había sido usada apenas unos minutos antes, con un spray en la mano y un trapo blanco en la otra.

—¿Tú para qué crees que es?

Jailyn tragó saliva. No era tonta, ni ingenua, y sabía muy bien para qué eran aquellos aparatos, pero se negó a reconocerlo. La cercanía de Bran, y su voz ronca, la estaban poniendo demasiada nerviosa.

—No tengo la más mínima idea —aseguró, intentando que su voz sonara firme en lugar del graznido de una urraca.

—Mientes muy mal, Jailyn. ¿Nadie te lo ha dicho antes? —Bran acercó los labios hasta que le rozó la oreja para susurrarle—: si fuese tu Amo, pondría todo mi empeño en obligarte a enmendar este comportamiento.

—¿Y cómo lo harías? —lo provocó, sintiendo que las piernas le flaqueaban, deseando y temiendo su contestación al mismo tiempo.

—Hay muchas maneras de corregir a una sumisa, cariño; y todas son extremadamente placenteras. Al final —añadió, dejando un espacio de silencio para que ella dejase que su imaginación volara.

Jai no pudo evitarlo. Se imaginó sobre sus rodillas, con el trasero desnudo, mientras él la azotaba con su mano grande y fuerte. Habría algo de dolor, seguro, pero este desaparecería ahogado por la excitación. Se le empaparon las bragas con sus jugos y se tragó un gemido para que él no la oyera.

Bran dejó ir su irritante risa entre dientes y, cuando ella intentó soltarse de su brazo, él se lo impidió cogiéndole la mano y apretando para que la mantuviera en su sitio.

—Vamos a sentarnos aquí —dijo con voz autoritaria, sin darle la opción a negarse—. En unos minutos habrá otro espectáculo y quiero que lo veas desde la primera fila.

El sofá estaba muy cerca del escenario, demasiado para su gusto. Abrió la boca para protestar, pero Bran dio un pequeño tirón de su brazo y la obligó a sentarse.

—No sé si quiero verlo desde tan cerca —se quejó. Bran alzó una mano sin hacerle caso, y una camarera se acercó con rapidez—. Un cosmo y una cerveza —pidió.

—Podrías preguntar qué es lo que me apetece —gruñó Jai, molesta porque él hubiese decidido por ella—. Soy perfectamente capaz de pedir por mí misma, ¿sabes?

—No aquí, cielo. Ahora eres mi sumisa. Al menos, durante el rato que estés aquí. ¿O prefieres a otro Dom? —preguntó, mirándola fijamente con una ceja alzada.

Jai miró a su alrededor. Había muchos hombres; algunos estaban ocupados con sus propias sumisas; otros, hablaban animadamente entre ellos; y unos pocos miraban hacia ella con intensidad, evaluándola, mirándola con deseo y lujuria. Todos tenían en el rostro una mirada determinada y posesiva que la hizo recular.

—No, prefiero lo malo conocido —aseguró con un gruñido fastidioso.

—No me conoces en absoluto, cariño.

Otra vez aquella molesta risa entre dientes cargada de presunción, como si él supiese algo

que ella ignoraba. Fue a protestar, a exigirle que dejase de ponerla nerviosa, pero los focos del escenario se encendieron de golpe, deslumbrándola, y cerró los ojos momentáneamente. Cuando volvió a abrirlos, el escenario estaba ocupado.

Un hombre grande y musculoso, vestido de cuero por completo, había subido llevando tras de sí a una sumisa a la que dirigía gracias a la correa atada a su cuello. La chica, completamente desnuda, caminaba decidida y sin miedo, con las manos en la espalda y la cabeza inclinada hacia adelante; en sus ojos, Jai incluso llegó a percibir cierto brillo de anhelo.

En silencio, la condujo hasta un poste que surgía del suelo hacia el suelo, y allí la ató con las manos por encima de su cabeza.

—¿Estás preparada? —le preguntó con un susurro, que Jai pudo oír gracias a la cercanía. La chica asintió con la cabeza—. ¿Recuerdas tu palabra de seguridad?

—Sí. Rojo.

—Perfecto.

El hombre sonrió y la obsequió con una suave caricia, pasando las yemas de los dedos entre los pechos. Fue entonces que Jai se fijó en las pezoneras que brillaban, atrapando los pezones como cepos.

«Eso debe doler la hostia», pensó, estremeciéndose.

—Está preciosa, ¿verdad? —le susurró Bran al oído. Jai casi se había olvidado de él, hipnotizada por lo que tenía ante los ojos.

—No le veo yo la preciosura por ningún lado —contestó ella, removiéndose en el asiento. Bran la agarró por la cintura y la pegó contra su cuerpo.

—Pero te excita.

—Ni por asomo —se empeñó en negar lo evidente, porque su coño palpitaba como si el corazón se hubiese deslizado de su pecho hasta allí.

—Más mentiras. —Chasqueó la lengua, simulando desagrado—. Vamos a tener que trabajar eso muy seriamente.

—Yo no tengo que trabajar nada de...

El primer chasquido la hizo enmudecer. El hombre se había separado de la sumisa y estaba haciendo chasquear en el aire un látigo corto de muchas colas, planas y lisas.

—Eso se llama *flogger* —la ilustró Bran, como si hubiese sido capaz de leer su mente.

Jai, hechizada por la visión, no contestó; ni siquiera pareció haberlo oído.

El hombre abrió el *flogger* y golpeó a la chica, primero en un lado, luego en el otro. Jai se inclinó hacia adelante de manera inconsciente, para ver mejor el espectáculo. La manera en que la piel de la sumisa empezó a brillar de un tono rojizo fue casi hermoso. Se dio cuenta de que el hombre calculaba a la perfección los lugares en los que golpear para evitar la columna vertebral o los riñones. Tenía una habilidad espeluznante.

El hombre detuvo los golpes y acarició la piel de la espalda y las piernas con las tiras del *flogger*. La mujer se estremeció y giró el rostro. Tenía la boca abierta en un gesto que Jai no pudo definir si era de dolor o de placer, pero zarandeó el trasero de una manera que evocaba, sin lugar a dudas, excitación.

«Está excitada», susurró la mente de Jai y, al mismo tiempo, sus pezones se pusieron duros como una piedra y dejó ir un jadeo de necesidad que se convirtió en gemido cuando la mano de Bran se posó sobre su pierna y la acarició hacia arriba, deslizándose por debajo de la minúscula falda hasta llegar a la entrepierna.

—Abre las piernas, pequeña —le susurró al oído, y Jai obedeció sin pensarlo siquiera.

El hombre comenzó de nuevo la flagelación, enfocándose en los muslos y el trasero

provocador. La mujer, ansiosa, gimió muy fuerte y abrió las piernas. El Amo la golpeó allí con suavidad, directamente sobre el coño empapado, dejándola sin aliento.

Tan concentrada estaba Jai, que no se percató del movimiento de Bran hasta que notó la protuberancia de su erección pegada a su trasero. La había cogido y sentado sobre sus rodillas para poder tener un mejor acceso a ella.

Pensó en protestar. Incluso apartó la mirada del escenario durante un segundo para reprocharle su acción, pero la mano de Bran infiltrándose bajo sus bragas la acallo. Sus hábiles dedos empezaron a masturbarla. Jai dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándose en uno de sus hombros, y se dejó ir, incapaz de pensar en nada más que en el placer que estaba sintiendo.

Su interior se había fundido en un charco de calor líquido que viajó por sus venas como un torrente de lava. Los dedos de Bran sabían muy bien qué tocar, qué acariciar, qué pellizcar, para que la excitación aumentara de forma exponencial. Se sintió hueca y necesitada y empezó a acariciarse los pechos por encima del vestido mientras su boca se abría para lanzar un gemido que pareció agónico.

—Estás preciosa así —le susurró Bran al oído—. Me muero por follar esa boquita tan deliciosa, y por llenar tu coño ansioso con mi polla. Seguro que está hambriento y me atraparé en tu interior, cerrándose alrededor como un cepo. Y yo moriré de placer sintiéndolo latir contra la piel.

El gemido de Jai se mezcló con el de la sumisa del escenario. Cuando la mano de Branden sustituyó a la propia y empezó a torturarle los pezones, Jai se dio cuenta de que le había desabrochado el cierre del cuello y le había bajado el corpiño hasta dejar sus pechos al descubierto.

Tuvo un ligero estremecimiento al pensar que aquello no estaba bien, pero la voz de protesta quedó ahogada por el nuevo gemido que lanzó su garganta cuando los dedos masculinos le pellizcaron un pezón con dureza. El pinchazo de dolor le recorrió el pecho y el cuello hasta la nuca, y se convirtió en un torrente de placer que se manifestó entre sus piernas.

—Joder, pequeña, estás empapadísima —susurró Bran con admiración sin dejar de masturbarla—. Tan hermosa, tan libre y salvaje... Córrete para mí, ahora —le ordenó.

El tono marcial de su voz, como un oficial dando órdenes a sus soldados, la catapultó hacia las estrellas. Jai se corrió al mismo tiempo que la sumisa del escenario. El torrente de lava ardió en su piel, ahogó su garganta, impulsó su mente hacia un estado desconocido en que dejó de saber quién era o qué hacía allí. Solo importó latigazo de placer que la atravesó, la rodeó, la atrapó en un momento eterno. Su cuerpo se sacudió entre los brazos de Branden, que la rodeaban, protegiéndola, hasta que se quedó exhausta y laxa entre ellos. La acurrucó contra su pecho, moviéndole con dulzura la cabeza hasta que la acomodó sobre el hombro, y posó un suave beso en su frente.

—Hermosa... —susurró, sobrecogido. Había sido mucho más de lo que esperaba, y ni siquiera la había poseído. Su propia necesidad le estalló en la cara como un globo y supo que aquello no iba, no podía, terminar allí.



## Capítulo cuatro

Jai no supo cuánto rato estuvo en aquel estado de amodorramiento entre los brazos de Branden. Cuando empezó a ser consciente de ello, le parecieron horas, pero seguro que no había pasado más que algunos minutos.

Primero alzó la cabeza, apartándola del comfortable hombro en el que descansaba. Apoyó una mano en el pecho masculino y se incorporó, intentando levantarse; pero el brazo de Branden que rodeaba su cintura no se movió. Se mantuvo quieto e inamovible como unos grilletos aferrados a ella. Giró el rostro para protestar y exigirle que la soltara, pero su boca permaneció en silencio cuando vio la expresión de su rostro. La miraba de una manera tan intensa que le pareció que el color de sus ojos oscilaba como el chocolate de una taza al sacudirla. Había mucho calor en ellos, pasión desbordante, y un brillo primitivo que no supo identificar pero que la estremeció de arriba abajo.

«Te mira como si hubiese decidido que le perteneces», se dijo, sin saber muy bien si aquella idea le gustaba o si, por el contrario, le daba miedo.

—Deberías soltarme —susurró, no muy convencida de cómo reaccionaría él.

No pudo evitar sentir un conato de decepción cuando Branden parpadeó y pareció volver a la realidad, soltándola inmediatamente.

—Por supuesto. ¿Estás ya recuperada?

—Sí, sí, completamente —aseguró Jai mientras se levantaba de su regazo y se sentaba a su lado. Parpadeó, confundida, cuando vio la copa con el cosmopolitan sobre la mesa—. ¿Cuándo han traído la bebida?

—Hace unos quince minutos, —contestó Branden sin darle mucha importancia—, cuando estabas en pleno éxtasis sexual.

—Oh, Dios —gimió, tapándose la cara. De golpe, volvió a su mente lo que acababa de pasar. Branden la había tocado en sus partes más íntimas, la había semi desnudado y había tocado sus pechos en público, acariciándolos y pellizcando sus pezones, haciendo que llegara a gritar. Se había mostrado como una maldita gata en celo a la que no le importaba nada, ni siquiera toda la gente que podía verla. Se tocó la ropa, sorprendida de que todo volviese a estar en su sitio, cubriendo lo que debía cubrir. Branden debía haberla vuelto a vestir mientras yacía semi inconsciente entre sus brazos.

—No te preocupes, lo que ha pasado aquí entre nosotros es algo muy normal —intentó tranquilizarla—. No debes sentirte avergonzada. No has sido la única.

—Puede que no haya sido la única, pero yo no hago este tipo de cosas en público. Es... humillante.

—¿Humillante? ¿Tener el mejor orgasmo de tu vida, es humillante?

Branden se hacía el ofendido, pero el brillo de la diversión bailaba en sus ojos.

Había sido el mejor, sí, pero no iba a decírselo. Su ego ya estaba bastante complacido al verla derretirse entre sus brazos, no iba a darle más munición.

—No seas tan pretencioso. No puedes saber si ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—Bueno, seré humilde y me conformaré si confieras que ha sido uno de los mejores.

—Aceptaré que ha sido de los diez mejores.

—¿Solo entre los diez? Apostaría que más bien está entre los cinco primeros.

—Si te hace feliz creerlo...

Jai cogió la copa y se la llevó a los labios. Tuvo que esforzarse para contener el temblor que

sacudía sus manos y disimuló su estado de completa confusión mirando a su alrededor, como si estuviese interesada en lo que ocurría más allá de su sofá.

Había sido el mejor orgasmo de su puta y mísera vida, y lo odiaba. ¿Cómo podía ser que, en aquellas circunstancias tan absurdas y fuera de normalidad, se hubiese corrido con tanta fuerza? Ver a aquella sumisa sometida a su Amo, ver el placer en la expresión de su rostro contraído y cómo sacudía su trasero exigiendo de aquella manera que la hiciese llegar, la había excitado tanto que Branden apenas había tenido que esforzarse para conseguir que se corriera de una manera brutal y magnífica.

«No te mientas —le dijo aquella vocecita insidiosa que siempre aparecía en su cabeza cuando intentaba mentirse a sí misma—. Las manos de Branden, y él mismo, han tenido mucho que ver. ¿O acaso te hubieras dejado tocar por cualquier otro que no fuese él?».

Como siempre, la voz tenía razón. Si hubiese sido otro, no le hubiera permitido llegar tan lejos. En realidad, no le habría consentido ni siquiera dar el primer paso. Al primer intento de meterle mano, el guantazo habría sido antológico, digno de salir en el Libro Guinness de los Récords.

—¿Hay algo más para ver por aquí?

El silencio estaba mortificándola, sobre todo porque Branden seguía mirándola con aquella sonrisa satisfecha colgando de sus labios, como si acabase de lograr un hito memorable.

—Hay muchas cosas, pero todavía no son adecuadas para ti. Te las mostraré el próximo día si eres buena.

—No va a haber próximo día —contestó con el ceño fruncido—. ¿Por qué las sumisas llevan pulseras de colores?

El cambio de conversación dejó a Branden un poco descolocado, pero se recuperó en seguida. Así que estaba segura de que no iba a volver al Taboo... Bueno, podía permitirle creerlo, de momento. Pero, en cuanto pusiera en marcha el loco plan que le rondaba en la cabeza desde hacía días, cambiaría de opinión. Y, ahora que sabía que no se equivocaba, que Jilyn Middleton era una sumisa de los pies a la cabeza, no tenía porqué demorarlo más.

—Es para que los Amos sepan a qué atenerse. Las que llevan la pulsera azul son novatas y están de prueba; hay que ir con cuidado y ser paciente con ellas porque todavía están explorando y no conocen sus límites. La pulsera verde indica que la sumisa tiene Amo y no puedes acercarte a ella con intenciones sexuales sin permiso de su Dom...

—¿Permiso de su Dom? ¿Quieres decir que ella no tiene ni voz ni voto en eso? —se escandalizó, aunque intentó por todos los medios que él no se diese cuenta.

—No exactamente. Un Amo conoce a su sumisa, sus necesidades y aquello con lo que disfruta. Si a la sub no le gusta ser cedida a otros, su Amo jamás lo concederá. Verás, Jai, la relación Amo/Sub no es como una relación de pareja tradicional en que se espera fidelidad, amor y todo eso. En la mayoría de estas parejas no hay amor, solo entendimiento mutuo. Cada uno sabe lo que el otro necesita sexualmente, e intenta procurárselo de la mejor manera posible. Un buen Amo forzará los límites de su sumisa, pero jamás irá más allá en contra de su voluntad. Para eso está la palabra de seguridad. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo —dijo, no muy convencida, pero no tenía ganas de que se explayara en explicaciones. Le resultaba un tema bastante incómodo—. ¿Y los otros colores? ¿Qué significan?

—Las que llevan las pulseras amarillas son sumisas experimentadas que no tienen un Amo fijo, por lo que están disponibles para cualquiera; siempre con las restricciones que ellas marquen, por supuesto. Y las rojas son como las amarillas pero que también están dispuestas a sesiones de sadomaso.

—Lo que hemos visto, ¿era una sesión de sadomaso?

—No, cielo, era una sesión normal.

—Pero hubo dolor.

—Poco, y superficial. Una sesión de sadomaso es mucho más dura.

Jailyn se estremeció. ¿Más duro que ser azotada de aquella manera? ¿Ser sumisa implicaba que te gustara el dolor? Eso no era algo que pudiese asimilar con facilidad. El dolor no era algo bueno que pudiese producirte placer, no para ella.

De repente, una idea bastante siniestra se hizo eco en su cabeza.

—¿Y si la sumisa pacta una cosa y el Dom decide saltarse ese pacto? ¿Y si ella grita la palabra de seguridad y él hace caso omiso? ¿Y si la amordaza y no puede pronunciar palabra?

—Te estás acelerando, cielo. —Branden le pasó la mano por los hombros y la acunó contra su cuerpo. Aspiró su aroma, a sexo y a sudor, y se le llenó las fosas nasales, haciendo que la erección que todavía tenía entre las piernas pulsara de una manera infernal—. No pasan esas cosas, para eso están los guardias de sala. ¿Ves aquel hombre con la camiseta blanca que lleva el logo del Taboo en el pecho? Es uno de los guardias. Antes, durante la exhibición, estaba a un lado del escenario, pendiente de todo lo que ocurría. Si el Amo se hubiese propasado, habría detenido la sesión inmediatamente.

—Supongo que eso debe dar mucha seguridad a las sumisas.

—Sí, por eso vienen aquí, porque saben que están a salvo.

—Es bueno saberlo, porque da miedo pensar que pueden caer en manos de un desaprensivo y que estarán completamente indefensas.

—En el Taboo, siempre protegemos a nuestras mujeres, Jailyn. De eso, puedes estar segura.

—Branden se movió, incómodo. La erección aprisionada le dolía como mil demonios y deseaba ardientemente poder liberarse. Miró a Jai, pero supo que no era el momento. Si ahora le pedía que le hiciera una mamada allí mismo, lo mandaría a la mierda, a pesar de que sería injusto después del orgasmo que le había proporcionado.

Pero si empezaba con un beso...

Si la besaba y jugaba bien sus cartas, estaba seguro de que acabaría follándosela allí mismo.

«No deberías haberle permitido descansar —se dijo—. Después de su orgasmo, cuando la tenías entre los brazos, en lugar de acunarla podrías habértela follado y quitártela de la cabeza de una vez por todas. Ella no habría protestado. ¿Para qué andar con jueguecitos peligrosos cuando habría sido tan fácil?»

Le miró los labios, tan sensuales y jugosos. Ella le devolvió la mirada y tragó saliva, nerviosa. ¿Quizá estaba adivinando sus intenciones? Sonrió, y acercó su rostro al femenino muy lentamente.

«Porque jugar es mucho más divertido —se dijo—, y si te la follas ahora, ¿qué diversión habrá?»

—Quizá es hora de que te vayas, pequeña —dijo susurrando sobre sus labios entreabiertos. Jai abrió los ojos, sorprendida—. Si permites que te bese, no te dejaré escapar. Te arrastraré a una de las mazmorras privadas y te follaré durante toda la noche, hasta que ya no puedas caminar.

El instinto de conservación de Jai se activó, como una alarma sonando histérica en su cabeza. Quería que la follara, pero sus palabras habían sonado más a amenaza que a seducción, y solo pensar en estar con él, a solas, a su merced, en un lugar en el que a saber qué podría hacerle sin que ella pudiese evitarlo... La palabra «mazmorra» no era precisamente cautivadora.

—Mejor me voy —se precipitó a decir, levantándose tan deprisa que casi le da un mareo.

—Yo buscaré a tu amiga —se ofreció Branden levantándose con ella—. Espérala en el vestíbulo.

—Sí, claro, Kendra —susurró, aturdida porque casi se había olvidado de su amiga—. La espero en el vestíbulo.

—Es lo que yo he dicho —sonrió Branden.

Jai no dijo nada más. Solo caminó hacia las escaleras, sintiendo que tenía las piernas de goma y que en cualquier momento le fallarían, y se agarró al pasamanos para subir hasta el vestíbulo.

Branden la observó, contento a pesar del dolor de testículos. La pequeña Jai estaba ya entre sus redes, estaba convencido de ello. Solo tenía que poner en marcha su plan y convencer a Kerr para que lo ayudase.

Cerró los ojos y aspiró. Casi pudo oler el aroma del lago y el sonido del agua chocando contra el embarcadero, mezclados con los gritos de pasión que inundarían el aire.

Jailyn no tuvo que esperar demasiado. Diez minutos más tarde, Kendra hacía acto de presencia en el vestíbulo. Llevaba la falda plisada algo arrugada, dos de los botones de la blusa habían sido arrancados, y uno de los calcetines blancos se le había caído hasta el tobillo. Parecía una colegiala que se había saltado las clases para ir a hacer travesuras. Sus ojos brillaban de una manera que no le había visto antes y tenía las mejillas sonrosadas.

—Parece que has disfrutado de la experiencia —le dijo Jai con algo de sorna.

—Como si tú no lo hubieras hecho. ¡Me he quedado muerta al ver a Branden Ware! ¡Tienes que contármelo todo! ¿Qué habéis hecho? ¿Te lo has tirado?

—No exactamente.

—¿Cómo que «no exactamente»?

—Salgamos de aquí antes de que me sometas al tercer grado, ¿quieres? —exclamó Jai mirando a la recepcionista que las observaba con una sonrisa muy explícita en los labios, que parecía querer decir que sabía muy bien de lo que iban a hablar.

—Oh, está bien —contestó Kendra con desgana.

—¿No quieren que les llame un taxi? —preguntó la mujer cuando iban a abrir la puerta.

—Sí, se lo agradecería, lo esperaremos fuera —contestó Jai mirándola por encima del hombro de su amiga.

Una vez fuera, Kendra insistió con pesadez hasta que Jai confesó lo que había pasado. Lanzó exclamaciones, risas y aplaudió en algunos momentos, ante la incomodidad de Jai, que intentó por todos los medios que fuese menos expresiva.

—Lo tienes en el bote, chica —le dijo al final.

—No digas tonterías. No sé si quiero tenerlo en el bote. ¿Tú has visto las cosas que le gustan?

—Las mismas cosas que a ti te han puesto perraca, no me jodas.

—¡Pero yo no soy así! Disfruto del sexo como cualquiera, pero de ahí a dejarme azotar o a saber qué... No sé, no lo veo.

—¡Claro que lo ves! Por eso has tenido tanta prisa por largarte en cuanto te ha «amenazado» —hizo el gesto de comillas con los dedos mientras pronunciaba aquella palabra— con meterte en la mazmorra y follarte. Porque en el fondo lo estás deseando.

—No lo tengo tan claro.

—Pues yo, sí. Y te conozco mejor que tú a ti misma. Acabarás cayendo de una forma u otra, no lo dudes.

—¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido? —le preguntó mientras veía al taxi acercarse—. Porque vamos,

el aspecto que tienes es de estar bien follada, niña.

Kendra se rió y se encogió de hombros.

—El Amo Kerr es un maestro con todas las letras, te lo aseguro.

—Te lo has tirado.

—Más bien él me ha follado a mí, y de qué manera. Y, sinceramente, me ha jodido un poco que Branden Ware viniera a buscarme —añadió un poco gruñona—. Nos ha interrumpido cuando íbamos a presenciar una demostración de *shibari*, y me ha dejado con las ganas. Así que me debes una, y muy gorda.

—Ya te la cobrarás —gruñó Jai abriendo la puerta del taxi. No sabía qué era eso del *shibari*, y tampoco tenía intención de preguntarle.

—De eso, puedes estar segura.

## Capítulo cinco

*En la actualidad...*

Jailyn sentía los ojos tan pesados como el cuerpo. Amodorrada por el calor de la colcha que la cubría, murmuró un irracional «déjame dormir un poco más, mamá...». Una suave risa de fondo la hizo sonreír. Sabía que tenía que levantarse, que probablemente el despertador ya había sonado y tenía que ponerse en marcha para no llegar tarde al trabajo; pero la cama era muy mullida y acogedora, y no le facilitaba las cosas.

Su mente, todavía nublada por el sueño, se preguntó por qué estaba boca arriba si siempre dormía de lado. Intentó mover los brazos y girarse, pero algo se lo impidió. Abrió levemente los ojos. En su cabeza empezó a sonar una alarma, primero de una forma tenue que fue haciéndose más aguda y apremiante con cada segundo que pasaba, hasta que gritó histérica cuando se dio cuenta de que estaba atada. De pies y manos. En una cama. En una cama y en un dormitorio que no era el suyo.

Abrió la boca para gritar, pero se percató, sobresaltada, de que estaba amordazada. Peleó contra las ataduras, removiéndose en la cama, tirando de ellas hasta el punto en que pensó que se arrancarían las manos.

Unas manos la sujetaron con firmeza. Unas manos grandes y masculinas que la agarraron por los hombros para atraparla contra la cama. Gritó, a pesar de la mordaza y de que por su boca solo salió un gruñido ahogado.

¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? ¿Quién era ese hombre? El recuerdo de la noche pasada la sacudió como un puñetazo en la mandíbula. Su vuelta a casa, la furgoneta que se paró a su lado, el hombre con el pasamontañas que saltó sobre ella, agarrándola y metiéndola en el vehículo, el trapo impregnado de algo que la adormeció...

¿La habían secuestrado? ¡La habían secuestrado! El terror la sobrecogió y la inmovilizó, haciendo que su cuerpo se quedara sin fuerzas y dejara de luchar.

Miró el rostro del hombre que la tenía cautiva. Le pareció familiar, pero el sol que entraba por la ventana a su espalda nublaba su visión y oscurecía la cara de su captor. Solo cuando escuchó su voz, supo quién era.

—No tengas miedo, Jailyn. No voy a hacerte daño.

En mitad de su estado de confusión y terror absoluto, Jai tuvo ganas de reír por lo estúpida que era aquella afirmación. ¿No iba a hacerle daño? ¡Ya se lo había hecho! ¡La había secuestrado, por el amor de Dios! La furia al reconocerlo bulló en su interior como una sartén llena de aceite. Farfulló algo ininteligible y le dirigió una mirada de odio que lo hubiese matado de ser posible algo así.

—Oí tu conversación con Kendra —le dijo un calmado Branden Ware, sentado en el borde de la cama, mirándola como un león observa a su presa antes de devorarla—. Afirmaste que te encantaría que te secuestrara y te convirtiera en mi esclava sexual durante unos días. Bueno, he cumplido la primera parte de tu deseo.

Branden le pasó la yema del dedo índice por la mejilla. Lo deslizó con suavidad sobre su piel hasta el cuello y siguió por el pecho, hasta que el cuarto botón de la blusa se lo impidió. «¡Estoy vestida!», pensó Jai, dejando ir un jadeo de alivio a través de la mordaza.

Por lo menos, el muy capullo no la había desnudado mientras estaba inconsciente. Quizá no era un loco violador, después de todo.

—Voy a quitarte la mordaza en unos segundos, pero antes voy a proponerte algo: sé mi

sumisa durante una semana. Si aceptas, estableceremos normas y una palabra de seguridad. Si te niegas, te liberaré inmediatamente y te llevaré de vuelta a tu casa. Te aseguro que no tienes nada que temer de mí. —Le pasó las manos por la nuca y accedió al cierre de la mordaza—. No grites, Jailyn. Primero, porque no tienes motivos para hacerlo, estás completamente a salvo. Y, segundo —añadió, en un tono un poco ominoso—, porque nadie va a oírte si lo haces.

Cuando la mordaza cayó, Jai resopló y se pasó la lengua por los labios. Branden siguió ese movimiento, sintiendo que su polla se alteraba ostensiblemente. Estaba tan preciosa allí, vulnerable e indefensa, pero incluso así mirándolo con furia asesina. Sintió deseos de besarla pero se contuvo.

—¿Estás loco o qué?! —le gritó al fin, como si hubiese necesitado unos segundos para recobrar fuerzas y poder atacarlo verbalmente con toda su cólera—. ¿De qué coño vas, tarado?!

—No es necesario que me grites.

—¿Que no te grite, chalado de mierda?! ¿Qué coño se te pasó por la cabeza?! ¡¡Suéltame!!

—¿Estás segura de que quieres que te suelte? —le preguntó él, tirando de la colcha—. ¿Verdaderamente segura?

—¿Cómo que si estoy segura...? ¿Qué haces?!

La mano de Branden desapareció debajo de su falda para acariciarle la parte interior de los muslos. La ropa se arrugó, atrapada por el reloj de él, subiendo hasta enrollarse en las caderas femeninas, dejando al descubierto la ansiada zona. Jai sacudió las piernas intentando deshacerse de aquella caricia intrusiva que le había erizado la piel. Los ojos de Branden brillaron con codicia y deseo y se vio atrapada en ellos como un ratón en una ratonera. De sus labios surgió un gemido cuando la osada mano cruzó la frontera de sus bragas y enredó los dedos en su vello púbico. Los pezones se le arrugaron y los sintió duros y doloridos bajo la ropa.

—Creo que no estás muy segura de querer irte, pequeña —le susurró la voz de Branden mientras la acariciaba los labios vaginales y jugueteaba con el clítoris—. Creo que, en realidad, deseas quedarte. Tu cuerpo no me miente, gatita, tu dulce coñito me dice la verdad. Se ha empapado con el simple contacto de mis dedos. —Las caderas de Jai se balancearon buscando con desespero un roce más intenso cuando él retiró levemente la mano, y provocó en Branden una risa profunda y satisfecha—. ¿Qué crees que encontraré si te desabrocho la blusa y descubro tus pechos? ¿Qué piensas que me dirán tus pezones si los chupo y los acaricio? —La sola idea la hizo gemir. Todo había desaparecido para ella y había dejado de tener importancia, excepto el contacto ardiente de la mano de Branden y su voz susurrante llena de promesas sensuales.

¿Cómo era posible que se pusiera cachonda con tanta facilidad?, pensó, confundida. ¿En aquellas circunstancias? Debería estar aterrorizada, muerta de miedo; y, sin embargo, su cuerpo, en lugar de temblar de pánico, se sacudía de deseo, anhelando más de lo que él le estaba dando.

Cuando la penetró con un dedo, se sacudió y pensó que no era suficiente, que quería más. Su cuerpo ansiaba que la llenara, que la colmara de caricias, besos y tortura sensual, y que su polla la penetrara en lugar de un vulgar dedo que no dejaba de moverse en su interior, tanteando su mojado canal, buscando algo que ella quería que encontrara aunque ni siquiera supiese qué era.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido largo y profundo. Cuando una mano, grande y masculina, se apoderó de uno de sus pechos y apretó, pellizcando el pezón con dureza, los volvió a abrir, sorprendida. Branden le había desabrochado la blusa y le había apartado la copa del sujetador para poder acceder a él, sin que ella se diese cuenta.

Volvió a gemir y a sacudirse. ¡Era tan bueno todo lo que sentía! ¡Tan intenso y ardiente! ¡Tan extraño y diferente! ¿Por qué no tenía miedo? ¿Por qué no se sentía abusada? Él la estaba tocando en contra de su voluntad, y ella estaba a su merced sin poder defenderse. ¿Por qué se

sentía tan excitada? Debería gritar de pánico en lugar de gemir de placer y desear que aquella tortura continuara. Debería... Debería...

—No... por favor —susurró. «No pares. Sigue. Arráncame las bragas y fóllame duro», quiso exigir, pero abrió los ojos, alarmada, cuando las manos de Branden se alejaron de ella, dejándola jadeante, al borde del orgasmo pero sin ser capaz de llegar—. ¿Qué haces? —resopló indignada cuando lo vio levantarse de la cama y apartarse de ella.

—Voy a dejarte un rato para que pienses en mi proposición —contestó él muy serio.

—¿Cómo que...? ¿Vas a dejarme así?

No pensaba precisamente en que estaba semi desnuda y atada en una cama; su preocupación era el estado de excitación no satisfecha en que se encontraba. ¡Necesitaba culminar! ¡Explotar en un orgasmo!

—Sí. —Branden la miró con la diversión brillándole en los ojos. Supo muy bien a qué se refería ella, pero decidió hacerse el loco—. Aún no te voy a desatar. No quiero que se te cruce por la cabeza la idea de escapar por tu cuenta. Podrías perderte y hacerte daño.

—¿Qué..?

La confusión era más que evidente en el rostro de Jai. Branden le guiñó un ojo y chasqueó la lengua para evitar echarse a reír.

—Piensa en mi proposición. Cuando hayas tomado una decisión, grita mi nombre.

Cuando Branden salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí, Jai lanzó un grito de frustración y tiró de los brazos y piernas, intentando deshacerse de las ataduras. ¡¿Cómo podía ser tan idiota?! ¡Y cruel! Dejarla en aquel estado de excitación que bullía por todo su cuerpo era inhumano. ¡Un sádico! ¡Eso es lo que era! Quería marcharse a su casa. Lo denunciaría, ¡ya lo creo que lo haría! Por secuestro y abuso sexual. Le metería un puro que se cagaría encima. ¡Estúpido! ¡Imbécil!

La risa de aquella vocecita insidiosa que siempre oía en su cabeza en los momentos más inoportunos, reverberó, divertida.

«Lo denunciaré, mi mi mi mi —resonó, burlona, entre carcajada y carcajada—. Claro que sí, guapi. Denúncialo también por tener unas manos mágicas que te ponen perraca con cuatro caricias, y por dejarte al borde del orgasmo. O, mejor aún, por hacer que el coño se te haga gelatina con solo mirarte, o por estar tan bueno y tener ese cuerpazo de escándalo. ¡No seas tonta y piénsalo bien! ¡Una semana con él, tía! ¡Una puta semana entera follando como conejos con este pedazo de hombre por el que suspiras como una quinceañera! ¿De verdad serás tan subnormal como para decirle que no?».

Tomó la decisión antes incluso de ser consciente de ello, aunque todavía pasó un rato considerando los pros y los contras, intentando racionalizar algo que era imposible, y mucho menos estando tan excitada. Quizá su cabeza le decía que tenía que largarse de allí, pero el cuerpo... Ah, el cuerpo traicionero, este le gritaba con toda la fuerza del mundo que dijese que sí.

La razón intentó poner cordura, diciéndole que no era lo mismo experimentar el BDSM con él en el club, donde había más gente, que allí, estando a solas. ¡Si ni siquiera sabía dónde la había llevado!

«Nadie te oirá si gritas». Eso le había dicho, y debería estar aterrorizada por la idea. Entonces, ¿por qué se planteaba siquiera la opción de quedarse?

«Porque podría retenerme a la fuerza si quisiera, y conseguir de mí todo lo que le diese la gana sin que yo pudiera hacer algo por impedirlo. En cambio, ha dejado en mis manos la decisión de quedarme o no».



Y tenía la seguridad, aunque no sabía por qué, de que él cumpliría su palabra de llevarla a casa.

—Voy a quedarme. Estoy loca, pero voy a quedarme. ¡Branden! —lo llamó, pegando un grito que retumbó en el cuarto.

Él apareció por la puerta al cabo de algunos segundos. La miró de arriba abajo, acariciando su semi desnudez con los ojos, y le mostró aquella sonrisa de medio lado que la volvía loca. Jai notó un estremecimiento ante su intensa mirada y reprimió un gemido. ¿Cómo diantres lo hacía?

—¿Has tomado una decisión?

—Sí. Voy a quedarme, pero con alguna condición.

Branden se sentó en el borde de la cama y le pasó el dedo por la piel entre los pechos, distraído, como si estuviera pensando en lo que acababa de decirle.

—No estoy muy acostumbrado a que las sumisas que traigo aquí me pongan condiciones; pero, puede que haga una excepción contigo. ¿Qué es lo quieres?

—Mi teléfono para avisar a Kendra de que estoy bien porque seguro que estará alarmada. Podemos dar gracias si no ha puesto en marcha a toda la policía buscándome.

—Kendra sabe que estás conmigo —la sorprendió él.

—¿Cómo qué..?

—La llamé anoche para avisarla.

—¡¿Y no quiso hablar conmigo para asegurarse de que decías la verdad?!

—Le dije que estabas dormida, que el sexo te había dejado agotada y que la llamarías por la mañana.

Jai cerró la boca con un chasquido. Cuando volviera a casa tendría que hablar seriamente con Kendra. No podía ser que desapareciese de golpe y ella aceptara la palabra de un tío, aunque fuese Branden Ware, sin asegurarse de que decía la verdad.

—Vale. En cuanto a lo que tú puedes o no puedes pedirme, voy a dejarte las cosas claras antes de...

—Nada de eso. —Branden negó con la cabeza mientras giraba un poco el rostro, observando con atención uno de los pezones duros como guijarros. Se mojó los dedos con la lengua y empezó a acariciarlo con determinación sin dejar de hablar—. Tú y yo nos estamos conociendo, y he de descubrir cuáles son tus límites reales. Muchas veces te obligaré a ir mucho más allá de lo que ahora piensas que es aceptable, y harás, o me dejarás hacerte cosas que ahora mismo no puedes ni imaginar. —Jai gimió cuando Branden le pellizó el pezón. Era muy difícil concentrarse en lo que le estaba diciendo mientras la torturaba de esta manera tan exquisita—. Y te aseguro que vas a disfrutar de todas y cada una; incluso acabarás pidiéndome más. No voy a permitir que nos prives de eso. Por supuesto, tendrás tu palabra de seguridad que lo detendrá todo en el mismo momento que la pronuncies. Pero, te aviso, lo detendrá *todo* en absoluto. Pronunciar esa palabra significará que el juego ha terminado, que volveremos a casa, y que cada uno continuará con su vida.

—Eso no es justo —refunfuñó ahogando un gemido. Los dedos de Branden habían pasado al otro pezón y lo estaba pellizcando con suavidad, lo bastante fuerte como para hacerla sentir incómoda y que un leve pinchazo de dolor se desplazara por todas sus terminaciones nerviosas, pero no lo suficiente como para pedirle que parara. En realidad, deseaba que siguiera. El remanente del orgasmo que no había alcanzado todavía estaba allí, punzando en su coño, y sus dedos lo estaban avivando.

—Te equivocas, es totalmente justo. Si te dejo pronunciar tu palabra de seguridad sin consecuencias, la usarás cada vez que algo te ponga un poco nerviosa. No te permitirás ir más

allá de lo que ya conoces, ni probar aquello por lo que sientes tanta curiosidad porque el miedo, la vergüenza o tus tabúes te lo impedirán. Pero, para tu tranquilidad, te prometo que no soy un sádico y que producir un dolor excesivo o humillar a mi sumisa no me da placer. Esas son mis condiciones. O confías en mí y las aceptas, sin saber en absoluto qué es lo que te espera, o esto acaba aquí y ahora.

Confiar. Al fin y al cabo, eso era todo, ni más ni menos. Aceptar sería entregarle su confianza y ponerse en sus manos con la esperanza de que él cumpliera con su palabra. ¿Podía confiar en él?

Branden apartó los ojos del pezón que se había entretenido torturando y la miró a los ojos, esperando una respuesta. Jai vio honestidad en ellos y lo supo. Supo que iba a decir que sí, que se entregaría a él, que se pondría en sus manos y exploraría hasta dónde podía llevarla la senda del BDSM.

—Creo que estoy empezando a odiarte, pero acepto.

La sonrisa de Branden se hizo mucho más amplia.

—Estaba seguro de que lo harías.

—¿Por qué? ¿Porque te crees irresistible?

—No, porque vi la sumisa que hay en ti, y la necesidad de explorar tu propia sensualidad, antes incluso de que tú fueses consciente de ello. Eres una gata curiosa, Jailyn. Curiosa y viciosa. Y, como tu respuesta me ha satisfecho, voy a premiarte por ello.

Sin moverse, le pegó un tirón a las bragas de Jai, que dio un respingo, y las rompió. La tela quedó en su mano hecha un guiñapo durante unos segundos. Cerró el puño y la arrugó entre sus dedos para lanzarla al suelo con decisión.

—No vas a necesitar una de estas durante siete días —anunció con una sonrisa.

—¿Cómo que no...?

No pudo terminar la frase. De un tirón, Branden abrió del todo la blusa. Los botones que todavía estaban abrochados saltaron rodando por el suelo. Jailyn, muda y expectante, dejó ir un jadeo de sorpresa.

Con una calma irritante, siguió con los dedos el borde del sujetador, que se había recolocado por sí mismo. Branden lo levantó y empujó hacia arriba para que dejaran de entorpecer su visión.

—Tienes unos pechos muy bonitos y sensuales —susurró él, mirándolos extasiado. Tapó uno con la palma de la mano y gruñó—. Son del tamaño perfecto para mis manos.

Se inclinó hacia adelante y se apoderó de un pezón con la boca, chupándolo con fuerza. Jai encorvó la espalda y tiró de los brazos mientras soltaba un gemido. Su boca era una experta y su lengua, jugando con el pezón, mojándolo con la saliva, torturándolo, era una maravilla. Cuando lo mordió, suave pero duro, Jai no pudo evitar dejar ir un pequeño chillido. Dolía, sí, pero fue un dolor placentero que recorrió todas sus terminaciones nerviosas, poniéndole el vello de punta, desembocando en su coño hambriento que palpitó al mismo ritmo que la deliciosa tortura a la que la sometía.

—¿Dónde... dónde estamos? —preguntó. Necesitaba algo a lo que aferrarse porque tenía la extraña sensación que estaba perdiendo la cordura. ¿Por qué se sentía tan inflamada de deseo? Nadie había conseguido excitarla de esta manera con tan pocas caricias. Solo estaba torturando sus pezones, y ella se sentía como si la tocara por todas partes.

Branden no contestó en seguida. Cambió de pezón y torturó el otro con paciencia y esmero. Lo lamizó, dejando un rastro de saliva que, cuando sopló ligeramente sobre él, el frío hizo que se endureciera aún más. Chupó con fuerza y lo mordisqueó, hasta que Jai volvió a soltar un grito y su cuerpo se sacudió sobre la cama.

¿Era por estar atada y a su merced, que se estaba excitando tanto? ¿Era la meticulosidad de Branden al acariciarla con su boca? Lo hacía lentamente, fijándose en la expresión de su rostro, descubriendo así qué era lo que más la ponía, y lo que menos. Pero ella era un cúmulo de deseo y cualquier pequeño toque la hacía jadear. Daba igual si era su lengua lamiendo el pezón, o sus dientes mordisqueándolos, o sus labios besando y chupando los duros picos; su cuerpo reaccionaba con intensidad desmedida, con ramalazos de electricidad recorriendo su piel y el fuego ardiente corriendo por sus venas, mientras la necesidad crecía y se enroscaba en su empapado y hambriento coño.

De repente, una mano grande y fuerte le palmeó el monte de Venus. Fue un golpe seco que no dolió, pero lanzó miríadas de chispas que se esparcieron por su piel, lamiéndola y crepitando. Su corazón atronó en el útero y palpitéo con fuerza, enroscando un orgasmo que se alimentaba de cada pequeño gemido o jadeo, de cada toque, de cada caricia, de cada sensación intensa y desmedida provocada hasta por la suave brisa que surgía de los labios de Branden cuando soplaba sobre los pezones.

—Yo... —gimió, con un lamento largo y profundo que surgió del fondo de su pecho—, no puedo...

Su cabeza se balanceó de izquierda a derecha, una y otra vez. Tiró de las ataduras con fuerza mientras un sollozo nació en su garganta. Quería detenerlo y apremiarlo a que continuara, todo a la vez, y agradeció tener las manos atadas para no interferir. El placer era máximo, jamás había sentido algo así. Ningún hombre había conseguido tanto con tan poco.

—Estás preciosa cuando te desesperas entre mis manos, Jailyn —susurró Branden. Su mano, posada sobre los rizos, reptó hacia la entrepierna y la penetró con un dedo mientras empezó a torturarle el clítoris con el pulgar—. Tu coño ansioso clama por mi polla erecta, y eso me satisface, mi pequeña sumisa.

—Por favor... —gimió de nuevo, suplicándole que parara aquella tortura, que la hiciera llegar, que le permitiera culminar antes de que su cuerpo se fundiera a causa del calor que le rugía en las venas.

Branden introdujo otro dedo sin dejar de observarla. Estaba extasiado por cada gesto de su rostro y por la entrega total. Profundizó, buscando aquel punto mágico que la llevaría al éxtasis, y cuando lo encontró y Jailyn empezó a corcovar, presa de temblores y de la pasión, inclinó la cabeza y se apoderó de su boca, besándola con fiereza, penetrándola con la lengua igual que la penetraba con los dedos, sujetando su cabeza con la mano libre con los dedos enredados en el pelo, bebiéndose cada gemido, cada suspiro, cada lamento, cada sollozo incontrolable hasta que los temblores remitieron poco a poco y solo quedó el remanente de sus jadeos y del retumbar de su corazón.

—Estamos en una caballa a orillas del lago Ontario —le susurró en el oído, contestando a su anterior pregunta—. Vinimos en la avioneta de un amigo al que ya conoces, pero que te presentaré formalmente cuando sea el momento —continuó. Sabía que, a pesar de tener los ojos cerrados, ella lo estaba escuchando—. Estás tan bonita, atada y desmadejada por el orgasmo, con tu cuerpo relajado y brillando de sudor—. Quitó los dedos de su coño y los miró. Estaban empapados por los jugos y sonrió. Le acarició los labios con los dedos mojados y la forzó con suavidad a abrir la boca y los introdujo dentro—. Este es el sabor de tu pasión, mi pequeña sub. Chupa mis dedos con fuerza y saboréalo. —Ella obedeció, lamiendo los dedos después de abrir los ojos y fijar la mirada en él. Lamió y chupó con fruición, haciendo que la maltratada polla de Branden se tensara todavía más, si es que eso era posible. Lanzó un gemido, ronco y agónico, y su respiración, que había mantenido controlada durante todo el rato, trastabilló y lo obligó a

jadear.

No. Debía detenerlo. No podía dejarse llevar hasta perder el control.

Quería caer sobre ella, liberar su necesitada polla y follarla con salvajismo desatado.

Pero él no era así. Siempre mantenía el control de la situación y no se dejaba llevar por el deseo, por muy punzante y agónico que este fuera.

Se apartó de Jailyn y la desató con calma, sin prisas, conteniendo el temblor de sus manos. La ayudó a levantarse y le pasó los dedos por la mejilla, acariciándola, marcándola como propia de una forma sutil, aunque allí no hubiese nadie que pudiese disputar su propiedad.

Jai no dijo nada, solo se frotó las muñecas, allí donde las restricciones la habían rozado cada vez que luchó contra ellas. Branden dio un paso atrás y la miró de arriba abajo, evaluándola.

—Llevas demasiada ropa —aseguró con un tono artificialmente frío—. Quítatela —ordenó—, aquí no la vas a necesitar.

—¿Cómo que...?

Detuvo sus palabras poniéndole un dedo sobre los labios.

—Ahora eres mi pequeña sub, Jailyn. Mi mascota. Mis mascotas no llevan ropa y jamás discuten una orden. Quítatela. Ahora.

Jailyn tembló. Su tono autoritario había lanzado miríadas de descargas ardientes por su piel y, a pesar de sentirse agotada y satisfecha, no pudo evitar que un chispazo de excitación remoloneara de nuevo en su útero.

—Sí, claro —susurró.

—Sí, Señor —la corrigió él—. Así es como vas a llamarme: Señor. O, si lo prefieres, Amo; o Maestro. Cualquiera de las tres opciones es correcta.

¿Amo?, pensó, con una ligera irritación. Las connotaciones de la palabra no le gustaron demasiado; quería disfrutar como sumisa, pero no era una esclava. ¿Señor? Evocaba a épocas pasadas que olían a naftalina y no podía evitar reírse al escucharla. «Señor» era su padre, o el señor Royland, el tendero al que le compraba las chuches cuando era pequeña.

—Prefiero Maestro —indicó. Al fin y al cabo, ella era una aprendiz de sumisa y él sería el encargado de enseñarle todo lo que debía saber.

—Muy bien, entonces. A partir de ahora, soy tu Maestro. —Branden se apartó de ella y se sentó en un sillón que había colocado en una esquina del dormitorio. Cruzó las piernas y se apoyó en el respaldo con actitud indolente—. Desnúdate, pequeña. Acostúmbrate a obedecerme con rapidez, o tendré que castigarte.

—¿Castigarme? —Intentó parecer alarmada, pero lo cierto es que su útero palpitó, anhelante ¿Cómo podía ser que se sintiera excitada ante la idea de ser castigada? —¿Y cómo lo harás, Maestro?

Branden juntó las manos ante sí, apoyando los codos en los brazos del sillón, y la miró ladeando la cabeza un poco.

—Azotaré tu hermoso y redondeado trasero hasta que brille en un rojo incandescente. Pero no querrás empezar así, ¿verdad? —añadió, mirándola directamente a los ojos—. Es mucho mejor que no provoques, pequeña.

Jai tragó saliva. No pudo evitar que la idea de provocarlo se le cruzara durante un instante. La imagen de su culo desnudo levantado, sobre sus rodillas, y sus grandes manos abofeteando las nalgas, se presentó ante ella con una claridad que incluso oyó el eco del golpe.

Podía resultarle excitante, pero no todavía.

Dejó caer la blusa no sin pensar que era una pena que hubiese arrancado los botones. No es que fuese una de sus prendas favoritas, pero era dinero tirado a la basura.

«¿Cómo puedes pensar ahora en dinero?», se reprendió.

«Porque no eres rica, precisamente», contestó su parte más racional.

Se desabrochó el sostén y se lamentó de llevar aquel tan simple y feo, aunque a Branden no parecía haberle importado que no llevase uno de encaje sexy.

Lo tiró al suelo, al lado de la blusa, y procedió a bajar la cremallera de la falda. La deslizó por las caderas y la dejó caer, apartándola con el pie.

No llevaba medias, ni pantis que cubrieran sus piernas. En esa época del año el calor ya empezaba a apretar en Nueva York y prefería proteger sus pies con unos picos de color carne que quedaban escondidos dentro de sus zapatos, una prenda nada sexy y más bien fea que había desaparecido, ahora que lo pensaba, igual que sus zapatos.

Se miró los pies, algo avergonzada. Estaba desnuda delante de un hombre sentado y completamente vestido que la observaba con una mirada calculadora, como si estuviese evaluando su valor como mujer. Se sintió incómoda y algo molesta.

—¿Tú no vas a desnudarte, Maestro? —preguntó, alzando el rostro con orgullo, como única manera que encontró de quitarse de encima esa desagradable sensación de vulnerabilidad.

—Lo haré cuando sea el momento —contestó él—. Ahora, demuéstreme que vales la pena como sumisa. Ven y arrodíllate entre mis piernas.

Jailyn obedeció, aunque algo reticente. Una cosa era arrodillarse ante un tío por decisión propia, otra muy distinta, hacerlo porque él te lo ordenaba como si tú no pudieses negarte.

«Y no puedes negarte, ¿no es cierto? Esa es la gracia de este juego», se dijo.

Pero no era un juego, no para él. Quizá no había sido muy consciente hasta ese momento de que para Branden era mucho más. Dominar a sus amantes era su forma de vivir su sexualidad. No le sugeriría, ni la seduciría con susurros ni caricias. Él ordenaría lo que deseaba y esperaría su total obediencia y sumisión.

Un ligero temblor le recorrió la espalda, provocado por algo parecido al temor. Pero también hubo una punzada de excitación.

Obedeció y, aunque Branden se percató de su ligera indecisión, no la apremió. Cuando la tuvo arrodillada entre sus piernas abiertas, le palmeó la cabeza con suavidad en un gesto que pudo interpretar como cariñoso.

—Muy bien, mascota. Pero, la próxima vez, es mejor que no dudes, ¿de acuerdo?

—Sí, Maestro —contestó ella antes de tragar saliva.

—Así me gusta. —Le cogió el mentón con la mano y le pasó el pulgar por encima de los labios entreabiertos—. Hace tiempo que deseo esos labios jugosos rodeando mi polla, que tu boca y tu garganta la alojen y la chupen, laman y adoren. Quiero oír el sonido de tu garganta tragando mi semilla cuando me corra. —Bajó la mano por su cuello, deslizando los dedos por él hasta el pecho y se apoderó de un seno para masajearlo—. Pon las manos en tu espalda, mascota, y no las muevas. No quiero tener que atarte de nuevo. —Jailyn obedeció sin dudar. Branden se desabrochó el pantalón y liberó la dolorida polla. Ella la miró. Era grande, gruesa y larga. Alzó los ojos, alarmada. De ninguna manera podría tragarla entera. Él pareció leerle el pensamiento—. No te preocupes, no voy a obligarte a tragarla toda. No, hasta que no estés preparada, mascota. Abre la boca y mantén las manos quietas; solo deja que mis manos te guíen, déjate llevar y no luches.

Jai así lo hizo. Dejó que él guiara su cabeza de manera suave mientras ella mantenía las manos a la espalda. No fue fácil. Su instinto le decía, mientras se inclinaba hacia adelante, que debería apoyarlas en sus muslos para mantener el equilibrio; pero Brendan la sostuvo.

—Lámela de abajo arriba, pequeña sub, y después, lame la punta.

Jai sonrió. Debería sentirse humillada por el tono exigente en la voz masculina. Era una modulación a la que no estaba acostumbrada en situaciones como aquella. Los hombres con los que solía acostarse nunca le exigían; le suplicaban, le susurraban, intentaban convencerla, incluso podían hacerle chantaje emocional para conseguir lo que deseaban. Pero jamás exigían como si tuviesen todo el derecho y ella la obligación de obedecerlos. Por eso, no comprendió cómo podía ser que esa inflexión dura y algo seca, la sacudiese como una corriente eléctrica.

Pasó la lengua con timidez, suavemente, deslizando la punta sobre la piel satinada de la polla. Branden se estremeció ante aquel suave primer contacto y dejó escapar un ligero jadeo que hizo sonreír a Jailyn. Él se había estado haciendo el duro durante todo el rato, como si tocarla no lo hubiese afectado; pero no era así. La mano se enredó en su pelo y le dio un pequeño tirón de advertencia.

—No provoques, pequeña sub. ¿Acaso quieres hacerme creer que nunca has hecho una mamada?

—Sé hacerlas muy bien, Maestro, pero suelo necesitar mis dos manos para ello.

—Tu insolencia merece un castigo, nena, y su rigor dependerá de la intensidad con la que consigas que me corra.

No le permitió responder. Branden dio un tirón de su pelo y le inclinó la cabeza hacia abajo. Su polla, pulsante, le penetró la boca.

—Haz tu trabajo, mascota —le ordenó.

Jailyn lo hizo.

Movió la lengua, revoloteando alrededor de la satinada piel. Chupó con fruición, como si la polla fuese un delicioso helado. Prestó especial atención al glande, cada vez que él tiró de su pelo para retirar parcialmente el miembro de su boca.

Cumplió su palabra, y no la obligó a tragarla entera, demasiado larga y gruesa. Con cada penetración, notaba la tirantez de sus propios labios, y la dureza de la mandíbula, al límite. En aquella posición, inclinada hacia adelante, era imposible que llegase hasta el fondo.

—Lo estás haciendo muy bien, nena —jadeó él. Tiró de su pelo hasta que la boca quedó libre. La saliva le resbalaba por las comisuras. Branden la observó, tan hermosa y entregada. Tenía los ojos oscurecidos y la mirada vidriosa. Era evidente que lo estaba disfrutando tanto como él.

—¿Estás caliente, mascota? —le preguntó mientras le limpiaba la saliva con el pulgar.

—Sí —contestó Jai.

Un súbito bofetón en uno de sus pechos la sobresaltó. El dolor, lacerante, recorrió toda su piel hasta llegar al centro de su útero, que pulsó, el muy cabrón, despertándose de nuevo. Se había corrido con fuerza hacía unos minutos, ¿y estaba excitándose otra vez?

Miró hacia arriba, al rostro de Branden, y comprendió.

—Sí, Maestro —rectificó, y la sonrisa masculina le supo como un premio.

—Eso está mejor. Chúpame los testículos. Están deseando probar tu perversa y caliente boca.

Jai movió los brazos. Por un segundo, los quitó de su espalda con la intención de apoyarse en él. El bofetón, brusco y punzante, en el otro pecho, la detuvo.

—¿Dónde has de tener las manos, mascota?

—En... en la espalda, Maestro.

—Entonces, ¿por qué las has quitado de ahí?

—Lo siento, Maestro, ha sido sin querer —musitó.

¿Por qué se sentía avergonzada y decepcionada por haberle fallado? Ella no era así, no era una niña dulce y agradable, tenía carácter y debería estar molesta por su condescendencia; pero

cuando él la miraba y le hablaba con esa voz grave y profunda, exigiendo, notaba que todo su cuerpo se derretía por complacerle.

—Otra falta que se suma a la lista, mascota. Voy a tener que pensar un castigo sumamente cruel para ti.

Jai tembló, pero no supo si de miedo o de anticipación. ¿Qué sería algo «cruel» para él? ¿Azotarla con el látigo, como había visto en el club? Se había excitado mucho como testigo; ¿se excitaría igual si era ella la sumisa amarrada y castigada? No estaba muy segura.

«Tienes tu palabra de seguridad», se dijo.

Branden, otra vez, pareció leerle el pensamiento. Le acarició el pecho dolorido con la mano y pellizcó el pezón, lanzándole miríadas de chispas eléctricas por todo el cuerpo.

—Nada de látigos para ti, pequeña. Al menos, de momento. —La cogió por el mentón y le alzó levemente el rostro—. Hay formas de castigo mucho más crueles que no implican dolor físico, mascota. Formas que acabas disfrutando y rogando por más, te lo aseguro.

¿Cuáles serían esas formas?, se preguntó, ansiosa y temiendo probarlas.

Tragó saliva y se aferró una muñeca con la mano contraria para asegurarse de no volver a moverlas del sitio. Branden asintió, satisfecho con ella, y se levantó, quedándose de pie ante ella, con la polla señalando hacia el cielo. La agarró del pelo de nuevo y acarició su mentón con el dorso de la mano.

Jailyn abrió los labios y tragó uno de los testículos. Lo chupó con fuerza, acariciándolo con la lengua, rozándolo levemente con los dientes. Sabía muy bien la cantidad leve de presión que debía dar para que fuese placentero en lugar de doloroso. La mano de Brande en su pelo tembló, y de su garganta salió un gemido largo y prolongado.

Oh, sí, lo estaba haciendo bien. Con un poco de suerte, podría conseguir que perdiese el control. ¿No sería maravilloso en su primer contacto?

Hizo lo mismo con el otro. Branden la agarró de la cabeza con ambas manos y se inclinó levemente hacia adelante. Era como si necesitase un punto de apoyo para no perder el equilibrio, físico y emocional, que tanto le gustaba mantener bajo control. El corazón de Jailyn saltó de alegría. Como jefe, Branden era un hombre autoritario pero comprensivo; como Dom, era frío y controlado. Mientras la había estado tocando, ni una sola vez lo vio parpadear confuso, o cerrar los ojos, o jadear por ella. Se había mantenido tranquilo y sereno, como quién está acariciando un perro en lugar de estar excitando hasta lo imposible a una mujer desnuda atada en la cama. Cualquier tío, en unas circunstancias semejantes, se habría abalanzado sobre ella para follarla como un salvaje; en su lugar, Branden la había estado tocando sin que apenas se le alterara el pulso, y se había marchado, dejándola sola, al borde del estallido, para que pensara.

Pero ahora estaba viendo a un hombre lleno de pasión que se esforzaba al máximo para no perder ese control.

«Voy a hacértelo perder», se prometió, como un reto.

Cuando la polla ocupó su boca de nuevo, Jailyn la tragó todo lo que pudo. Se esforzó hasta que casi llegó hasta el final. Le dolió y sufrió de náuseas, pero valdría la pena si conseguía lo que quería.

Su garganta vibró. Branden cerró con fuerza los puños en su pelo y apretó la mandíbula y los dientes, su rostro contrayéndose en una mueca llena de sufrimiento. Jailyn volvió a hacer vibrar la garganta, y Branden no logró superarlo. Se corrió con fuerza, lanzando un aullido ronco e intenso que le reverberó en el pecho. Derramó la semilla en su boca que ella se apresuró a tragar. Era su premio, la prueba de su logro, la demostración de que él no era tan frío como quería aparentar.

## Capítulo seis

—¿Lo de «sin ropa» no se te aplica a ti? —preguntó Jailyn mientras observaba atentamente el prieto trasero de Branden, enfundado en unos vaqueros desgastados que le remarcaban ese culo tan mordible.

Después de la experiencia extenuante de la mañana, Branden había obligado a Jai a echarse un rato en la cama para dormir. Se levantó un par de horas después, cuando el aroma de la comida subió por las escaleras y se coló en su dormitorio.

Buscó su ropa para vestirse y descubrió que no había ni rastro de ella. Bajó desnuda como Dios la trajo al mundo, sin mostrar vergüenza ni timidez. Sería estúpido sentir algo así después de lo que habían compartido. Cuando le preguntó a Branden, que estaba atareado en la cocina haciendo la comida, este le contestó que no iba a necesitar la ropa mientras estuviera allí con él.

Bran dejó ir una risa divertida mientras se giraba y le ponía delante un plato con huevos fritos, tostadas y bacon, y una gran taza de café caliente

—Eso no va así, mascota. La sumisa eres tú, no yo.

Jailyn, sentada en la isla de la cocina, miró el plato y sintió cómo sus tripas rugían. Estaba muerta de hambre.

—¿Siempre vas a cuidar mi estómago así de bien?

—Es mi privilegio como Maestro tenerte bien saciada. —Le lanzó una mirada intensa mientras se sentaba a su lado—. En todos los sentidos.

Jailyn apretó las piernas, pensando en lo ocurrido aquella mañana. Había logrado saciarla bien, en muchos sentidos, aunque el muy cabrón conseguía que volviera a ponerse bien cachonda solo con regalarle aquella sonrisa torcida cargada de intenciones.

Cogió el tenedor sin contestar. Empezaba a pensar que era peligroso para ella abrir la boca, porque Branden conseguía darla la vuelta a cualquier comentario suyo y convertirlo en algo sexual y escandaloso que la ponía muy necesitada. Mojó la tostada en uno de los huevos y se lo llevó a la boca. Un poco de yema le chorreó por la comisura del labio y él no pudo resistir la tentación de cogerle el mentón para ladearle el rostro y lamer aquel rastro de comida. Lo hizo lentamente, con intención, poniéndola muy nerviosa, para apartarse después sin darle mayor importancia y prestar atención a su propio plato.

Jai carraspeó y se aferró al tenedor con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo lo hacía para ponerla tan caliente con un gesto tan absurdo y tonto como aquel? ¿Era él? ¿Las circunstancias? ¿La intención subyacente que había en el gesto? ¿O era ella que estaba más salida que una gata en celo?

—¿Vas a contarme de una vez qué esperas de mí y cuáles son las reglas? Porque me tienes desconcertada. Desde que he bajado, no has protestado ni una sola vez por no haberte llamado Maestro.

—No soy un Dom 24/7 —contestó él llevándose un trozo de tostada a la boca. Masticó con parsimonia y tragó antes de seguir—. Serlo es agotador, y no es lo que quiero. Solo espero tu completa sumisión durante el sexo, aunque eso puede ocurrir en cualquier momento del día o de la noche, y en cualquier lugar que a mí me apetezca. —Giró el rostro para mirarla y sonrió, ladeando los labios mostrando levemente sus dientes blancos y perfectos—, y tú vas a estar dispuesta y sin excusas.

—Sexo a cualquier hora y por sorpresa. Vale, puedo vivir con eso —aseguró alzando el tenedor. El trozo de huevo que tenía pinchado se cayó al suelo y ella lo miró, devastada—. Oh, vaya, con el hambre que tengo —se lamentó.



Branden dejó ir una carcajada y se sintió extraño. Con Jailyn se estaba riendo más en una mañana que durante toda una semana entera, y no era por lo que decía, sino por su forma pícaro que le brillaba en los ojos, y esa mueca socarrona en los labios. Le gustaba, mucho; más de lo que quería admitir.

—¿Dónde tienes la mazmorra? Se llama así, ¿no? Ese lugar tenebroso en el que me someterás a torturas sexuales hasta agotarme. Y que, he de confesarlo, estoy deseando visitar.

Branden volvió a reír. Dios, ¿todo tenía que tomárselo a broma? Era refrescante tener a su disposición a una sumisa como ella, ávida de aprender pero sin la intensidad dramática de algunas.

—Estás en mi mazmorra, mascota. Toda esta cabaña lo es. Aunque, a veces prefiero ser creativo.

—¿Creativo? ¿Cómo?

—Pues, usando lo que tengo al alcance de mi mano.

—¡Vaya! Eres el MacGyver del sexo —exclamó muy seria mientras cortaba un trozo de bacon y se lo llevaba a la boca.

—Algo así —contestó él, riéndose.

—Y, ¿tienes mucha parafernalia escondida por ahí?

—Tengo de todo, cariño, incluidas restricciones, fustas, consoladores, dilatadores anales, pezoneras, columpios, etc.. Tengo un armario bien surtido. Aunque no tengo nada que no pueda limpiar y guardar después de usarlo.

Branden pasó una mano por encima de la isla en la que estaban comiendo y sonrió. Bueno, no había mentido, ¿no? Realmente todo podía lavarse y guardarse al terminar. Aunque eso ya lo descubriría cuando fuese el momento.

—¿Fustas? ¿En serio? Será mejor que mantengas lejos de mí esas cosas, no me gusta el dolor.

—Vaya, vuelves a mentir, mascota. Cuando te he abofeteado las tetas te has puesto bien cachonda, nena. ¿Por qué pretendes negarlo? —Jai se puso muy colorada y abrió la boca para negarlo. Pero era la triste realidad era que se había encendido como un motor cuando le dan a la llave de contacto. Cerró la boca, chasqueando la lengua y provocó una risa profunda en Branden —. Pero no te preocupes, no soy un sádico. Aunque, si te portas especialmente mal... quizá tenga que usarlas para educarte.

—¿Y qué es lo que tú consideras «portarme mal» exactamente? —preguntó con un hilo de voz. Aquella mañana le había dicho que iba a castigarla de «forma cruel» por sus faltas.

—Ser una rebelde durante el sexo, por ejemplo, cuestionar mis órdenes, no obedecer.

—Entonces, lo tengo crudo. Soy una rebelde por naturaleza.

—¿Te estás arrepintiendo de haberte quedado?

Branden intentó que su voz sonara natural, pero algo en su interior se removió con desesperación ante la idea de que ella decidiese de repente que quería irse. Fue una angustia sorda y pesada que se instaló en su garganta y su corazón y no se evaporó hasta que ella respondió.

—Para nada. De momento, ha sido muy interesante. Jamás en la vida me había corrido tan fuerte —admitió sin vergüenza. Branden hinchó el pecho lleno de orgullo—. ¿Cuál va a ser mi palabra de seguridad?

—¿Cuál te gustaría que fuese?

—No tengo la más remota idea. Kendra dice que en las novelas usan palabras extrañas que nada tienen que ver. En una, usaban «cereza», pero estamos en temporada, así que puede que en

algún momento me apetezca comerlas y no quiero confundirte.

—Me gusta cómo funciona tu cabeza —le aseguró, soltando una carcajada—. Es como una caja de sorpresas *random* de la que no sabes qué surgirá.

—¿Qué tal si uso algo más normal? Por ejemplo, «no quiero seguir con esto».

—Eso no es una palabra, es una frase.

—¿«Llévame a mi casa»?

—Eso también es una frase.

—Qué quisquilloso eres.

—No puedes usar palabras normales como «basta ya», «para», «no sigas», porque son expresiones que seguro usarás en muchos momentos mientras estés aquí. Por eso se usan palabras que no tienen nada que ver.

—Vale. ¿Y si usamos algo referente al trabajo? Como «archivo». O «informe». Te aseguro que no pensaré en el curro mientras follamos.

Otra carcajada más que retumbó en su pecho.

—De acuerdo. Tu palabra de seguridad es «archivo». Guárdala bien en tu memoria, Jaily, porque será la única que lo detenga todo cuando tú quieras.

Su susurro, entre provocador y ominoso, le provocó un estremecimiento que le erizó la piel. Fue como una promesa de placeres infinitos y, al mismo tiempo, como una velada amenaza. Jaily se quitó de encima la sensación de peligro que le sobrevino con una determinación rayana en la inconsciencia.

—¡Muy bien! —exclamó, haciendo tamborilear las manos sobre la isla de la cocina—. Una cosa hecha. ¿Qué haremos después de comer?

—¿Qué te parece un paseo por el lago?

—¿Me devolverás mi ropa para salir?

—De eso, nada. —Le guiñó un ojo y siguió comiendo.

—Voy a quemarme si me da mucho el sol —masculló, buscando una excusa para obligarle a consentir.

—Ya te embadurnaré de crema antes de salir.

Pensar en sus manos, grandes y masculinas, esparciendo la crema por encima de su piel desnuda, le erizó los pezones y el vello de la nuca.

—Puedo hacerlo sola, si me das el bote.

—¿Y perderme la oportunidad de torturarte con mis manos mientras extiendes la crema por toda tu piel? Ni pensarlo, mascota. —Dejó ir una risa entre dientes mientras miraba sus pechos de reojo—. A ellos les encanta la idea —añadió, señalando la dureza de sus pezones arrugados.

Jaily se sintió algo mortificada. No demasiado, pero sí lo suficiente como para sentirse un poco incómoda. No era una mojigata, pero no tenía muy claro si le gustaba que él se diese cuenta con tanta facilidad de cuánto la ponían sus palabras. Con ropa encima, podía disimular la reacción de su cuerpo; estando desnuda, y el muy cabrón lo sabía muy bien, no podía esconder nada. Miró de reojo la entrepierna masculina y le tocó a ella el turno de sonreír. Branden tampoco era capaz de esconder su reacción ante la idea.

—Sí, y por lo que veo, a tu polla, también.

Dejar que Branden le pusiera la crema por todo el cuerpo para protegerla del sol de finales de junio, fue una tortura en toda regla. Sus manos, metódicas y eficientes, recorrieron sistemáticamente cada porción de piel provocándole estremecimientos. Empezó por el rostro mientras ella se sujetaba el pelo con las manos. Tener los brazos alzados provocó que sus pechos

se izaran hacia él, señalándolo descaradamente, que estaba delante concentrado en su cometido. De pie en mitad del salón, Jai fijó los ojos en los árboles del exterior cuyas ramas se balanceaban movidas por una ligera brisa delante de la ventana. Más allá, el sol se reflejaba sobre el agua mansa del lago Ontario.

Cuando abandonó el rostro y bajó por el cuello, masajeando con suavidad, Jai no pudo evitar dejar ir un suspiro. NO había nada sexual en aquellas caricias, eran relajantes y agradables, hasta que llegó a los pechos. Allí, Branden se entretuvo más de lo necesario, aprovechando para torturar sus pezones, ya demasiado sensibles, con el pulgar, hasta lograr que ella jadeara.

—Tienes unos pechos preciosos —susurró, sopesándolos con ambas manos—. Creo que no me cansaré de repetirlo. Me fascina cómo reaccionan a mi toque, poniéndose duros y pesados.

Jailyn se estremeció y se sintió abandonada cuando sus manos se apartaron para ponerse más crema en los dedos.

No volvió a ellos. Jailyn, frustrada porque deseaba que les prestara más atención, dejó ir un gruñido molesto que provocó una risa suave y profunda en Branden.

Cuando terminó con el estómago, se pasó a su espalda. Teniéndolo detrás de ella no podía verlo y se sobresaltó cuando notó un pellizco en una de sus nalgas.

—Estoy deseando follarte el culo, ¿lo sabías? Tan respingón, redondo y perfecto... —le susurró sobre el hombro, tan cerca de su oído que sintió su aliento sobre la oreja. El calor de su cuerpo, ahora muy cercano, la rodeó y Jai cerró los ojos, deseando cambiar el paseo por la orilla del lago por una sesión de sexo salvaje.

—¿Estamos en modo Dom/Sub? —preguntó en un suspiro.

—Cuando tengo mis manos sobre ti, siempre estaremos en modo Dom/Sub, mascota —contestó él.

—Me alegro, Maestro —afirmó ella, temblando—, porque creo que mi cuerpo necesita un poco más de atención.

Una bofetada en la nalga la hizo respingar.

—Nada de exigencias, mascota. Follaremos cuando yo lo decida: ni antes, ni después, ¿entendido?

—Sí, Maestro —se apresuró a contestar.

Esa parte iba a ser frustrante. Estaba acostumbrada a tomar la iniciativa con sus amantes cuando su cuerpo lo demandaba y tener que esperar a que fuese él quien decidiera cuándo, dónde y de qué manera, no sería un plato agradable.

Cuando su trasero acabó bien cubierto de crema, Branden se agachó y empezó con las piernas. La obligó a abrir las piernas lo suficiente como para poder hacerlo con comodidad. La embromó con crueldad, acercándose tanto a su coño que parecía que iba a darle el gusto, pero se alejaba de él en cuanto ella dejaba ir un jadeo.

—¿No me van a detener por escándalo público si me pillan paseando en pelotas, Maestro? —preguntó. Necesitaba hablar, centrar su atención en otra cosa que no fuesen sus manos recorriéndola.

—Por aquí no hay nadie. La casa más cercana está a media hora caminando. Dudo mucho que nos crucemos con alguien.

—Y, ¿para qué tienes una casa tan aislada si no es para tener una mazmorra a la que traer a tus guarrillas, Maestro?

Branden dejó ir una risa ronca mientras terminaba de embadurnar su pantorrilla. Le gustaba mucho que fuese tan espontánea y se atreviese a preguntarle lo primero que se le pasaba por la cabeza. Quizá, en otra época, lo hubiese molestado, pero estaba dándose cuenta de que aquello

formaba parte del encanto natural de Jailyn, y que era una de las razones por las que se había fijado en ella.

—¿Tú te consideras una guarrilla, mascota?

—Bueno, estoy en pelotas dejando que un tío al que apenas conozco me ponga crema solar por todo el cuerpo, me toquetea a su antojo, tome decisiones que jamás he dejado tomar a otros hombres. Sí, creo que soy una guarrilla, Maestro.

—¿Y no consideras que es muy sexista referirte a ti misma, o a cualquier otra mujer que disfrute abiertamente con el sexo, de esa manera tan despectiva y vulgar?

Jailyn abrió la boca y parpadeó, sorprendida por aquella pregunta que más parecía una afirmación.

—Vaya, jamás me hubiese imaginado que tuvieses tendencias feministas, Maestro.

De nuevo, la risa sorda entre dientes retumbando en su pecho. Se estaba divirtiendo, mucho, y no solo porque apreciaba la forma en que Jailyn reaccionaba a sus manos.

—Hay muchas cosas de mí que no conoces, mascota.

—Será toda una aventura intentar descubrirlas, Maestro —contestó, provocándolo.

Branden se levantó y le dio una nalgada en el trasero. Jailyn se sobresaltó y dejó ir un jadeo. ¡Dios! ¿Por qué la excitaba cada vez que hacía algo así? Siempre la habían molestado ese tipo de confianzas y saltaba como una gata con las uñas afiladas cuando un tío se las tomaba. ¿Qué había en Branden Ware que lograba que ella no solo no se molestara por esos modos cavernícolas, sino que se excitara con ellos?

—Ya estás lista.

—¿No hará frío afuera? Al fin y al cabo, estamos pegando a Canadá y...

—En esta zona, las temperaturas en verano pueden llegar a los 34 grados, aunque para hoy la previsión es de 27.

—¿Eres un friki de la meteorología? —preguntó ella, girándose para mirarlo.

—Para nada. Pero hay que asegurarse de que va a hacer calor cuando se planea dar un paseo por la orilla con una mujer preciosa y desnuda. No querría que te resfriaras, sería un engorro y estropearía los planes que tengo.

Se apartó de ella para abrir el armario que había empotrado en la pared al lado de la puerta. Sacó unas sandalias planas, de tiras de cuero marrón, y volvió junto a ella. Se agachó y se las puso, mientras ella mantenía el equilibrio aferrándose a sus hombros.

—Son para que no te lastimes los pies.

—Vaya, gracias. Ya empezaba a temer que me obligarías a ir descalza, Maestro.

Branden se levantó y se quedó muy cerca de ella, mirándola con intensidad. Las manos femeninas seguían en sus hombros, obligándola a levantar los brazos para mantenerlas allí. ¿Siempre había sido igual de alto? Al alzar la mirada, a Jai le pareció que había crecido unos centímetros, como si aquel lugar lo convirtiese en alguien mucho más imponente.

—Siempre cuido de mis mascotas. Jamás permitiría que te lastimaras por un capricho mío —aseguró, muy serio, sin dejar de mirarla con sus brillantes ojos castaños.

—Claro, por supuesto, Maestro —susurró, sobrecogida por aquella mirada tan penetrante que pareció taladrarla hasta llegar a los rincones más íntimos de su mente.

Él le cogió los brazos con suavidad y los apartó.

—Otra regla que no te he dicho: jamás debes tocar a tu Maestro sin su permiso, mascota —le susurró—. No vuelvas a hacerlo.

Jai tragó saliva y asintió. ¿No podía tocarle? ¿Acariciarle? ¿Recorrer con sus manos y su boca aquel magnífico cuerpo cincelado como una estatua griega? Pues vaya rollo.

## Capítulo siete

La primera visión del exterior fue conmovedora para Jaily. A lo largo de su vida, no había tenido demasiadas oportunidades de pasear por un paraje tan mágico y extrañamente salvaje y perturbador para una urbanita como ella, cuya única opción de sumergirse en plena naturaleza era pasear por Central Park los domingos por la mañana.

—Esto es precioso, Maestro. Entiendo que tengas una cabaña aquí para poder escapar de la locura que es Nueva York.

—Se respira paz por todos lados.

Los árboles parecían susurrar entre ellos a medida que los humanos paseaban a su lado. El agua del lago permanecía tranquila, como un remanso de paz que reflejaba los destellos ardientes del sol de media tarde.

Empezaron el paseo junto al embarcadero, una tarima de madera suspendida sobre el agua y soportada por gruesos troncos clavados en el lodo. El ligero balanceo del agua, movido por la suave brisa de la tarde, hacía que se estrellara contra ellos provocando esponjosas líneas de espuma que se diluían con rapidez.

—¿Dónde vas tú para escapar de la locura, mascota? —le preguntó Branden caminando a su lado. Le había cogido la mano y entrelazado los dedos con ella, y su pulgar acariciaba metódicamente la palma.

Jaily sintió un estremecimiento un tanto extraño en su corazón y su estómago. No era una caricia destinada a provocar una reacción sexual. Era tierna y protectora, casi como un gesto cariñoso, quizá destinado a paliar el evidente nerviosismo que la sacudía.

Era una mujer valiente, pero pasear desnuda por el exterior, con el evidente peligro de que alguien extraño la viese, la obligaba a mirar constantemente a su alrededor, a pesar de que él le había asegurado que no se cruzarían con nadie.

—Suelo ir a la Biblioteca Pública, Maestro.

—¿La de la Avenida 476?

—Por supuesto. Me gusta perderme en sus pasillos, pasear entre el silencio reverencial, admirar los murales de la rotonda McGraw, o sentarme a leer en la sala Rose, rodeada de tantas maravillas. Es mi refugio, Maestro. Y mi sueño.

—¿Tu sueño?

—Sí. —Dejó ir una risa azorada y bajó el rostro, como si de repente se avergonzara de haber confesado algo tan íntimo y revelador sobre ella.

—Cuéntame más —exigió él, apretando levemente su mano entrelazada, empujándola a seguir.

—Bueno... Estudié bibliotecología y biblioteconomía en la universidad, además de gestión de archivos y otros muchos cursillos destinados a prepararme para gestionar y dirigir una biblioteca. Ese es mi sueño desde que era una niña, y no he dejado de prepararme para ello. Llegar a trabajar en la Biblioteca Pública de Nueva York, una de las mayores y mejores del mundo, sería como... no sé, llegar a Presidente de los Estados Unidos para un político.

—Así que no tienes intención de permanecer para siempre en el bufete.

—¡Por supuesto que no! —exclamó, riéndose por lo absurda que era aquella idea—. ¿Quién querría algo así? Ese trabajo solo paga las facturas mientras sigo buscando mi oportunidad. ¿Y tú, Maestro? ¿Cuál es tu sueño? —le preguntó, girando el rostro hacia él.

La ligera y cálida brisa de junio alborotó su pelo, haciendo que varios mechones revolotearan

alrededor de su rostro. Uno se quedó pegado a su nariz, y fue a apartárselo con los dedos. Branden se le adelantó. Detuvo el paso y se paró frente a ella, alzando la mano libre para coger el mechón rebelde entre los dedos y disfrutar de la suavidad satinada.

—Llegar a socio senior —declaró con rotundidad, sin soltar el mechón; pero sintió que el corazón se le encogía en el pecho, como si dudara de aquella afirmación que había salido por sus labios—. Convertirme en un abogado rico y famoso, y codearme con la gente más poderosa del país.

—Vaya, no es precisamente un sueño baladí, Maestro —susurró ella, temblorosa por el contacto de aquella mano con una manicura cuidada y perfecta.

Branden se encogió de hombros, soltó el pelo con renuencia y volvió a caminar. Ese había sido su sueño desde que era un niño, desde que su padre murió, en aquella lejana granja en Nebraska, y el banco los echó del que había sido su hogar. Sobrevivir se convirtió en el único objetivo de su madre, rompiéndose el lomo en dos trabajos para que él no le faltara de nada. Verla consumirse día a día hizo que tomara la decisión: se convertiría en un hombre rico para darle todas las comodidades y los lujos que merecía.

—Háblame de tu familia.

Jai parpadeó, confundida por aquel cambio de conversación. Branden había apartado los ojos de ella, pero durante un segundo notó cómo se oscurecían, como si una tormenta interior lo hubiese azotado de repente.

—Mis padres viven en Staten Island, en una casita en Midland Beach. Mi padre tiene un taller mecánico y mi madre es costurera. No tengo hermanos, así que no tuve que compartir ni su amor ni los juguetes —bromeó—. Les quiero mucho, ¿sabes? Y se lo debo todo, quién soy y quien puedo llegar a ser. Son cariñosos y fueron muy pacientes conmigo. Yo era un trasto —añadió con una sonrisa medio melancólica y medio divertida—, siempre buscando la manera de meterme en problemas. ¡Jamás se me ocurría una buena idea!

—Pareces muy orgullosa de ello.

Le bailaba la diversión en los ojos y en aquella media sonrisa nostálgica, como si echara de menos aquella época. Branden, en cambio, se alegraba de haber abandonado su infancia años atrás, no había demasiados recuerdos felices en ella.

—Lo que somos en la infancia marca lo que seremos en el futuro y yo no he salido del todo mal; por lo menos, eso creo —añadió, dejando ir una risa discreta.

Branden tuvo que darle la razón. La infancia marca a fuego al adulto que seremos en el futuro y nos condiciona. A él le había pasado.

De repente, tuvo mucha curiosidad por la niña que Jailyn había sido y quiso saber más sobre ella.

—Cuéntame alguna de esas trastadas.

—Bueno... —Jailyn entrecerró los ojos, evocando en su memoria alguna de sus travesuras—. Una vez tuve la magnífica idea de coger el bote de mi padre sin su permiso. Ni siquiera recuerdo bien por qué, solo sé que me había empeñado en navegar hasta la isla Swinburne. Probablemente alguien me dijo que no sería capaz de hacerlo y yo tenía que demostrarle que sí. La cuestión es que el día se torció y estalló una pequeña tormenta que hizo que el bote zozobrará. Casi me ahogo. Los guardacostas me encontraron dos horas después, mojada como un pollo, aferrada al casco del bote volcado, llorando como una magdalena porque creía que iba a morir allí. Estuve seis meses castigada sin que me permitieran salir de casa excepto para ir al colegio.

—Eras terrible.

—Sí. Afortunadamente, —alzó la vista para mirarlo— con el tiempo atemperé mis ganas de

aventuras y me volví más responsable.

—Pero no lo suficiente —aseguró él, sonriendo—. Por suerte para mí. Sino, no estarías aquí, conmigo, dispuesta a experimentar el oscuro y secreto mundo del BDSM.

—Sí, supongo que sí, Maestro —contestó con una carcajada—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna travesura peligrosa en tu pasado?

—No, nada por el estilo. —Branden se paró delante de ella y se arrimó a su cuerpo desnudo hasta que la ropa le rozó la piel expuesta. Puso una mano en su cuello, deslizando el pulgar sobre la mejilla. Jailyne jadeó y entrecerró los ojos, sintiendo la reacción de su cuerpo al contacto de aquella mano—. Fui un estudiante modelo y un hijo obediente, y me mantuve alejado de aventuras y experiencias tentadoras —susurró sobre su boca—. Hasta que, en la universidad, descubrí el BDSM y se abrió ante mí todo un mundo de estímulos poderosos.

Branden se apoderó de su boca, invadiéndola exigente. Batalló contra la lengua femenina, explorando la cálida humedad de su interior. La pegó a su cuerpo, soltando la mano aprisionada entre sus dedos para recorrer su espalda desnuda hasta llegar a las nalgas. Apretó una con dureza, haciendo que ella respingara contra su boca y la abriera más, aprovechando para internarse más profundamente mientras un dedo tanteó entre las nalgas el fruncido ano y peleó contra los anillos apretados hasta penetrarla. La súbita invasión hizo que ella intentara aferrarse a sus hombros, pero la advertencia de un rato antes («Jamás toques a tu Maestro sin su permiso») la obligó a mantener las manos suspendidas en el aire sin saber qué hacer con ellas.

—En tu espalda, mascota. Las manos siempre a tu espalda —le susurró sobre la boca antes de volver a apoderarse de ella.

Jailyne obedeció y sintió su erección aplastada contra su desnudo estómago. Jadeó de deseo. El dedo curioso se movía en su interior, provocándole extrañas sensaciones de placer y repulsa. Esa zona era virgen para ella, jamás había permitido que un hombre la profanara, y mucho menos con el descaro en que lo estaba haciendo Branden, como si tuviera todo el derecho del mundo sin esperar su consentimiento.

«Y así es, ¿no? Tú se lo diste en cuanto decidiste quedarte».

Branden apartó su boca de la de ella y apoyó la cabeza en su frente, sin que su dedo abandonara el curioso refugio que había elegido.

—No tienes ni idea de cuánto deseo follarte el culo, mascota. —Su cálido aliento cayó sobre su frente y sus ojos, haciéndola parpadear. La idea de que lo llevara a cabo endureció sus pezones y logró que su coño chorreara de deseo—. Pero antes, habrá que prepararlo. Disfrutaré de cada segundo, nena. Vamos, —añadió apartándose de ella, sacando el dedo de su trasero y cogiéndole de nuevo la mano—. Es hora de regresar.

Caminaron en silencio por la orilla, desandando el sendero que habían recorrido, hasta llegar de nuevo al embarcadero. Jailyne temblaba. El súbito calor que había sentido con la invasión inesperada había provocado que ligeras gotas de sudor se deslizaran por su frente y entre sus pechos. Necesitaba refrescarse con urgencia, detener el desordenado ritmo de su corazón y bajar la temperatura de su necesitado cuerpo. El agua fría del lago sería un buen remedio para su atribulado deseo insatisfecho.

Miró hacia Branden, que seguía caminando en silencio, con la mirada perdida al frente, como si estuviera sumido en profundos pensamientos que lograban arrugar su magnífica y poderosa frente. Jailyne sonrió y se deshizo de su mano mientras echaba a correr hacia el embarcadero mientras le gritaba:

—¿A que no me pillas?!

Sin miedo alguno, riéndose a carcajadas, corrió sobre las tablas ante una estupefacta mirada

masculina, saltó al aire, convirtió su cuerpo en una pelota y cayó en bomba sobre la superficie del lago, salpicando agua a su alrededor.

Branden corrió tras ella hasta el borde del embarcadero, con el corazón en un puño, temeroso de que se hubiese hecho daño. Miró hacia el agua y los círculos concéntricos. No vio nada. El terror se arremolinó en su estómago y gritó su nombre.

—¡Jailyn!

Se había hecho daño al saltar, seguro. Quizá se había golpeado la cabeza contra el fondo, en una piedra, y estaba inconsciente. Iba a ahogarse si no la sacaba de allí.

Se quitó un zapato y lo tiró sobre el embarcadero, el miedo y la desesperación apoderándose de él. Iba a quitarse el otro cuando la vio emerger entre risas, como una mítica sirena.

—¿Estás loca, mascota?! ¡Podrías haberte hecho daño! —la riñó a gritos, con los ojos centelleantes por la ira. Solo habían pasado unos segundos, pero a él le parecieron una eternidad.

—¿Daño? —Jai dejó ir una carcajada mientras giraba y empezaba a nadar para alejarse del embarcadero. Su trasero desnudo provocándolo—. Aprendí a nadar antes que a caminar, Maestro. ¿No te quieres unir a mí? —lo provocó, parándose para que su cuerpo flotara boca arriba y el agua la meciera—. El agua está fría y estimula. —Volvió a enderezarse y movió los brazos bajo la superficie para mantenerse a flote—. ¿O quizá tu miembro no soportará el frío? —lo provocó.

Branden entrecerró los ojos y mostró una sonrisa cruel, casi una mueca que hizo que ella se estremeciera.

—¿Estás provocándome, mascota? Quizá sea el momento de enseñarte de un vez quién manda aquí.

Se quitó la ropa, dejándola tirada sobre la madera y, completamente desnudo se lanzó al agua de cabeza, en un salto elegante que apenas levantó un par de salpicaduras. Nadó con decisión tras ella, que intentó huir riéndose y braceando hacia el interior. Pero el poderoso cuerpo de Branden la alcanzó con facilidad y la atrapó entre sus brazos, pegándola a él. Jai no se resistió. Dejó que la arrastrara hasta la orilla como si fuese un magnífico vigilante de la playa, ahogando la risa que le producía su furia simulada. Al llegar bajo el embarcadero, la sacó del agua y la empujó contra uno de los postes, aplastándola con su musculoso cuerpo.

—Otra falta más que se une a las ya acumuladas —le dijo entre dientes, con el rostro tan cerca del suyo que el aliento le acarició las mejillas. Sus ojos llameaban y Jai sintió un estremecimiento de anticipación—. Voy a divertirme mucho cuando te castigue, mascota.

Jai tragó saliva y no contestó. Había algo en su mirada, escondido tras la diversión que los hacía brillar. Un anhelo, quizá, o la determinación de escarmentarla. Quizá debería haber sentido miedo por aquellos ojos duros que la observaban, pero se quedó prendada de ellos, hipnotizada hasta el punto que no fue consciente de que él le alzaba los brazos por encima de la cabeza y le amarraba las muñecas con unas restricciones que colgaban unidas a unas cadenas, desde el suelo del embarcadero, hasta que fue demasiado tarde.

El agua le llegaba casi hasta las caderas, lo bastante alta para que no pudiese verse los pies, pero lo suficientemente baja para que su coño desnudo quedase a la vista.

—Maestro, ¿qué..?

Branden le abofeteó uno de los pechos. Fue un golpe suave, una simple advertencia, pero el ligero pico de dolor la sacudió y viajó por su cuerpo, impulsado por la gravedad, hasta que se concentró en su entrepierna.

—Nadie te ha dado permiso para hablar, mascota —masculló él, apartándose de ella. La miró de arriba abajo, mientras una sonrisa torcida asomaba en sus labios—. Te gusta provocarme,



¿verdad? Quizá incluso te gustaría tantearme para conocer mis límites, lo que estoy o no estoy dispuesto a dejarte pasar.

—No, yo...

Otra bofetada dada con la mano abierta en el otro pecho, hizo que Jailyn gimiera y cerrara los labios, apretándolos. ¿Por qué la excitaba este dolor que la atravesaba, como miles de agujas corriendo sobre su piel? ¿Por qué notaba su coño chorreando de jugos, deslizándose por sus piernas, mezclándose con la humedad del agua?

—No lo hagas, mascota. No te conviene —siseó entre los dientes apretados.

El agua le lamió el coño cuando él se movió para apartarse aún más de ella, provocando que la superficie del lago se balanceara. Cuando se alejó más de ella, caminando hacia tierra firme, Jailyn tiró de las restricciones, súbitamente asustada. ¿Iba a dejarla allí, amarrada, vulnerable y sola? Abrió la boca para protestar, todo su ser le gritaba que lo hiciera, pero cerró la boca con determinación. Exigirle que no la dejara sola solo acrecentaría su enfado. Porque estaba enfadado de verdad, ahora se daba cuenta. No era un juego, ni una simulación. Branden se había asustado cuando ella saltó al agua y eso había hecho que la ira rebullera en su interior.

Branden salió del lago chorreando agua. Desapareció de su vista cuando subió al embarcadero para recoger su ropa, y volvió a verlo cuando se dirigió hacia la cabaña para desaparecer en su interior.

¡Iba a dejarla sola! En su garganta burbujeó la palabra de seguridad. «¡Archivo!», pensó, pero su boca se negó a pronunciarla. Tiró de las cadenas que la sujetaban y maldijo entre dientes. No, Branden no iba a dejarla allí a solas durante mucho rato, no era ese tipo de hombre. Estaba convencida de que era de los protectores, de los que cuidaban de las personas que estaban a su cargo; aunque, sinceramente, no sabía cómo estaba tan segura de ello. Quizá solo era su mente intentando convencerse de que no se comportaría como un cerdo para no tener que admitir que se había equivocado con él.

Respiró aliviada cuando lo vio aparecer de nuevo, al cabo de unos minutos que a ella le habían parecido una eternidad. Llevaba algo cogido en la mano, una bolsa de lona del tamaño de un maletín que sujetaba con fuerza entre los dedos. Caminó hacia ella, todavía desnudo, y pudo deleitarse con la ondulación de sus músculos. Branden tenía un cuerpo precioso, duro y fibrado, con el tipo de músculos que a ella le gustaban, nada de exageraciones conseguidas con horas de machaque en el gimnasio y, quizá, alguna ayuda química. Sus músculos eran los de un atleta. ¿Natación, quizá? Había dado muestras, cuando fue a por ella nadando por el lago, de que tenía una muy buena técnica. Se movió por el agua como un pez y la alcanzó con mucha rapidez. Sí, decidió, era muy probable que practicara la natación muy a menudo.

Lo vio atravesar el camino que llevaba de la casa al embarcadero, desviarse para bajar a la orilla y entrar en el agua hasta quedar frente a ella. No dijo nada. Alzó la mano para dejar colgar la bolsa de un saliente del entarimado del embarcadero y la miró con fijeza.

—Me has dado un susto de muerte —confesó con voz dura. Tenía la mandíbula apretada y la frente arrugada por la tensión—. Y llevas toda la mañana embromándome y provocándome. Eres una pequeña rebelde y, aunque he de admitir que he disfrutado de ello, asustarme ha sido una línea que no deberías haber cruzado.

—Maestro, yo...

—Silencio, mascota. No tienes permiso para hablar, a no ser que yo te haga una pregunta.

Jai cerró la boca con un chasquido. Estaba furioso con ella y en su cabeza, la alarma empezó a sonar con fuerza.

—No tienes ningún derecho a...

—Tengo el derecho que tú me otorgaste cuando accediste a quedarte. ¿O vas a ser una cobarde y a usar tu palabra de seguridad? —la provocó. Jailyn no contestó—. Estoy esperando tu respuesta, mascota.

—No, Maestro, no voy a usar mi palabra de seguridad —susurró ella, apartando la mirada de él para fijarla en el agua que subía y bajaba sobre la tierra de la orilla.

—Eso me complace mucho, mascota.

Abrió la bolsa sin descolgarla y hurgó en su interior durante unos segundos. Sacó un pequeño estuche de terciopelo y lo abrió para mostrarle lo que había dentro.

—Pezoneras —anunció.

Jai se estremeció cuando comprendió qué iba a hacer con ellos. Eran como una pinza adornada con una lágrima, engastada en metal dorado, que colgaba de la punta opuesta.

«¿Vas a ponerme eso? ¡Ni hablar!», quiso protestar, pero las palabras murieron en su garganta. ¿Por qué no? ¿Por qué tenía que negarse? Había aceptado quedarse para vivir una auténtica experiencia BDSM a manos de Branden. ¿Iba a comportarse como una cobarde ante la primera cosa un poco *hard* que le mostrara?

Ni de coña.

—Has sabido contener tu lengua. Eso es bueno, indica que vamos haciendo progresos. Puede que hasta logre convertirte en una auténtica sumisa.

Se acercó a ella con las pezoneras en una mano, lo suficiente como para percibir el rápido latido en su cuello. Sonrió antes de inclinarse y tomar un pezón con la boca, ahuecando el pecho con la mano libre. Lo chupó con fuerza hasta que se convirtió en un punto duro y arrugado. Aplicó la primera pinza y la ajustó hasta que vio los ojos entrecerrados y los labios apretados en un gesto de dolor.

La pequeña mascota decía que no le gustaba el dolor, pero ahí estaba, sin proferir ni una sola queja.

Cogió la lágrima que colgaba y tiró de ella. Un tirón suave pero suficiente como para que ella dejara ir un ligero quejido entre dientes. Introdujo la mano libre entre sus piernas y sonrió al notar la humedad pegajosa y espesa que salía de su coño.

—Mira —le mostró los dedos empapados con su líquido vaginal—. Lo estás disfrutando.

«¡No!», quiso gritar, pero cerró la boca con terquedad. No podía negarlo, pero tampoco iba a darle la satisfacción de darle la razón.

—Pequeña mascota testaruda —rio entre dientes antes de coger el otro pecho para chupar el pezón y mordisquearlo hasta que se convirtió en un guijarro duro y apretado. Colocó la segunda pezonera y la ajustó de nuevo, apretándola un poco más, tanteando su umbral de dolor. Jai, terca como una mula, no protestó. Permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos y los labios apretados, concentrada en no gemir de placer. sus pezones quemaban y una intensa sensación permanente le recorría todo el cuerpo, sensibilizándolo.

Movió los pies, intentando contener el palpitar de su coño, y el agua lamió sus piernas. Branden dejó ir una risa complacida mientras alzaba la mano y buscaba de nuevo dentro de la bolsa.

—Date la vuelta, mascota, y ofréceme tu culo.

Jailyn tragó saliva. ¿Iba a tomarla por allí sin prepararla? Le dolería demasiado, estaba segura. ¿Quizá sería ese el castigo, conseguir satisfacerse mientras ella gemía de dolor en lugar de placer? Miró sus ojos, duros y oscurecidos por el atardecer, y no se atrevió a negarse. Se dio la vuelta, girando sobre sí misma, haciendo que las cadenas en las que sus brazos estaban atrapados, repiquetearan. Se inclinó todo lo que las restricciones le permitieron y le ofreció su

trasero.

—Bonito —susurró Branden acariciando primero una nalga y después la otra—. Voy a disfrutar mucho con él, mascota. —Jailyn giró la cabeza para ver qué estaba haciendo y fue corregida con una seca palmada en el culo—. Mira hacia adelante o cierra los ojos, lo que prefieras; pero, si vuelves a girar la cabeza para ver qué estoy haciendo, te vendaré los ojos hasta mañana por la mañana. ¿Entendido?

—Sí, Maestro —afirmó con voz temblorosa mientras cerraba los ojos con fuerza y apoyaba la frente contra el poste de madera.

—Buena chica.

Silencio y calma durante unos segundos en los que no supo adivinar qué estaba haciendo, la anticipación creando un fuego intenso en su interior que crepitaba salvaje mientras empezaba a correr por sus venas. ¿Cómo podía excitarse tanto en esa situación? Debería estar aullando de miedo; pero, en su lugar, temblaba de deseo haciendo que las pezoneras tintinearan.

Algo frío y líquido le mojó el trasero entre ambas mejillas. Jadeó de humillación y sorpresa. Sus piernas lucharon contra el deseo de apartarse de él y de lo que fuese que iba a hacerle. Una gran mano extendió el frío líquido y un dedo lo introdujo en su ano instantes antes de que algo duro presionara allí, tratando de deslizarse en su interior.

Jadeó y corcoveó las caderas, intentado pararlo. La dura mano de Branden presionó contra su coño con fuerza, parándola, y la otra empujó el objeto extraño hasta que se dilató los anillos fruncidos, penetrando en su interior, expandiendo el recto. Lo sintió completamente dentro, extraño y duro.

—Esto es un dilatador anal, mascota. Te abre y te prepara para mi polla, para que, cuando decida tomarte, no sea tan doloroso. Vuelve a tu posición.

Jai levantó la espalda, y se apoyó en el tronco, jadeando. Sentía aquella cosa dentro, como si tuviera una roca entre las nalgas. Era incómodo y extraño. Necesitaba un minuto para recomponerse, pero Branden no se lo otorgó. De espaldas a ella, le colocó una correa alrededor de la cintura y la cerró, tirando con fuerza hasta que quedó bien ceñida. De ella, colgaba un trozo de cuero.

«¿Qué coño es esto?», se preguntó. ¿Acaso no tenía suficiente con lo que ya le había hecho? ¿Cuándo pasaría a follarla? Sentía que el dolor de los pezones alteraba todo su cuerpo, convirtiendo su piel en algo demasiado sensible. La tirantez de su culo, había pasado de incómodo a excitante. Se sentía llena, lujuriosa, con el coño chorreante y hambriento de su polla.

—Gírate y mírame.

Jailyn obedeció entre jadeos. Las piernas le temblaban y los brazos habían empezado a dolerle un poco por la incómoda postura que mantenía. Branden le mostró un objeto en forma de Y. Uno de los lados simulaba un falo a tamaño real, incluidas las venas abultadas y el glande con la corona. El otro brazo era más pequeño, con un extremo puntiagudo.

Branden se arrodilló ante ella con aquel objeto terrorífico en las manos. Le pareció una burla cruel y satírica de una pedida de mano, algo tan absurdo que casi se echó a reír; pero apretó los labios con fuerza y consiguió contenerse.

—Coloca una pierna por encima de mi hombro, mascota, y ábrete todo lo que puedas.

Sintió la humillación correr junto al fuego por sus venas. Si hacía lo que le decía, su coño desnudo quedaría justo enfrente de su mirada y podría ver de bien cerca cuán empapado estaba por la lujuria y sabría cuánto estaba disfrutando de todo aquello. Pero la intensa mirada de Branden la impulsó a obedecer. Colocó la pierna izquierda sobre el hombro de él, aferrándose con las manos a las cadenas para estabilizar su equilibrio, y dobló la rodilla. Mil gotas de agua se

deslizaron por la espalda desnuda de Branden.

El dilatador se movió ligeramente y las pezoneras apretaron sus pechos. Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo. Le había metido algo en el culo y ¿ahora iba a llenarle el coño con aquello?

Branden le introdujo la parte del consolador en el coño, empujando, y lo ajustó de tal manera que la otra parte se colocó directamente sobre el clítoris. Sonriendo al percibir el gemido y el temblor en el cuerpo de su sumisa, ajustó la correa a través de un pequeño agujero y tiró de ella para atarla al cinturón, empujando el aparato todavía más profundamente. Le bajó la pierna al suelo y se levantó dando un paso atrás.

Jailyn alzó la mirada y la clavó en sus ojos castaños, resollando. Branden sonrió y sacó un pequeño aparato de la bolsa. Alzó la mano y su sonrisa se torció en una mueca con tintes despiadados. El dedo apretó el pequeño aparato y Jailyn dejó ir un jadeo de sorpresa.

El consolador cobró vida de repente. El brazo más pequeño vibró sobre su clítoris y el consolador se agitó dentro de su vagina, chocando contra el dilatador anal. Su interior rebulló en una vorágine rápida y feroz que se extendió por todo su cuerpo. Su piel se erizó y cerró las manos sobre las cadenas, apretando tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos. Gimió y corcoveó, incapaz de soportar aquella intensidad.

Igual que empezó, de repente, el aparato se quedó quieto. Jailyn resolló muy acelerada, y dejó caer la cabeza hacia adelante. Su pelo formó una cortina sobre su rostro, un rostro que alzó al cabo de unos segundos para dirigirle a Branden una mirada cargada de ira y odio.

No había llegado. El orgasmo se había tensado como una serpiente preparada para morder, pero los estímulos habían cesado antes de que lograra liberarlo.

Branden se acercó y le pasó el dorso de la mano por la mejilla en una caricia reconfortante. Posó sus labios sobre los de ella y le regaló un beso suave, apenas un aleteo, antes de volver a pulsar el botón.

El vibrador dentro de ella volvió a encenderse. Jailyn jadeó contra sus labios y abrió los ojos desmesuradamente. Podía sentir cada vibración atravesándola, el aparato en su vagina ondulando y enviando miríadas de destellos eléctricos por su piel y sus músculos. El brazo más pequeño torturaba su ya maltratado clítoris con pequeños golpecitos. La excitación aumentó. La lujuria incontrollable pulsó arrasando a través de su cuerpo, lanzándola al borde, muy cerca de correrse. «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!», gritó en su mente, y una euforia irreconocible se abrió paso mientras notaba el momento de su liberación cada vez más cerca.

Pero no llegó.

Branden lo había detenido todo desde su cómoda posición, con el pequeño mando a distancia que sostenía en su mano.

Excesivamente frustrada, abrió la boca para soltar algunos tacos. Estaba cabreada más allá de lo posible y tuvo la necesidad de insultar a Branden por su crueldad innecesaria. ¿Llevarla hasta el borde del orgasmo y no permitirle correrse? Pero él la detuvo, tan cerca que su aliento le acarició el rostro.

—Si hablas, o si te corres, esto durará una eternidad, mascota —le anunció—. Puedo pasarme toda la noche dándole al botón. Pero si aguantas hasta que yo te dé permiso para correrte, podremos volver a la casa, cenar e ir a dormir. ¿Qué prefieres?

Jailyn cerró la boca con fuerza y asintió.

—Quiero dormir en una cama, Maestro —aseguró, a pesar de que su mirada la delataba. Lo que quería en esos momentos era cerrar las manos entorno del cuello de Branden y apretar hasta ahogarlo. Él dejó ir una risa tranquila y asintió.

—Buena elección, mascota.

El vibrador entró en acción de nuevo. Jailyne se tensó, todo su cuerpo como la cuerda de un violín preparada para ser acariciada por el arco. Apretó la mandíbula e intentó que su mente se alejara del torbellino de sensaciones que arrasaban su cuerpo. Tenía que mantenerse fría, no dejar que los estímulos la lanzaran al orgasmo devastador que estaba pulsando y haciéndola gemir y gritar hasta que la garganta le dolía.

Cerró las manos con fuerza. Los golpecitos sobre su clítoris y la vibración dentro de su coño eran demasiado intensos. Iba a correrse, no podría evitarlo.

Pero, justo cuando creía que no podría pararlo, el aparato se quedó quieto.

Respiró profundamente y con rapidez, intentando recuperar el control, y cuando creía estar a punto de conseguirlo, la tortura volvió a ponerse en marcha. Y cesó. Y empezó de nuevo.

En marcha. Apagado. En marcha. Apagado.

Su cuerpo temblaba continuamente y palpitaba con mucho dolor. Si hubiera estado libre, habría saltado sobre Branden para golpearle con saña. Si tan solo le permitiera correrse...

En marcha. Apagado.

¿Qué se sentiría al matar a una persona, arrancarle las tripas y esparcirlas por el bosque?

Encendido. Apagado.

Lloró. Las lágrimas le corrieron libres por el rostro y los sollozos le desgarraron el pecho. Las fuertes manos de Branden le levantaron el rostro y limpiaron las lágrimas.

—¿Quién está al mando, mascota?

—Tú, Maestro —susurró ella entre dientes.

—¿Volverás a asustarme?

—No, Maestro —musitó ahogando un hipido.

—¿Replicarás o cuestionarás alguna de mis decisiones?

—No, Maestro.

—¿Tienes que pensar o preocuparte por algo cuando yo tengo el control?

—No, Maestro.

—¿Qué es lo único que debes hacer? —Ella tragó saliva sin saber qué responder. Si no podía pensar, ni hablar, ni hacer nada, ¿qué era lo que quedaba?—. Sentir, Jailyne. Solo debes sentir. ¿Lo comprendes?

Sentir. Solo sentir. Ni pensar ni actuar. Ninguna decisión, ni preocupación. La sorpresa la embargó, tan abrumadora como estaba siendo la experiencia. Quedó fascinada por la sensación de libertad que se apoderó de ella, algo tan paradójico que la confundió durante un momento.

—Lo entiendo, Maestro —afirmó, y Branden supo que decía la verdad.

—Muy bien, mascota. Parece que has aprendido la lección.

La liberó con cuidado, aferrándola por la cintura. Jailyne cayó sobre él, la cabeza apoyada en el hombro masculino. No tenía fuerzas y la lujuria insatisfecha todavía pulsaba, rabiosa, en su interior.

Se sorprendió cuando él la alzó y la cogió en brazos para llevarla al interior de la casa. Lo miró con los ojos entrecerrados, agotada y todavía excitada, con la respiración acelerada. La fuerte mandíbula se recortó contra el sol del atardecer y Jailyne se sintió frágil y vulnerable, pero segura rodeada por sus brazos.

Entraron en la casa y subieron las escaleras hasta el dormitorio en el que se había despertado. La sentó sobre la cama con mucho cuidado y procedió a secarle la humedad con una toalla. Lo hizo con suavidad, como si fuese algo muy delicado que podía romperse. Jailyne estuvo tentada de decirle que podía hacerlo solo, pero cerró la boca: no quería volver a provocar un castigo.

Cuando terminó, la empujó suavemente sobre la cama. Le dio un beso en pecho, entre los

senos y ella ronroneó como un gato.

—El castigo ha terminado, mascota. Lo has hecho muy bien y estoy orgulloso de ti.

El reconocimiento la llenó de euforia y calor. Bebió de su sonrisa de aprobación y se la devolvió, olvidadas las ansias asesinas que la habían consumido tan solo hacía unos minutos.

Le dobló las rodillas y le abrió las piernas. Un estremecimiento la recorrió, salvaje, cuando fue consciente de que no había terminado con ella.

Le quitó el vibrador y el solo movimiento lanzó un disparo agudo en el centro de su excitación, haciéndola gritar. Los dedos masculinos la acariciaron, los ojos fijos en su coño abierto y expuesto.

—Toda roja e hinchada. Estás adorable, mascota.

Ella sacudió la cabeza con violencia y se aferró a las sábanas con fuerza.

—No puedo... otra vez no, Maestro —suplicó, la voz tomada por el llanto ahogado.

—No voy a detenerlo esta vez, mascota. Vas a correrte tan fuerte que el vecino te oirá, cielo. Agárrate a los barrotes del cabecero y no los sueltes. ¿Podrás hacerlo, o prefieres que te ate?

Jailyn entendió que no era una amenaza. Él le preguntaba con sinceridad qué era lo que prefería, le daba la opción de escoger.

—Podré hacerlo, Maestro.

—Buena chica.

Se apartó de ella y rebuscó en el cajón de la mesita. Saco un condón, rompió el envoltorio con los dientes y se lo colocó sobre la polla, dura y rígida. Se colocó entre las piernas abiertas y se inclinó sobre ella, hasta que ambos cuerpos se tocaron.

La posición del misionero no era de sus favoritas. Hubiese preferido amarrarle las muñecas a los tobillos, dejarla impotente, vulnerable e indefensa. Pero Jailyn era una novata y la experiencia en el lago había sido demasiado intensa. No quería abrumarla.

El cuerpo masculino se sentía pesado y caliente. El suave vaivén de la polla entre su pliegues, buscando la entrada, la hizo saltar. La acarició con el glande, rodeando el clítoris hinchado y sensible. Cuando presionó contra a abertura y empezó a abrirse paso, Jailyn gimió.

La tensión era insoportable. El cuerpo le dolía y le exigía la liberación. Sus pechos estaban doloridos por las pezoneras que apretaban, convirtiendo el dolor en estímulos que chispeaban por toda su piel. El dilatador en su ano hizo que la sensación de estar colmada fuese aún mayor.

Branden pellizcó el sensible clítoris al mismo tiempo que empujó su polla hasta el fondo. Jailyn gritó, y jadeó con cada movimiento del miembro, entrando y saliendo de ella, deslizándose dentro de su empapado y necesitado coño. Se estremecía alrededor de la dura longitud, apretándola, sintiendo oleada tras oleada de placer exquisito y aterrador. El corazón golpeaba dentro de su pecho de tal manera que parecía que iba a escapar del encierro. Jadeó en busca de aire, como si la habitación, de repente, se hubiese quedado sin.

Estaba tan caliente y mojada, el espectáculo de su rostro contraído por la lujuria, de sus ojos vidriosos por el placer, de sus pechos adornados empujando hacia arriba, era tan absolutamente fascinante, que Branden tuvo que esforzarse por mantener el control y no correrse en seguida.

Deslizó la mano por sobre el vientre y acunó uno de sus pechos antes de pegar un ligero tirón de la pezonera. Un jadeo ahogado y una dura pulsación alrededor de su polla, fue la respuesta.

Se balanceó, arriba y abajo, derecha e izquierda, acariciándole cada rincón interior con su polla, buscando el punto mágico que la haría saltar. Sonrió cuando ella abrió los ojos de repente, y lo miró sorprendida, apretando las manos alrededor de los barrotes para no soltarse.

Lo había encontrado.

Golpeó allí, insistente, una, dos veces, viendo cómo ella gemía cada vez más alto. Le quitó

las pezoneras. El dolor atravesó a Jailyn, obligándola a gritar, su cuerpo sacudiéndose con la inesperada corriente eléctrica que viajó a través de las células nerviosas, enviando un mensaje confuso de dolor y placer intenso que se concentró en su útero.

Branden chupó los pezones, aliviándolos, sin dejar de empujar dentro de ella hasta que se corrió con dureza, todo su cuerpo estremeciéndose con furia, su cabeza golpeando contra la almohada, las manos aferradas a los barrotes por pura desesperación.

Tan hermosa, tan vulnerable, tan entregada.

Branden la siguió, dejándose ir. Se dejó caer sobre ella, aplastándola, y le aferró los brazos mientras golpeaba contra su coño con dureza, en un frenesí destructivo que lo lanzó hasta lugares inimaginables hasta quedar agotado y satisfecho.

Había sido demasiado intenso para él. Se apartó de ella con la intención de levantarse. Debía asegurarse de que ella estaba bien, lavarla y acomodarla. En el exterior, el sol se había puesto y la noche se extendía por el cielo, ocultando la vida. Debía bajar, hacer algo para cenar, alimentarla.

Huir de aquella cercanía que lo estaba abrumando, de la imperiosa necesidad de acunarla entre los brazos y besarle la frente.

Pero, antes de que consiguiera incorporarse, Jailyn se giró, le rodeó la cintura con un brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro. Su respiración, tranquila y pausada, lo arrulló como una nana.

Branden suspiró. Dejó caer la cabeza sobre la almohada en un gesto de rendición, tiró de la sábana y cubrió sus cuerpos desnudos, abandonándose al sueño.

## Capítulo ocho

Branden se despertó cuando el sol empezaba a apuntar, asomándose por el horizonte. Parpadeó, confundido, al darse cuenta de que no se encontraba en su cama, sino en la de Jaily. Se frotó el puente de la nariz con dos dedos y masculló por lo bajo.

Él nunca, jamás, compartía cama con sus sumisas. Cuidaba de ellas y, si era necesario, las abrazaba el tiempo suficiente para que se recuperaran de la experiencia, pero después las dejaba a solas. Dormir en la misma cama era demasiado íntimo para él, evidenciaba una familiaridad que no era lo que él quería y buscaba, como si pudiesen llegar a compartir algo más allá del sexo puro y duro.

Se levantó, enfadado consigo mismo, y evitó mirarla. Salió de la habitación en silencio, con cuidado de no despertarla. Tenía que darse una ducha, vestirse e ir hasta el pueblo. Kerr lo estaría esperando allí. Además, tenía que hacerse con provisiones suficientes para una semana.

Samuel Kerrington, Kerr para los amigos, estaba sentado desayunando en el bar del pueblo. Kerr no solo era su mejor amigo, también era su cómplice y compañero de correrías. Más de una vez habían compartido sumisa, follándose juntos, proporcionándole a la afortunada una experiencia difícil de olvidar.

Branden se dejó caer en la silla de al lado y alzó la mano para pedir un buen desayuno. Kerr lo miró con socarronería, alzando una ceja mientras masticaba su tostada.

—Parece que has tenido una buena noche —murmuró con tono burlón, curvando los labios en una sonrisa—. Así que la dulce muchachita ha decidido quedarse.

—Sí —contestó, lacónico—. ¿Y tú? ¿Qué tal noche has tenido?

Kerr ensanchó la sonrisa y se encogió de hombros.

—Sabes que nunca me falta una mujer en mi cama, cuando así lo quiero. Aunque lo que estoy deseando es poder echarle una mano a tu mascota. ¿Es tan apasionada como parece?

Una punzada en el estómago de Branden lo atravesó por sorpresa. Algo parecido a los celos se arremolinó en su estómago y le provocó náuseas. Se rió de sí mismo. Qué gilipollez.

—Sí. Aunque quizá no está preparada para los dos. Ya veremos en un par de días.

—Vaya, ¿eso que he notado es un impulso posesivo? —se burló Kerr.

—No digas tonterías. —Branden intentó enfatizar sus palabras con un gesto de la mano—. Sabes que no soy posesivo con las subs. Ni siquiera lo fui con Georgia.

—Si tú lo dices... ¿Cuál es el plan, entonces?

—Deja pasar un par de días. —Branden se calló mientras la camarera ponía el plato con su desayuno sobre la mesa y continuó cuando se alejó—. Aparecerás por sorpresa, como por casualidad. Supongo que en un par de días Jai estará más preparada. Aprende rápido y disfruta de cada momento, no creo que la pille por sorpresa cuando le ordene dejarse follar por ambos. Parece muy abierta a cualquier tipo de experiencia nueva.

—Y, ¿no va a ser un problema para ti?

—¿Para mí? ¿Por qué dices eso?

Kerr no contestó. Se limitó a guardarse sus pensamientos y a encogerse de hombros, pero había algo en esa chica que había fascinado a su amigo de una manera en que jamás le había visto. Como si no fuese solo sexo, como si sintiese algo más, aunque todavía no se hubiese dado cuenta. Pero, ¿quién era él para discutirle? Si Branden decía que no iba a ser un problema, no lo sería.



—Está bien. En un par de días iré por allí.

Cuando Jailyn se despertó, buscó instintivamente el cuerpo caliente de Branden a su lado. Abrió los ojos y parpadeó, confusa, cuando solo encontró el frescor de las sábanas.

Se frotó los ojos y se levantó. Por inercia, buscó algo que ponerse hasta que se acordó de que tenía prohibido usar ropa mientras estuviera allí. Tenía el cuerpo dolorido y el trasero todavía lleno por el dilatador.

Qué raro y, a la vez, excitante se le hacía todo. Estar con Branden allí, permitiéndole mangonearla a su antojo, estaba siendo una experiencia alucinante que jamás creyó poder vivir. No es que tuviera demasiadas fantasías eróticas con el BDSM. En realidad, nunca se lo había planteado hasta encontrar aquellas malditas revistas y los objetos en el cajón. Aquel momento fue como una revelación que abrió su mente y despertó su curiosidad.

¿Se habría sentido igual si, en lugar del cajón de Branden, hubiese sido el de cualquier otro?

No. Para nada. Era él, solo él, el que provocaba que ella quisiera experimentar cualquier cosa que le pidiera. Con él, todo parecía fácil y natural; a pesar de que el día anterior había querido matarlo más de una vez.

Se dio una ducha, pensando que él estaría abajo. Bajó un rato más tarde, con el pelo enrollado en una toalla, llamándolo.

Pero Branden no estaba allí.

Sobre la isla de la cocina, una nota escueta.

«He ido a por provisiones. Vuelvo en un rato».

Suspiró. Parecía que iba a estar sola hasta que volviera. ¿Qué podía hacer para entretenerse? En la cabaña no había televisión, ni radio. Solo un sencillo reproductor de CD con algunos álbumes de jazz. Si tuviera el móvil, por lo menos podría wassapear con Kendra y contarle todo lo que había pasado en aquellas veinticuatro horas, pero Branden no se lo había devuelto.

Miró hacia afuera. Tenía mucha hambre y hacía un día estupendo. Con una sonrisa, decidió que se haría un buen desayuno y saldría a tomárselo al sol. Quizá después se animara y se daría un buen chapuzón.

Su coño se tensó al recordar todo lo que había provocado su baño la tarde anterior; pero Branden no estaba, así que podría zambullirse y nadar sin preocuparse por él.

Aunque, siendo sincera consigo misma, admitió que el castigo, aunque duro y cruel al principio, había logrado, al final, tuviese el orgasmo más espectacular de su vida. Toda aquella tensión acumulada la había catapultado hacia las estrellas, oleada tras oleada de placer, dejándola tan exhausta que, ¡oh, sorpresa! se había quedado dormida inmediatamente después de terminar.

«Entre sus brazos».

El recuerdo del duro brazo rodeándola y de la respiración acompasada bajo su mejilla, la llenó de una ternura incapaz de explicar. Recordó vagamente sentirse segura y a salvo, como si allí nada malo pudiese alcanzarla, como si tuviese la seguridad de que él velaría su sueño para protegerla.

Sacudió la cabeza y se concentró en las tostadas. No hacía más que pensar tonterías absurdas.

Un rato después, sentada en la pequeña mesa del porche, masticando con calma la tostada untada de mermelada, tuvo un estremecimiento extraño. Fue como si una ráfaga de viento helado hubiese golpeado su cuerpo, haciendo que los pezones desnudos se le erizaran. Un rumor en el bosque, ruidos extraños que viajaban cabalgando sobre el viento, llegaron hasta ella.

Giró la cabeza y fijó la vista hacia el bosque, más allá de la casa que se erguía a su espalda. Un temblor inconsciente la recorrió y, de repente, no se sintió segura. Era como si su instinto le

advirtiera de que allí, escondido entre la maleza, alguien la observaba.

Se levantó precipitadamente, siendo demasiado consciente de su desnudez y vulnerabilidad. Estaba sola, desnuda, indefensa, en mitad de un bosque vacío de gente, sin posibilidad de escapar. Y la mayoría de tíos estaban locos, ven a una mujer sola ¡y en pelotas! y se creen con el derecho a hacer con ella lo que les place. Si aparecía alguno por allí y la encontraba...

De repente, se sintió asustada. Se levantó, cogió el plato con el desayuno, y se precipitó dentro de la casa cerrando la puerta. Sintióse avergonzada y estúpida, dejó ir una carcajada. Si el lugar fuese peligroso, Branden no se habría marchado dejándola sola.

Suspiró y se sentó ante la isla de la cocina. Se le había quitado el apetito. Miró a su alrededor, buscando algo con lo que entretenerse. Un libro, o cualquier revista le serviría.

La planta baja de la casa era una zona abierta en la que cocina, salón y comedor ocupaban un mismo espacio. Miró con renuencia hacia el plato y chasqueó la lengua. Lo cogió y se dirigió hacia la zona de sofás. Dejó el plato sobre la mesa de café. Quizá dentro de un rato recuperaría el apetito.

La mesa era de madera, y en la parte baja tenía un estante en el que encontró varias revistas. Las sacó, esperando encontrar las típicas de cotilleos, las mismas que solía ojear mientras esperaba que el dentista la llamara para atenderla.

Pero no. Nada que ver. ¿En qué mundo alternativo podría imaginar que un hombre como Branden Ware tuviese revistas de cotilleos en su casa? En uno absurdo y chapucero.

Las publicaciones eran del mismo estilo que había encontrado en aquel puñetero cajón. El que había iniciado toda esta locura en la que estaba sumergida. Revistas porno enfocadas al BDSM.

Estuvo tentada de devolverlas a su lugar. El día anterior tuvo más que suficiente de BDSM y las agujetas que acarrea eran un buen recordatorio. Además, a saber qué planes tenía Branden para cuando regresara... Mejor dejarlas.

Pero no pudo evitarlo. La curiosidad, la misma que mató al gato, venció la batalla contra el sentido común y Jai se sentó en el sofá con la pila de revistas delante de ella, sobre la mesa.

«Solo un vistazo», se dijo, intentando convencerse. Quizá así lograría un poco de paz mental, teniendo aunque fuese una ligera idea de lo que su Maestro podría planear, y la constante inquietud por su desconocimiento del tema desaparecería.

Cogió la primera revista y la dejó sobre su regazo. La portada no era explícita en sí misma, solo la foto de una mujer desnuda, de espaldas, con los brazos enrollados en una cuerda desde las muñecas hasta los codos, y los títulos de varios artículos que contenía el interior.

Jailyn sonrió, imaginándose a Branden afirmando con rotundidad que las compraba por los artículos y no por las fotos de desnudos, igual que mentían la mayoría de lectores de Play Boy.

Pasó con rapidez las primeras páginas para detenerse en una fotografía a toda página de una mujer colgada de una especie de columpio, con las manos inmovilizadas sobre su cabeza y las piernas atadas por los tobillos en una postura que la obligaba a mantenerlas abiertas. Tenía los ojos vendados y la boca taponada con una pelota. Su cabeza colgaba hacia atrás, en una actitud de abandono excitante mientras un hombre, vestido como un ejecutivo, sostenía en la mano una fusta y la miraba con lujuria.

Su coño pulsó en el mismo momento en que se imaginó en aquella situación, con el hombre de la foto transformado en Branden.

—Me estoy convirtiendo en una perversa. —Dejó ir una risa nerviosa y cerró la revista—. Branden me está convirtiendo en una perversa —corrigió.

Porque era él, y solo él, el hombre que conseguía que se excitara hasta la locura con aquellas

cosas. No podía imaginar en su lugar a ninguno de los amantes que tuvo en el pasado. Si hubiesen intentado con ella alguno de aquellos juegos, se habría reído en su cara y los habría mandado a la mierda sin dudarlos.

¿Por qué con Branden era diferente? ¿Qué tenía él que no tenían los demás? Era guapo, no podía negarlo, pero los había tenido aún más guapos. y más altos. Y más musculosos. Pero ninguno de ellos lograba exudar una sexualidad dominante que la hiciese mojar las bragas con tan solo una mirada.

Quizá eran sus ojos de mirada penetrante que parecía leerle la mente. O la seguridad que demostraba. El poder de persuasión que tenía para obligarla a disfrutar de situaciones que jamás había aceptado antes.

—Es todo él, maldito sea —aceptó, rindiéndose a la evidencia. Había algo entre ellos, magnético y aterrador al mismo tiempo, que la subyugaba sin que pudiese evitarlo.

Cogió la segunda revista y la ojeó. Imagen tras imagen de mujeres sometidas, subyugadas por el poder de su Amo, pasaron ante sus ojos, haciendo que su cuerpo temblara y su coño se mojara. Incluso con las más duras y perturbadoras, como la mujer sobre la que un Dom dejaba caer cera ardiente. Su rostro contraído por el dolor estaba, al mismo tiempo, extasiado por el placer. O la de la chica que, amarrada a un potro, estaba siendo penetrada anal y vaginalmente por dos hombres, mientras un tercero le follaba la boca.

Hubo otras fotos. Una chica con el tórax rodeado de cuerdas que apretaban sus pechos, aplastados y enrojecidos, la única parte visible de su torso. Otra inmovilizada en el suelo, con las manos sujetas y un arnés metálico amarrado a la cintura que la obligaba a mantenerse de rodillas, con el culo alzado y las piernas abiertas, mientras un extraño aparato con forma de falo la penetraba.

Se quedó inmóvil, fascinada por una foto que la hizo temblar de arriba abajo. Una chica estaba atrapada por la cintura en un cepo medieval, las manos sujetas hacia atrás, con sus pechos torturados por una docena de pinzas, la melena tirante también agarrada para obligarla a tener la cabeza alzada. Detrás de ella, un hombre la estaba masturbando mientras delante, otro le follaba la boca.

Su cuerpo tembló y lanzó sobre la mesa, aterrorizada por la intensa e implacable lujuria que la hizo jadear, como si hubiese recibido un golpe en el pecho. Los pezones se le habían erizado y el coño le pulsaba con dureza.

¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que deseara que Branden hiciese todo eso en ella? ¿De dónde salía esa necesidad de ser dominada, utilizada sin medida, follada como un trozo de carne?

«Porque sabes que siempre, siempre, tu placer estará por encima del suyo —le dijo la insidiosa voz que la había traído hasta allí—. Porque, a pesar de la dureza de las imágenes, ves en los rostros de ellas que el placer que van a alcanzar será mil veces más intenso que el que tú has sentido en toda tu vida».

—Esto es una locura —masculló, levantándose y empezando a caminar de un lado a otro.

La fotos no la habían perturbado tanto como el hecho de darse cuenta de cuánto la excitaban. Aceptó quedarse teniendo una vaga idea de lo que era el BDSM, pensando que Branden se limitaría a atarla, quizá azotarla alguna vez; pero ni su parte más perversa podría haber imaginado en vivir algo como lo de la tarde anterior y, mucho menos, todo lo que veía en aquellas imágenes. Pero, ahora, al empezar a vislumbrar la realidad de aquel mundo, deseaba experimentarlo todo en absoluto y sumergirse de lleno en él.

¿De dónde le venía esa necesidad de ser dominada, utilizada, casi torturada? Porque lo que le

mostraban las fotos eran torturas en toda regla, eso le decía su lado más racional. Pero la parte salvaje que siempre había estado allí, escondida en un rincón inhóspito de su mente, esperando la oportunidad para emerger... esa le decía que era placer puro y duro.

Estaba alterada y necesitada. Su cuerpo lascivo demandaba explotar, la lujuria era como un volcán preparándose para hacer erupción. Tenía la piel erizada y sensible, igual que sus pezones o que el clítoris, que pulsaba entre sus piernas. Su coño empapado en jugos demandaba, exigía palpitando que hiciese algo, lo que fuera, para calmar el dolor que se enroscaba en su interior.

Gimió y dejó ir un sollozo. ¿En qué se estaba convirtiendo? Aferró el respaldo del sofá y apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Se inclinó hacia adelante, intentando recuperar la respiración alterada que la hacía resollar como un toro a punto de embestir. Su corazón latía tan fuerte que lo notaba en las sienes, en los pechos, en su coño. Casi podía sentir la sangre ardiente corriendo por sus venas a gran velocidad.

Cayó de rodillas, vencida, y se llevó una mano al coño para masturbarse. Se tocó con cuidado y miríadas de deliciosas sensaciones le recorrieron la piel, saturándola. El clítoris estaba duro y erguido. Lo pellizcó, igual que Branden lo había hecho, y saltó, dejando ir un gemido largo y prolongado. Soltó la mano del sofá y se pellizcó los pezones mientras con la otra se penetraba con los dedos, jugaba con el clítoris, se acariciaba cada vez más duro y rápido. Sintió el orgasmo enroscarse, estaba allí, a las puertas de explotar. Alzó el rostro y echó la cabeza hacia atrás, preparándose, cuando una voz masculina restalló en el aire.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?!

## Capítulo nueve

La dura voz la detuvo. Abrió los ojos y lo vio ante sí, los ojos centelleando de lujuria contenida, las manos crispadas a los lados, y todo su cuerpo en tensión.

—Yo... yo... —balbuceó.

—Te estás masturbando sin permiso, mascota. —Su voz sonó fría y contenida como el hielo. Dio varios pasos hacia ella y Jailyln se levantó de un salto, aferrándose al sofá porque las piernas no la sostenían—. No puedes tocarte si no es ante mí y con mi permiso.

—Yo... no lo sabía, Maestro —intentó excusarse. La visión de Branden, erguido ante ella como un dios justiciero y castigador, con los ojos brillando con una mezcla de ira, deseo y diversión, la asustó y la excitó a partes iguales.

—Trabajas en un despacho de abogados. Deberías saber que el desconocimiento de la ley no exime de la obligación de cumplirla.

En su tono de voz, a pesar de ser duro como un látigo a punto de caer, denotó cierto punto de diversión.

—Estaba necesitada —masculló, algo irritada por su inflexión burlona—. Si no quieres que me ponga como una moto y me busque la vida, no me vuelvas a dejar sola con esas revistas al alcance.

—Oh, vaya, la mascota tiene carácter. —Branden sonrió, todavía más divertido. Le gustaba ese punto de rebeldía que Jailyln liberaba de vez en cuando; lo alejaba de la monotonía y le ponía un punto picante a la relación Maestro/Sumisa que no había tenido hasta aquel momento. La agarró por el pelo y tiró hacia atrás, con un movimiento seco pero calculado para no dañarla. La obligó a inclinar la cabeza, mostrándole el elegante cuello—. Voy a tener que disciplinarte de nuevo.

Jailyln se imaginó atada al poste del embarcadero, con aquel aparato vibrando en su interior mientras Branden apreciaba con los ojos cada uno de sus temblores, y se mojó aún más. Su coño pulsó de necesidad hambrienta y sus labios no pudieron evitar mostrar una sonrisa entreabierta.

—Parece que te gusta la idea, mascota. —La soltó de golpe, haciendo que ella trastabillara, y rodeó el sofá para agarrar la revista que se había quedado abierta sobre la mesa—. Vaya, parece que esta foto ha resultado ser especialmente excitante y perturbadora. Aquí no dispongo de un cepo aunque, —se llevó dos dedos al mentón y golpeó como si estuviera concentrándose en pensar—, podría improvisar algo. ¿Qué te parece, mascota? ¿Crees que sería un buen castigo para ti?

El coño de Jailyln dio palmas y gritó ¡sí! ¡sí! Intentó mantener el rostro inexpresivo pero se le escapó una sonrisa que tembló en la boca entreabierta.

—Lo que tú creas conveniente, Maestro —contestó, forzándose a parecer resignada cuando, en realidad, lo estaba deseando.

—Por suerte, cuando compramos esta casa, Kerr y yo tuvimos la gran idea de adaptar algunos de los muebles para nuestras necesidades.

Caminó hacia la isla de la cocina. Se detuvo ante ella y accionó un resorte que se había mantenido oculto hasta aquel momento. Se abrió una parte de la isla, un armario escondido bajo el mostrador, tras la plancha de madera. Otro resorte, y una pequeña parte del mostrador se abrió para mostrar lo que escondía dentro.

—Ven aquí, mascota.

Jailyln tragó saliva y obedeció tras una ligera vacilación. No podía imaginar para que

servirían las barras metálicas que Branden estaba manipulando, y que estaban sujetas a la parte baja de la isla; aunque sí imaginó cómo usaría el collar y los puños de cuero sujetos a las cadenas cortas, de cuatro eslabones, que salían del mostrador.

Branden se arrodilló detrás de ella y agarró las barras de hierro, unidas entre sí con pequeñas bisagras que le las convertían en una U de ángulos cuadrados. Sacó dos tobilleras y las ató a los pies de ella, para fijar allí las barras metálicas de tal manera que la mantenían prisionera, atada a la isla, y con las piernas abiertas gracias a la tercera varilla que iba de un tobillo al otro.

Un ligero toque en la espalda, y Jai se inclinó hacia adelante, hasta que sus mejillas se posaron sobre la isla. La correa, atada al cuello, la obligaría a mantener esa posición; y las manos, atadas por las muñecas también al mueble, impedirían que pudiera moverse.

Branden le pasó la mano por la espalda, en una caricia que la hizo temblar.

—Preciosa... —musitó antes de darle una fuerte palmada en el culo. Jailyne saltó por la impresión, el dolor corriendo raudo por su piel, pero las cadenas tiraron de ella, manteniéndola en su lugar. Apretó los dientes y cerró los ojos, esperando—. Has sido una chica mala, mascota. Y, ahora, esperas que te recompense con placer. ¿Por qué crees que debería premiarte? Se gratifica a las chicas buenas y obedientes, no a las rebeldes que actúan por su cuenta sin esperar el permiso de su Maestro.

—Yo... no sabía que no podía masturbarme, Maestro. De haberlo sabido, no lo habría hecho.

—Así que, según tú, la culpa es mía por no advertirte, ¿cierto?

Aquello era una trampa, seguro. El aliento de Branden en su oído, a pesar de que no podía verle la cara porque quedaba fuera de su ángulo de visión, vibró con tensión mal contenida. ¿Enfadado? ¿Excitado? No quiso arriesgarse.

—No, yo no quería decir eso, Maestro.

—¿Qué es lo que querías decir, entonces?

—Que... que... —Su cabeza voló con rapidez, buscando una justificación aceptable—. Que no soy una sumisa experimentada y todavía no comprendo realmente lo que significa estar en una relación de este tipo. Ahora lo comprendo, Maestro. Solo sexo contigo o en tu presencia, y cuando tú me lo ordenes. Jamás por mi cuenta mientras esté bajo tus cuidados.

—Eres lista, y aprendes rápido, mascota. —El tono indicaba complacencia por la adecuada respuesta—, pero comprenderás que no puedo pasar por alto tu rebeldía y perdonarte sin antes recibir un castigo adecuado.

—Sí, Maestro.

Branden se movió hasta ponerse detrás de ella. Le acarició las nalgas y sonrió complacido cuando percibió el temblor en el cuerpo femenino. Le acarició el coño con suavidad y tiró del clítoris, pellizcándolo. El largo gemido de su sumisa le indicó que la chica estaba preparada para correrse en cualquier momento.

—Tienes prohibido correrme, muchacha —la advirtió—. Esto puede ser largo o corto dependiendo de tus reacciones. Si te corres, seguirás aquí prisionera durante horas. Si aguantas y no te corres hasta que yo te lo exija, te soltaré en cuanto acabe. ¿Has entendido?

—Sí, Maestro —contestó entre dientes, con la garganta seca por la anticipación.

Estaba prisionera, amarrada a la isla de la cocina de tal forma que ni siquiera tenía unos milímetros de movilidad; vulnerable, totalmente expuesta, con las piernas abiertas y a su merced. Si Branden así lo deseaba, podía hacerle lo que quisiera sin su consentimiento, sin que ella pudiese hacer nada por evitarlo. Debería estar asustada. Sin embargo, una cálida confianza en él se derramó sobre ella, una confianza irracional que no sabía de dónde venía.

Quizá, se dijo, porque el día anterior le había demostrado que podía dársela sin temor a que

la dañase. Podía ofrecerle este regalo sin miedo a que abusara de él.

¡Plaf!

La bofetada en su trasero la hizo gritar por la sorpresa. No había sido un golpe suave, destinado a excitarla, sino duro, para que doliera.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Una sucesión de golpes dados con la palma abierta, repartidos por las dos nalgas que ahora punzaban y quemaban, seguidos de suaves caricias que calmaban el dolor.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Jailyn apretó los dientes muy fuerte, negándose a gritar. Las lágrimas punzaron en sus ojos y una rabia sorda se agarró en su pecho, haciéndolo arder.

—Eres un cabrón hijo de puta —siseó entre los dientes antes de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Balanceó el culo intentando escapar de los golpes dados con precisión dolorosa. Era una tunda en toda regla, como la que un padre da a un hijo rebelde que ha desobedecido.

¡Plaf! ¡Plaf!

Su trasero escocía como un demonio y las lágrimas caían ya descontroladas por las mejillas. Un sollozo desgarrador se le escapó de la garganta, que se transformó en un largo y profundo gemido de sorpresa cuando la mano masculina, en lugar de golpearla de nuevo, le acarició el coño y jugó con su clítoris excitado.

—¿Entiendes por qué hago esto? —le preguntó sin dejar de acariciarla.

Jailyn jadeó e intentó tomar aire antes de asentir con la cabeza, pero las sujeciones en su cuello le impidieron moverse.

—Sí, Maestro —graznó, con la voz tomada.

—Y entenderás que, esta vez, no haya placer para ti, ¿verdad? Porque voy a tomar lo que pretendías negarme al masturbarte sin mi permiso ni presencia. ¿Lo comprendes? Contesta —exclamó después de unos segundos de silencio en los que ella solo pudo resollar, acompañando su exigente demanda con otro golpe en el ya dolorido trasero.

—¡Sí, Maestro! —gritó, con voz quebrada.

—Tienes el culo deliciosamente rojo. Brilla con un fulgor que casi ciega. Y el tapón sigue haciendo su trabajo. Quizá sea el momento de cambiarlo por otro mayor.

Jailyn, a pesar de no poder verlo, se dio cuenta de que se alejaba de ella al dejar de notar el calor de su cuerpo sobre el suyo. Intentó girar la cabeza de manera inútil, cerró los ojos y se mordió los labios para no volver a protestar. ¿Qué pretendía ahora? ¿Ponerle otro dilatador más grande? Gimió de temor y excitación, y se dio cuenta de que su coño seguía tan empapado como cuando él la había sorprendido masturbándose.

—¡Oh, Dios! —gimió entre dientes. Cuando le contase esto a Kendra, no la creería. Si es que llegaba a contárselo alguna vez.

Cuando Branden volvió al cabo de unos minutos que a ella le parecieron horas, no dijo nada. Tiró del dilatador de su culo, que salió haciendo ¡plop!, como una botella de champán al ser descorchada. Líquido frío entre sus nalgas, un dedo embadurnando su interior y, después, la presión de algo duro y más grueso entrando por allí sin que ella pudiese evitarlo.

Branden lo empujó hasta el fondo, hasta que ella se sintió tan llena que pensó que no cabría nada más. Era molesto, incómodo y aterradoramente excitante.

—Ahora, me toca a mí, mascota. Recuerda, no tienes permiso para correrte hasta que yo te dé la orden, ¿entendido?

—Sí, Maestro.

Empezaba a odiar aquella cantinela de «sí, Maestro» que él esperaba por respuesta cada vez que le hacía una pregunta. Quizá, en la próxima le diría, «tal vez, capullo», o «ni lo sueñes, cabrón». Ganas no le faltaban.

Apretó los puños con fuerza hasta clavarse las uñas y cerró los ojos, esperando el próximo movimiento de Branden.

Un dedo grande y frío por el gel que había usado, tocó su coño, jugando con los pliegues y deslizándose alrededor del gordo y atento clítoris. Del pecho de Branden salió un gruñido de satisfacción.

—Estás muy mojada, mascota.

El ruido de un plástico al ser rasgado y el suave *fffs* del condón al cubrir su miembro. Empujó con la polla contra su coño y se enterró tan ferozmente que la hizo gritar. Tiró de las sujeciones y balanceó el trasero intentando escapar, solo para rozarse contra la ingle masculina y que él dejara ir un siseo de placer. Su coño tembló entorno al pene erecto. Unas manos la agarraron por la cintura para fijarla y empujó todavía más, hasta que se sintió tan llena, entre el miembro y la pulsante presencia del dilatador, que creyó que no podría soportarlo. Lloriqueó, aunque no supo si de miedo, de humillación, o por la excitante vivencia que estaba teniendo. Aterrada y lujuriosa al mismo tiempo, jamás se había sentido tan llena de vida.

No hubo ninguna seducción gentil, ningún juego previo que la preparara. Sus grandes manos se habían apoderado de sus caderas y la estaba tomando de una manera tan dura y salvaje que no pudo evitar sollozar. Sin embargo, a pesar de la manera despiadada en que la estaba follando, como si ella no fuese más que una muñeca hinchable con la que buscar su propio placer, sus pliegues hinchados, su clítoris, sus duros pezones y sus entrañas, ardían de deseo no satisfecho, mientras su necesidad crecía exponencialmente a cada dura sacudida del cuerpo de Branden contra el suyo.

Relajó el pecho y se concentró en respirar, en controlar el llanto inútil y en lo que sus terminaciones nerviosas le contaban. Sometida, anclada sin posibilidad de escapar, sin poder hacer el más leve movimiento, lo único que le quedaba era tomar cada embestida y disfrutar del viaje.

Aquel pensamiento acrecentó el calor en sus venas, que aceleraron el camino raudas a través de sus venas. Podía sentir la polla penetrándola y salir a un ritmo cada vez más endiablado; cada roce, cada pulsación, cada pellizco de los dedos masculinos en su clítoris, la lanzaban a una espiral violenta que acrecentaban su hambre. Tenía que aguantar, no podía correrse a pesar de que su cuerpo estaba más que preparado.

Pensó en un mar en calma, como el que había el último día que fue a la playa con Kendra, en Midland Beach, cerca de la casa de sus padres. Eso fue el verano pasado. el agua a duras penas se movía. Las olas, silenciosas y casi imperceptibles, rompían con delicadeza al llegar a la orilla, dejando ir una espuma limpia y transparente.

Lo estaba consiguiendo. Su cuerpo se relajaba, alejado de todos los estímulos que lo excitaban.

Branden se dio cuenta de que el cuerpo de su sumisa empezaba a relajarse, luchando contra el creciente orgasmo que se acumulaba como la lava de un volcán a punto de explotar. Lo fascinó el poder de autocontrol que demostraba, siendo una sumisa sin experiencia ni entrenamiento.

Alargó una mano, rodeando sus caderas, y tocó el clítoris. Pulsó entre sus dedos, y casi le pareció sentir un agudo chillido de necesidad. Jailyln jadeó y apretó los dientes. Le pellizcó un



pezón, retorciéndolo, y el dolor pulsó, lacerante y armonioso, para viajar por su piel, erizándola hasta el punto que la sintió lastimada, terminando su andadura en el útero a punto de explotar.

—Noooooo, por favoooooor —suplicó ella, arrancada de repente de su ensoñación tranquilizadora.

—Aguanta, mascota —gimió Branden, inclinándose para pegar su pecho a la espalda femenina—. Un poco más.

Las pelotas le explotaron y un ramalazo interminable de placer lo recorrió. El orgasmo estalló y se derramó contra el condón, embistiéndola con dureza. Solo el sonido de sus cuerpos chocando, los gemidos femeninos y el profundo y largo gruñido masculino que le llenó la garganta y la boca. Se corrió con fuerza, sintiendo que toda la vitalidad de sus músculos se desvanecía, fundida con el interminable placer que lo abrumó hasta casi hacerlo llorar de alegría y gratitud.

Resollando, con los últimos espasmos del violento clímax punzando en su piel, se apoyó con una mano en la isla de la cocina y con la otra acarició la espalda de Jailyn, que todavía aguantaba al borde del llanto y de la necesidad más desesperada y absoluta.

—Lo has hecho bien, mascota —le susurró, su aliento rozándole la nuca sudorosa. Con la otra mano, le rodeó el torso y se apoderó de un pecho para acariciarlo, y pellizcó un pezón—. Córrrete, ahora.

Jailyn se dejó ir, con los sollozos haciendo temblar su cuerpo tanto como las sacudidas del orgasmo devastador, sus manos y sus pies luchando contra las ataduras. Una culminación tan violenta como la de él, que la hizo gritar y retorcerse todo lo que las restricciones le permitieron, hasta que sus rodillas colapsaron y hubiera caído al suelo y las manos atentas de Branden no la hubiesen sostenido.

Entre brumas, agotada hasta la extenuación, con todo el cuerpo dolorido pero satisfecho, notó que alguien la desataba con amoroso cuidado, la mecía entre sus brazos y la acunaba, cubriendo su desnudo cuerpo con una manta. Se esforzó por abrir los ojos, solo una rendija, lo suficiente para ver que la había llevado hasta el sofá y que la mantenía abrazada sobre su regazo.

Impotente, sin fuerzas ni siquiera para mantener levantadas las pestañas, se dejó llevar por el arrullo de la respiración masculina sobre el pelo, y por el repiqueteo acelerado del corazón bajo la mejilla.

Cuando se despertó un rato más tarde, se encontró tumbada en el sofá, con el cuerpo cubierto por una ligera sábana. Tenía el cuerpo dolorido pero satisfecho. Se incorporó a medias y observó a Branden en la cocina, moviéndose mientras colocaba la compra, cada cosa en su sitio.

Debió oír cómo se movía, porque se giró y le mostró una sonrisa algo opacada por la preocupación.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente —contestó ella.

Branden respiró, aliviado. Cuando ella se quedó dormida en su regazo, tuvo un ramalazo de inquietud por si había sido demasiado duro e intenso con ella. Debía obligarse a recordar que no era una sumisa experimentada y que ciertas cosas podían ser demasiado para ella. Pero el ardor con el que aceptaba todo lo que él le hacía, provocaba que tuviera tendencia a olvidar de ese detalle importante.

—Comeremos en un rato y después te echarás una siesta —le dijo, sacando una cacerola del armario.

—¿También vas a controlar mi ciclo del sueño? —preguntó, apoyando los brazos en el

respaldo del sofá.

—Voy a controlarlo todo, mascota.

—Pensaba que no eras un Amo 24/7.

—No lo soy, pero es mi responsabilidad velar por tu salud mientras estés bajo mis cuidados. Te convendría darte un baño mientras preparo la comida. Te sentará bien.

—Creo que tienes razón. —Se levantó, dobló la sábana y la dejó sobre el sofá—. Pero me conformaré con una ducha. Si me meto en la bañera es posible que me duerma. Me has dejado hecha polvo.

Branden curvó los labios en una sonrisa torcida cargada de sensualidad.

—Y no he hecho más que empezar. Aunque —añadió, girándose para no dejarse tentar por el cuerpo desnudo—, creo que hoy nos tomaremos el resto del día para relajarnos. No es cuestión de agotar tus energías el primer día.

¿Puede alguien sentirse aliviada y decepcionada al mismo tiempo? Parece ser que sí, porque así fue como se sintió Jailyn en aquel momento.

Branden aprovechó el resto del día para conocer un poco mejor a su sumisa. Charlaron de muchas cosas, pasearon, nadaron en el lago y se tumbaron al sol. Branden descubrió que a Jai le apasionaban las películas antiguas, sobre todo las de Katherine Hepburn y las de John Wayne. Que una de sus películas favoritas de todos los tiempos era El hombre tranquilo. Y le confesó, entre risas, que jamás hasta aquel momento había comprendido por qué la escena en la que el Duque azotaba el trasero de Maureen O'Hara la excitaba tanto.

Después de cenar se dieron las buenas noches y cada uno se fue a dormir a su propia cama. Jailyn todavía notaba el cuerpo algo magullado por la actividad de la mañana y se durmió en cuanto puso la cabeza sobre la almohada.

## Capítulo diez

Jailyn se despertó con el sol ya alto. Estiró el dolorido cuerpo, desperezándose como una gata, desentumeciendo cada músculo mientras emitía un suave ronroneo satisfecho. Santo Dios, el día anterior había sido intenso de narices. Todavía le parecía sentir la polla de Branden martilleando en su interior, sus rudas manos torturándole los pezones, o las palmas abiertas azotándole el culo. Jamás en su vida se había corrido con tanta dureza, ni había quedado tan agotada que fuese incapaz de abrir las pestañas. Le habían pesado como dos losas.

Pero había tenido horas más que suficientes para recuperarse.

¡Hora de levantarse!

Se metió en la ducha y empezó a enjabonarse. Tenía el pelo lleno de champú cuando alguien abrió la puerta de cristal de la ducha, sobresaltándola. Dejó ir una risa nerviosa cuando vio a Branden mirándola, vestido solo con un pantalón de pijama de seda que caía muy bajo en la cintura, dejando a la vista sus maravillosos abdominales y el nacimiento del encrespado vello que rodeaba su polla.

—Me has asustado —le reprochó con una sonrisa.

—Lo siento —contestó él mostrándole esa risa ladeada que convertía su rostro serio en el de un demonio travieso—. Date la vuelta, voy a quitarte el dilatador para que puedas hacer tus necesidades y lavarte en conciencia. Vuelve a ponértelo cuando acabes.

No debería haber sido un momento erótico, pero ¡joder! cualquier circunstancia lo era con él presente. Jailyn se giró para darle la espalda, se inclinó hacia adelante, ofreciéndole su trasero, y apoyó las manos en la pared. Sacudió el culo y se rió.

—Pequeña provocadora... —susurró él, masajeándole las nalgas antes de darle un suave azote. Jailyn jadeó y su cuerpo se estremeció. El agua caliente caía sobre su espalda, salpicándolo todo. Branden separó las nalgas y tiró del dilatador—. Date prisa en bajar, el desayuno está listo.

—En diez minutos estoy abajo, Maestro —susurró Jai intentando provocar al dominante, mirándolo por encima del hombro con los ojos entornados y la boca entreabierta.

Debería estar saciada y agotada. Su cuerpo dolorido debería rechazar cualquier contacto, pero la cercanía de Branden, su mirada intensa y las manos posadas sobre sus nalgas, despertaban su lado más lascivo.

Otra palmada la hizo dar un pequeño salto acompañado de un gritito ronroneante.

—No me desafíes, mascota —la advirtió con una mirada severa.

—No era mi intención, Maestro —mintió, adoptando un gesto contrito.

Branden no contestó. Amplió la sonrisa y cerró la puerta de la ducha para, acto seguido, salir del baño. ¿Así que la pequeña mascota estaba juguetona? Muy bien. Jugarían.

Cuando Jailyn bajó por fin quince minutos después, se encontró a Branden de pie, con los brazos cruzados sobre el desnudo pecho y el trasero apoyado en la isla de la cocina. Se estremeció con los vívidos recuerdos de la mañana anterior. Se le arrugaron los pezones y un temblor inconsciente le sacudió el útero. Él le hizo una seña con el dedo, conminándola a acercarse. Caminó hacia él sin titubear. En dos días su confianza en él había crecido de una manera casi milagrosa.

—Date la vuelta y pon las manos a la espalda, mascota —le ordenó cuando llegó ante él. Su

profunda y grave voz dominante la subyugaba siempre, se dio cuenta. Obedeció sin dudar ni un segundo.

Al girar, mientras Branden le restringía los brazos con unas muñequeras de cuero que ató entre sí, inmovilizándola, se dio cuenta de que la mesa estaba puesta con un solo servicio, y que solo quedaba una silla frente a ella. El resto, habían desaparecido.

Bran le apartó el pelo del cuello, llevándolo hacia un lado. Le rodeó la cintura con los brazos por detrás y apoyó el mentón en el hombro desnudo. Le dio un ligero beso en la mejilla y le acarició el vientre distraídamente.

—Ahora, vamos a desayunar, mascota —anunció, empujándola suavemente hacia la mesa con una mano en su espalda.

—¿Cómo voy a poder hacerlo con las manos atadas? —preguntó ella, olvidándose del obligatorio «Maestro» al final. Un chasquido de lengua se lo recordó—. Maestro —se apresuró a añadir.

—Yo te alimentaré —anunció Branden, sentándose en la única silla—. Siéntate aquí le ordenó, palmeándose una pierna.

—Pero...

—Sin discusiones, mascota, o te quedarás sin desayunar. —Jailyn se metió entre sus piernas abiertas y se sentó en la que él le había indicado. La mano de Branden se posó en su cintura y le dio un ligero apretón de reconocimiento—. Así me gusta, mascota.

Jailyn miró hacia el plato y vio que en él había suficiente comida para los dos. Las tostadas, untadas de mantequilla, miel o mermelada, estaban cortadas en pedacitos cuadrados, el tamaño justo para que cupieran en la boca. También había cortado las tortitas salpicadas de sirope de chocolate, el bacon tostado y los huevos.

Branden pinchó un trozo de huevo y otro de tortita y lo alzó ante la boca femenina. Jailyn la abrió y cerró sobre el tenedor, deslizando seductoramente los labios por el cubierto.

—Mmmm —gimió—, está delicioso, Maestro.

—Por supuesto. Todo lo que hago, lo hago bien, mascota. ¿Acaso lo dudabas?

El punto de fanfarronería en el tono de su voz la hizo sonreír.

—Ni por un segundo, Maestro.

Branden cogió un trozo de tostada con mermelada y se lo llevó a la boca. Masticó despacio mientras cogía otro cubierto de miel y se lo daba de comer a Jailyn. Un trozo para él, otro para ella. Así estuvieron unos minutos, masticando en silencio, mientras el plato iba vaciándose poco a poco. De vez en cuando, Branden movía la mano libre, acariciándole la espalda, llevándola hasta la nuca para deslizar el dedo por su columna, o la pasaba por debajo del brazo de Jailyn para poder alcanzar un pecho y torturarle el pezón. En un momento dado, se manchó el dedo con mermelada y untó el pezón con ella para, acto seguido, apoderarse de él con la boca y chupar y lamerlo hasta dejarlo limpio de nuevo.

—Mmmm, delicioso —murmuró al terminar, relamiéndose los labios—. Eres un manjar exquisito, mascota.

Jailyn había dejado caer la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por las sensaciones. Gimió cuando él untó el otro pezón y le aplicó la misma deliciosa tortura con su pecadora boca. Deslizó la mano por el vientre y la instó a abrir las piernas, lo suficiente como para poder tocar su coño que empezaba a humedecerse.

—Me fascina la manera en que respondes a mi toque —le susurró sobre el pecho. El aliento sobre el pezón mojado hizo que se arrugara todavía más—. ¿Obtendría el mismo efecto si fuesen las manos de otro Dom las que te tocaran?

—Yo... no, no lo sé, Maestro —baldunció entrecortadamente. Estaba segura de que la respuesta era no, pero no podía admitir que era él, y solo él, el que hacía que se mojara con una simple respiración ardiente sobre su piel. Eso sería darle demasiado poder sobre ella. Una cosa era que lo tuviera sobre su cuerpo, ya que este temblaba y se licuaba solo con oírlo hablar; no iba a dárselo también sobre su corazón admitiendo lo que no quería admitir: que había estado enamorada de él incluso antes de conocerle de verdad, cuando solo era un abogado más de la oficina en la que trabajaba con el que hablaba de vez en cuando, y siempre sobre trabajo; y que ahora, después de estar en sus expertas y seductoras manos, de vivir la experiencia de someterse a él, aun sin conocerle en profundidad, sentía hacia él mucho más que deseo.

Gimió cuando los dedos masculinos se enredaron en los rizos del pubis y hurgaron entre los pliegues, acariciándola.

Rezó para que todo solo fuese un espejismo, que el amor que creía sentir solo fuese algo pasajero producto de la intensidad de sus emociones y del embrujo al que su mirada penetrante y sus manos expertas, la sometían. Esperaba que, cuando su vida volviese a la normalidad, los abrumadores sentimientos se desvanecieran como la nieve ante el primer rayo de sol.

Porque, si no era así, estaría perdida para siempre.

Branden cogió el tenedor y pinchó varios trozos de comida para llenarse la boca. Jailyln notó un vacío existencial cuando aquella mano volvió a la rutina y dejó de acariciarla. Movié el trasero sobre la pierna de Branden, y el dilatador se hundió un poco más en su trasero, haciéndola jadear. ¿Cómo sería que la follara por allí? No sería la primera experiencia que tuviera en ese sentido, pero las anteriores habían sido burdas, dolorosas y nada placenteras, y le habían demostrado que el sexo anal no era para ella.

Pero con Branden...

Con su Maestro todo era diferente y ardía por sentir su gruesa y apreciada polla llenándole el trasero.

—Abre la boca y mastica.

Jailyln obedeció, saliendo de su ensimismamiento sensual, y masticó la comida que él le introdujo. Le llevó la taza de café a los labios y ella bebió a pequeños sorbos, sintiendo el caliente líquido deslizarse por la garganta. Dios, hasta este acto prosaico y habitual se convirtió en algo carnal e impúdico, sobre todo cuando una gota se deslizó por el mentón y él la recogió con la lengua, trazando un húmedo camino por su piel hasta apoderarse de su boca y besarla con pasión.

Las lenguas chocaron, salvajes. Branden le inmovilizó el rostro con la mano y se dedicó a recorrer con agresividad el húmedo y lascivo interior de su boca, como si estuviese marcándola como su propiedad. Cuando sus bocas se separaron, sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Las respiraciones jadeantes se mezclaron, y sus corazones atronaron al unísono.

—Me había prometido no follarte esta mañana —murmuró Branden con un ronco gruñido—, dejarte descansar para que tu cuerpo se recuperara. Pero no puedo, mi deseo es superior a mi voluntad, bruja. ¿Qué demonios me haces para tenerme babeando por ti como un idiota? —se preguntó en voz alta.

Se levantó de la silla, llevándosela con él. Arrasó con lo que había sobre la mesa, tirando al suelo plato, cubiertos y taza, derramando el café y la comida que quedaba. La empujó contra la mesa, obligándola a inclinarse hacia adelante hasta que su cabeza se posó sobre la cálida madera.

—Tan preciosa y vulnerable —susurró, acariciándole los brazos inmovilizados—. Tan ardiente y fogosa —siguió mientras magreaba las nalgas para separarlas.

De un tirón, sacó el dilatador y lo dejó sobre la mesa. Se embadurnó los dedos con la

mantequilla de un trozo de tostada que había quedado sobre la mesa, huérfana y olvidada, y la penetró por el trasero con ellos, hundiéndolos hasta los nudillos.

Jailyn jadeó con la intromisión, pero se sintió bueno y delicioso, convirtiendo el resoplido en un largo y prolongado gemido. El dilatador había hecho su trabajo con creces y no dolía en absoluto. Los dedos en su interior se movieron, abriéndose y cerrándose. La madera aplastaba sus doloridos pechos y la mano presionando su espalda la mantenía quieta, en aquella posición de total sometimiento a su Maestro.

Los dedos la abandonaron y algo mucho más grueso ocupó su lugar. La punta roma de la polla se abrió paso con facilidad, dando de sí los anillos. Sin poder moverse ni hacer nada excepto tomar lo que Branden le daba, Jailyn gimió y dejó ir un jadeo entrecortado cuando el glande abrió el camino para el resto de la polla, que entró en su interior sin encontrar resistencia, hasta que los testículos chocaron contra las nalgas.

Branden empezó a balancearse muy lentamente, hacia adelante y atrás, saliendo y entrando, y con cada movimiento, la sala se llenaba con el ruido de los cuerpos ardientes chocando. El aroma a sexo pronto sustituyó al de la deliciosa comida que habían compartido. El coño de Jailyn se empapó con los jugos del deseo y el clítoris pulsó de necesidad. La mano de Branden, siempre atenta, acudió en su auxilio y los dedos torturaron a la discolorada protuberancia que exigía atención.

El culo de Jailyn estaba tan hambriento como su estómago hacía un rato, o como su coño, y presionó sobre la polla como si quisiera atraparla.

—Te gusta, mascota —afirmó con rotundidad sin que el lento y agónico balanceo se detuviera.

—Siiiiii, Maestro —gritó ella, con la voz rasposa. La inmovilidad y la indefensión era una tortura añadida al placer. Quería girarse, disfrutar con la visión del rostro masculino contraído por el placer, de sus labios entreabiertos, del sudor que le estaría perlando la frente. Quería tocarlo, clavarle las uñas y marcarlo como su propiedad. ¿Por qué siempre la amarraba y le negaba este pequeño deseo?

—¿Sientes el orgasmo creciendo dentro de ti? ¿Girando como un torbellino en tu útero?

—Siiiiii, por favor —suplicó ella, dejando ir un sollozo.

¿Cómo podía hacerle algo así? ¿Cómo conseguía que su cuerpo respondiera hasta la locura? ¿Como jamás había respondido a otro hombre? El placer enroscado le erizaba la piel, hacía que el calor de la sangre corriendo por sus venas ardiese como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción. La piel, extremadamente sensible, traducía cada toque, cada roce, cada suave aliento sobre ella, en miríadas de estímulos que viajaban raudos hasta su coño, haciendo que se contrayera y pulsara, famélico.

«No debes correrte», se recordó. No podía hacerlo sin que él le diese permiso. Debía aguantar la tortura sin permitirse la liberación, o él se molestaría. Y, por todos los diablos del averno habidos y por haber, ella ansiaba, necesitaba su aprobación, como si esta se hubiese convertido en la cosa más importante del universo. Necesitaba que, al terminar, él le dijese que había sido buena chica, que lo había complacido y estaba orgulloso de ella.

¿Cuándo se había convertido en una mujer emocionalmente dependiente?

«No es dependencia —se dijo con firmeza, borrando aquellos pensamientos de su cabeza para que no estorbaran—. Todo el mundo busca la aprobación de los demás, en cualquier ámbito de la vida o el trabajo, y siente satisfacción al recibirla. ¿Está mal que yo la necesite cuando practico sexo? Rotundamente, no».

Una fuerte palmada en el trasero la trajo de vuelta, alejando aquellos pensamientos funestos.

—Te quiero aquí, mascota —le exigió Branden sin dejar de martillar dentro de su culo—.

Sea lo que sea lo que te ha perturbado la mente, olvídalos. No pienses, céntrate en tu cuerpo y en lo que estás sintiendo, y deja fuera todo lo demás.

—Sí, Maestro —gimoteó con la boca seca. El dolor del golpe seco en su nalga había viajado precipitadamente por toda su piel, haciendo que los pezones aplastados pulsaran y que el coño se contrajera lloriqueando de necesidad.

Cuando los dedos de Branden le pellizcaron el clítoris, el orgasmo se apretujó y onduló como un mar bravío en plena tormenta, estallando inesperadamente, arrastrándola hacia un vacío existencial en el que no había nada excepto el infinito placer que la atravesaba, arrasando con su cuerpo, su mente y su alma. Su cuerpo convulsionó sobre la mesa, el culo aprisionó la polla profanadora, y de su garganta surgió un atropellado gemido que se mezcló con los sollozos y las lágrimas de felicidad que le surcaron las mejillas.

Branden sintió los músculos cerrándose entorno a su polla y la siguió en este violento y placentero viaje, gruñendo sobre su nuca, aplastándola con el pecho sobre la mesa. Dos cuerpos atormentados por el placer, explotando al unísono, él derramándose dentro de ella, ella sintiendo el calor abrasador de su semen en su torturado interior. Se convirtieron en uno durante un instante de delirio, una comunión espiritual que duró una efímera eternidad mientras sus cuerpos sudorosos convulsionaban lejos de cualquier control.

Pero el momento terminó, la calma vino a sustituir a la tempestad, y Branden se irguió, dejando que el fresco aire de la mañana ocupara su lugar sobre el cuerpo sin fuerzas de Jailyln. Aturdido por lo que acababa de sentir, salió de su interior y dio dos pasos atrás. ¿Qué demonios había sido eso? Como si una mano invisible le hubiese arrugado el alma hasta convertirla en pedazos, para reconstruirla con amorosa paciencia uniéndole pedazos que no le correspondían.

«Pedazos del alma de Jailyln» dijo una voz confusa.

Sacudió la cabeza y carraspeó, frotándose las sienes. Debía tomar el control de sus emociones, ¡ya! No iba a permitir que estas se rebelasen, insolentes, y llegasen para complicarle la vida. Ni de coña.

—No has sido buena chica, mascota. —Su voz sonó a sus propios oídos como un graznido agudo y tembloroso. Carraspeó de nuevo, aclarándose la garganta—. Te has corrido sin mi permiso.

—Lo siento, Maestro —susurró ella con las piernas tan débiles que fue incapaz de incorporarse, y se quedó quieta sobre la mesa, con el rostro apoyado en la madera y las manos atadas a la espalda.

—Sabes que eso ha de tener un castigo.

—Lo sé, Maestro. Pero, por favor, ¿podría dejarlo para más tarde? Mi cuerpo no soportará nada más.

—No —contestó con rotundidad, pero añadió en un tono más suave—, pero no te preocupes, esta vez no voy a ser demasiado severo.

Jailyln respiró, aliviada, aunque sintió la mordedura de la duda en el vientre. ¿Qué era, para él, no ser demasiado severo?

—¿Puedes andar?

—Cre... creo que sí, Maestro.

—Pues, ven aquí.

Se levantó con dificultad. Su cuerpo se recuperaba lentamente de la locura que acababa de vivir. Branden la esperaba frente a la isla de la cocina, la misma en la que había estado atada la noche anterior, done él la había torturado y follado hasta la extenuación. Un nervioso temblor cargado de temor la sacudió. ¿Volvería a hacerle lo mismo? ¡No podría soportarlo! Indecisa, dio

dos pasos hacia él y se detuvo. Alzó los ojos suplicantes y murmuró:

—Por favor... No...

—Ven aquí, mascota. No agraves el castigo.

Las manos atadas a su espalda se cerraron la una sobre la otra, en un gesto inútil. Un sollozo escapó de su garganta y negó con la cabeza.

—¡No!

—Mascota —suspiró Branden. Entendía que tuviese miedo, pero debía confiar en que él no le daría más de lo que era capaz de soportar—. El castigo acaba de agravarse un punto. Ven. Aquí. Ahora.

«Archivo», le susurró su mente. La palabra que sería su salvación, la que la sacaría de allí y llevaría de vuelta a su monótona tranquila existencia, lejos de Maestros dominantes que la volvían loca.

«¡Cobarde!» ladró otra voz en su cabeza, la misma que la empujó a seguir adelante hasta llegar a la altura del Maestro.

Branden la hizo arrodillarse en el suelo, de espaldas a la isla. Manipuló los cierres secretos en la madera y volvió a sacar las varas metálicas y las cadenas. Trasteó con ellos un rato. Jailyln intentó ver qué hacía mirándole por encima del hombro, pero no pudo. Suspiró y tembló cuando Branden tiró de sus brazos hacia atrás y enganchó las cadenas, tirantes, a sus muñequeras. Después, pasó una correa alrededor de cada muslo, y sujetó cada una de ellas a una de las barras metálicas que surgían de la isla.

Se puso ante ella y la admiró. Jailyln estaba sujeta con los brazos estirados, haciendo que su espalda se curvara hacia atrás y alzara los hermosos pechos. Las varas metálicas la obligaban a mantener las piernas abiertas. Branden se arrodilló ante ella y le pasó una mano por la mejilla.

—Estás muy hermosa, mascota. Aunque, falta lo más importante. —Sacó la mano de la espalda y le mostró un antifaz negro, sin aberturas para los ojos—. Con esto, estarás ciega. No sabrás dónde estoy, qué hago; ni siquiera si estoy en la misma habitación o si me he ido. Cuando una mano te toque, no sabrás si soy yo... u otra persona. —Se lo colocó sobre los ojos, y cerró el enganche detrás de la cabeza, tirando de los cordones para apretarlo y que no se cayera ni pudiera quitárselo—. Aguantarás hasta que te lo quite, sin hablar, y sin gritar. Pase lo que pase a tu alrededor, oigas lo que oigas, te toque quién te toque, mantendrás el silencio más absoluto. Por cada grito, cada palabra, cada ruido que hagas con la boca, sumaré media hora más al castigo. ¿Has entendido?

—Sí, Maestro, lo he entendido —musitó Jailyln, sintiéndose perdida. ¿Por qué demonios no pronunciaba la puñetera palabra de seguridad y salía de esta situación?

«Porque lo encuentras jodidamente excitante. Por eso, hasta cuando creíste que iba a masturbarte otra vez, te la callaste. La puta lujuria le pudo al miedo».

—Ni una palabra, ni un sonido, a partir de ahora, mascota.

Le pasó el dedo por encima del labio, se levantó y se apartó. Subió las escaleras y se vistió con un pantalón de chandal y se puso las zapatillas. No quería torturar demasiado a la pobre Jailyln y, si se quedaba allí, observándola, acabaría tocándola, masturbándola hasta que se corriera, y después, la follaría. Solo pensarlo, y su polla se alzó inquieta. Pero ella estaba agotada y dolorida, y ya se la había follado de una manera salvaje que le había arrancado el alma. Él también necesitaba algo de tiempo y espacio para recomponerse, recuperar el control, y pensar sobre lo que le había ocurrido.

Por eso, decidió que era una buena idea aprovechar y salir a correr un rato. No se alejaría demasiado, correría por la orilla de un lado a otro, manteniendo siempre la puerta de la cabaña a



la vista. No es que creyese que hubiese peligro alguno en dejarla sola allí; si pensase, por un solo instante, que no iba a estar a salvo, no se atrevería a dejarla sola. Pero el lugar estaba apartado, y nadie se acercaba, jamás, hasta su cabaña. Era completamente seguro.

Bajó las escaleras intentando hacer el menor ruido posible, pero ella le oyó. Alzó la cabeza y la giró en su dirección. Sus labios se juntaron, a punto de formar una palabra, pero se los mordió y apretó con fuerza, determinada a no hablar.

Buena chica.

Branden salió y respiró profundamente el fresco aire de la mañana sin darse cuenta de que, escondido en la espesura del bosque, alguien lo estaba observando.

«Esta es la mía», pensó aquel hombre. Se apartó de la maleza que le había servido de refugio y bajó la suave ladera con cuidado de no hacer ruido ni de resbalar sobre la hojarasca seca. Caminó lentamente, vigilando los movimientos de Branden, que se alejaba corriendo por la orilla del lago. Se asomó a la ventana con prudencia para que ella no pudiese verlo, y lo que vio lo dejó sin respiración. Se llevó una mano a la boca para ahogar una carcajada de alegría al verla atada y ciega. ¡Atada y ciega! Esta vez podría acercarse lo suficiente, incluso tocarla, sin que ella supiese quién era, se dijo, sintiendo la euforia bailar en su panza. «Pensará que es el gilipollas ese». Al pensar en Branden, una ira ciega cargada de violencia estalló en su corazón. La noche en que había llegado, el hijo de puta la había atado y torturado de mala manera en el lago, y la muy puta se había corrido con aquella perversión.

«Si lo llego a saber antes, querida Jailyln, ya serías mía», pensó el sujeto, carcomido por la envidia y los celos.

Pero lo tenía todo grabado, de principio a fin. Lo del lago al atardecer, lo de el día anterior, lo de aquella misma mañana... Por suerte, había tenido la precaución de traerse la cámara buena, y había grabado cada minuto, escondido en la linde del bosque, gracias al magnífico objetivo con zoom. Le había costado tres sueldos enteros poder comprárselo, pero por Dios que había valido la pena cada dólar. Grababa con una nitidez, incluso a esa distancia, que se podía ver claramente cada pliegue de su coño expuesto y el brillo de sus jugos resbalando por los muslos.

«Pero, esta vez, no necesitaré zoom», pensó, regocijándose con su buena suerte. Y podía aprovechar para poner micrófonos. El sonido de las grabaciones que tenía era casi inexistente. Conectar los micros a la cámara y grabarlo todo... eso sería un puntazo. Ya no tendría que imaginarse los gemidos de Jailyln mientras se masturbaba mirando las películas. Podría oírla de verdad. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y se aseguró de que estaban allí. Solo tenía dos, pero eran más que suficientes: uno para la planta baja; el otro, para el dormitorio en el que ella dormía.

Subió al porche y se aseguró de que Branden estaba lejos. Seguía corriendo, de espaldas a él, sin percatarse de su presencia. Pensó en esperarle escondido en algún recodo y matarlo de un golpe; así, podría disfrutar de ella sin medida, la tendría a su merced sin que pudiese defenderse, y usaría en ella toda la parafernalia que le había visto utilizar a él. Oh, sí, la llevaría hasta el orgasmo una y otra vez, y la follaría una y otra vez, durante días, semanas enteras. Nadie les encontraría porque nadie los estaría buscando.

Pero el cabrón era un tipo fuerte y estaba en forma; él, en cambio, era enclenque y poca cosa. Si no acertaba a la primera, tendría serios problemas.

«Paciencia, ya te llegará la oportunidad», se dijo.

Abrió la puerta con cuidado. Entró pisando con suavidad para no hacer ruido y cerró tras él. A pesar de estar atada e indefensa, ella le daba miedo. Si lo descubría... Una de las maderas del

suelo crujió levemente cuando la pisó. Jailyln se sobresaltó y giró la cabeza hacia donde él estaba. Entreabrió la boca levemente, pero no dijo nada. «¿Quizá él le ha prohibido hablar?», se preguntó. Eso sería una verdadera suerte, y no le extrañaría de un psicópata como aquel tío.

Pasó ante ella y dudó. ¿Qué hacía primero? ¿Ponía los micros o se divertía con ella? «Los micros primero, idiota». Subió a la planta superior, entró en el dormitorio de ella, y aspiró profundamente. Oía a Jailyln. Puso el micro rápidamente en la lámpara sobre la mesita, y bajó de nuevo. La isla de la cocina era un buen lugar, pero también había peligro de que el imbécil lo encontrara. Tenía demasiados resortes secretos que no conocía.. Si lo ponía en uno, saltaría cuando lo accionara. No, mejor bajo la mesa. ¿Quién mira bajo la mesa del comedor? Nadie. Allí pasaría desapercibido. Cuando terminó, sonrió, satisfecho de sí mismo. Los próximos vídeos serían la bomba. Puede que incluso se animase a subirlos a la red. Se haría de oro con ellos, estaba seguro. Al fin y al cabo, Jailyln había resultado ser una puta lujuriosa y ambiciosa, como todas las demás, así que, ¿qué importaba?

La miró, ladeando la cabeza. Ella respiraba con agitación. Sus tetas subían y bajaban al compás del aire. Tenía las piernas tan abiertas que podía ver su coño, brillando con los jugos. La muy zorra estaba excitada. ¿Lo había oído, quizá? ¿Pensaba que era ese figurín que se la follaba? Probablemente. Se acercó y se arrodilló delante de ella, sin tocarla. Apuntó con la cámara hacia el expuesto coño y, en completo silencio, empezó a grabar. Un primer plano de su palpitante sexo. Un zoom out para abarcar las caderas en el plano. Movimiento vertical para seguir su figura hacia arriba, deteniéndose durante unos segundos en los pechos, y un nuevo zoom out para abrir plano y abarcar el rostro ciego junto a las tetas. Sí, eso estaba bien; muy bien, en realidad. Jailyln jadeaba y sus tetas se balanceaban al mismo ritmo que su respiración. ¿Estaba asustada? ¿Se había percatado de que había alguien con ella? ¿Sabía siquiera que el muy cabrón la había dejado sola y a su merced? Alargó la mano, dudando en dónde tocarla primero. ¿El coño mojado? ¿La follaba con los dedos? ¿Le pellizcaba un pezón? Había visto cuánto le gustaba que le hiciesen eso.

«Las tetas. Llevas loco por sus tetas desde que la viste por primera vez».

Abarcó un pecho con la mano entera y apretó. Jailyln soltó un respingo y se mordió los labios. El intruso ahogó una risa. ¡No podía hablar! El muy cabrón le había prohibido hablar y ella, como la mujer estúpida que resultaba ser, obedecía ciegamente. ¡Ni siquiera sospechaba que no era su amante quien la tocaba! Tuvo la tentación de pellizcarle un pezón con saña para ver cuánto dolor era capaz de aguantar sin gritar; pero si el subnormal la oíría, volvería corriendo y él tendría que escapar.

No, mejor aprovechar bien la oportunidad.

Sopesó los pechos con la mano, primero uno, después el otro. Eran perfectos, bonitos y con los pezones oscuros, tal y como se había imaginado. Deslizó la mano por el vientre hasta llegar al coño. Jailyln temblaba con su toque, toda la piel erizada bajo su contacto. Enredó los dedos en el vello púbico y la penetró, follándola con los dedos. Jailyln se agitó. Al intruso le pareció que intentaba escapar de su contacto, pero las ataduras la mantenían fija en el lugar y en aquella posición. No había nada que ella pudiese hacer, excepto soportar su contacto.

Aaaah, sacar su hinchada polla y follarla sería una delicia, pensó, pero el miedo atávico hacia el hombre que regresaría en cualquier momento, la salvó. «Por ahora», pensó, levantándose y apartándose de ella. Se llevó los dedos a la nariz y aspiró, absorbiendo el aroma de sus jugos. De momento, se contentaría con eso. Pero pronto...

Pronto, cualquier día de estos, encontraría el valor suficiente para hacerla suya.

El intruso se marchó por donde había venido, moviéndose en silencio. Volvió a su escondite

entre la maleza, colocó la cámara sobre el trípode, y se sentó a esperar.

Estaba seguro de que iba a tener mucho material nuevo cuando se marchara de allí. Material con el que conseguiría dos cosas: una pequeña fortuna en las web porno, y a Jilyn Middleton abierta de piernas para él. Oh, sí, el chantaje era una buena opción para obligarla a follar con él. Por fin, dejaría de mirarlo con ese aire de superioridad que tanto lo irritaba.

—Te tendré de rodillas, zorra estúpida. Con la boca abierta chupándome la polla. Y me regocijaré con cada una de tus lágrimas.

## Capítulo once

No era Branden. Jailyn lo supo en cuanto aquella mano desconocida la tocó. El primer impulso que tuvo fue el de gritar, pero se contuvo por una simple razón: «Cuando una mano te toque, no sabrás si soy yo... u otra persona». Eso le había dicho al taponarle los ojos. Por ese motivo, aguantó estoicamente la repulsión que le produjo aquella mano desconocida cuando le tocó un pecho o cuando le metió los dedos por el coño. Mordió los labios y se tragó las ganas de gritar porque estaba convencida de que Branden estaba allí presente mirando mientras aquel tío la tocaba, y que lo había hecho a propósito para ponerla a prueba.

Cuando se marchó, respiró aliviada. Durante un segundo tuvo la impresión de que iba a follarla y eso sí que no iba a consentirlo. Habría gritado la palabra de seguridad hasta desgañitarse, aunque no pudiese hacer nada más, confiando en que Branden cumpliría su palabra y lo detendría todo. ¿Por qué había pensado el muy cabrón que iba a gustarle que la tocara otro tío? O, quizá, lo que esperaba era provocarla para que gritara y tener así un buen motivo para mantenerla castigada en aquella posición humillante y ridícula. Recordó que en algún momento le había asegurado que no era un dom sádico, pero estaba empezando a dudar. Disfrutaba demasiado castigándola y someténdola a situaciones humillantes y dolorosas.

«De las que tú disfrutas hasta correrte como una perra. No puedes negarlo, niña».

¿Qué le pasaba? ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué disfrutaba con estas mierdas? ¿Estaba mal de la cabeza? Siempre había creído que era una mujer mentalmente estable, sin traumas ni complejos, que disfrutaba de una sexualidad sana. Había experimentado con posiciones y juguetes, y alguna que otra vez vivió la emoción de hacerlo en lugares nada indicados para ello. ¿Por qué, ahora, descubría que la ponía toda esa mierda de la sumisión? ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Jamás había tenido la sensación de que a sus relaciones sexuales les faltase algo, no hasta que Branden la introdujo en este submundo misterioso de amos y mazmorras.

Chasqueó la lengua, confundida y asqueada. Tenía la garganta seca y se moría por un vaso de agua, pero no podía pedirlo. Se pasó la lengua por los labios resecos, esperando que Branden interpretara adecuadamente aquel gesto, pero no pasó nada. Nadie le ofreció un vaso de agua, ni oyó ruido de pasos sobre la madera a su alrededor. Suspiró y se decidió a aguantar. No iba a darle ninguna excusa para prolongar aquel castigo. Incluso el enfado inicial pasó. Quizá él esperaba que le dijese que alguien extraño la había tocado, podía ser que su ego masculino deseara que ella le echara en cara que hubiese permitido a un extraño tocarla.

Pues no iba a decir nada al respecto. Se lo callaría, igual que se callaría cualquier otra cosa que le hiciese. ¿No le había ordenado mantener silencio? Pues eso haría, y si lo jodía, peor para él.

Branden volvió a la casa al cabo de una hora. Había estado corriendo por la orilla del lago durante todo ese tiempo, sin apartarse demasiado de la casa, procurando mantener siempre la puerta a la vista; aunque hubiese momentos en que esta quedaba a su espalda se giró cada pocos pasos para comprobar que todo seguía bien.

Jailyn seguía igual, en la misma posición, sin pronunciar una palabra. Esperar que se hubiese movido era una locura, teniendo en cuenta la firmeza de sus ligaduras. Pasó ante ella y le dio una palmada en la cabeza, en reconocimiento, igual que se le da a un perro cuando ha sido bueno. Abrió el grifo y llenó un vaso de agua, que bebió de un trago. Estaba sediento, y pensó que quizá

ella también lo estaría. A finales de junio y a esa hora, el calor apretaba ya un poco. Lo volvió a llenar y caminó hacia ella, arrodillándose delante.

—Voy a darte agua —le dijo.

Acercó el vaso a los labios y ella bebió con avidez. Una parte del agua se derramó y cayó de su boca, mojóndole el pecho, trazando un húmedo camino hasta el coño expuesto. Branden cogió un paño limpio y la secó con pequeños toques cuidadosos. Ella ni siquiera reaccionó. Se mantuvo firme y quieta; ni un temblor traicionó su firme decisión de aguantar lo que le echara.

—Lo estás haciendo muy bien, mascota —la alabó—. Si sigues así, después de comer te soltaré y puede que salgamos a pasear. ¿Te gustaría?

Ella no contestó, ni siquiera con un movimiento de cabeza. Era una mujer fuerte y testaruda, se regocijó Branden. No era una muñequita desvalida y necesitada de atención, y eso era lo que más le gustaba. Su firmeza de carácter y su espíritu rebelde eran patentes cada vez que lo miraba con los ojos refulgiendo, cuando no le gustaban las órdenes recibidas. Era su terquedad la única que la mantenía allí, y la firme decisión de no fallarle como sumisa.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —No pudo evitar apoderarse de un pecho y acariciárselo. Bajo su toque, Jailyn tembló y dejó ir un suspiro—. Siempre estás preciosa, pero cuando tu rostro se contrae por el placer, y tus ojos velados por la pasión brillan, es cuando más se percibe tu belleza —susurró sin poder contenerse.

Siguió acariciándole el pecho y enredó los dedos de la otra mano en los rizos del pubis. No pudo superar la tentación de acariciar los labios vaginales, de empezar a torturarle el clítoris, de penetrarla con los dedos. El rostro de Jailyn se tensó y entreabrió la boca para gemir, mordiéndose los labios inmediatamente después, tensando todo el cuerpo para evitar volver a pronunciar cualquier sonido.

Branden sonrió, satisfecho y orgulloso de ella.

—No puedes correrte, mascota. Recuérдалo. Estas aquí por eso.

Jailyn tragó saliva y se mordió la mejilla, con la esperanza de que aquel dolor silenciara el placer que le estaba dando, que hacía que sus pezones se arrugaran con dureza y que su coño empezara a palpar buscando el camino hacia el orgasmo. Aquellos dedos moviéndose dentro de ella, acariciándola por dentro, abriéndose y cerrándose, eran una deliciosa tortura. Si seguía así, acabaría por soltar un gemido que la lanzaría de cabeza al desastre. Estaba harta de esa posición, los brazos empezaban a dolerle y hacía rato que se le habían dormido las piernas.

Branden la observó con atención mientras seguía follándola con los dedos. La pobre estaba haciendo un gran esfuerzo por no emitir sonidos y él no estaba siendo justo con ella. Sacó los dedos y los observó: estaban empapados y brillantes por sus jugos.

—Estás excitada otra vez, mascota. Lástima que no tengo planes de dejar que te corras hasta que te folle esta noche. Espero que seas capaz de aguantar. —Se acercó a su oído y apartó el pelo que se había quedado enganchado en la cuerda del antifaz. Después, le susurró con voz cálida y estremecedora—: porque te tengo reservada una sorpresa que, estoy seguro, disfrutarás mucho.

Jailyn se estremeció y su corazón empezó a bombear con fuerza. ¿Por qué aquellas palabras le habían sonado a amenaza y, al mismo tiempo, a una promesa de placeres infinitos?

«Porque, teniendo en cuenta lo que has vivido hasta ahora, serán las dos cosas a la vez».

Branden no la molestó durante un par de horas en que se dedicó a hacer la comida. Jailyn oyó ruidos de ollas, platos, cuchillos cortando sobre la madera, el burbujeo del aceite hirviendo friendo algo. El aroma del guiso inundó pronto toda la planta baja de la casa, haciendo que el estómago femenino se retorciera de hambre. Hacía horas que había desayunado y, aunque su

ejercicio había sido nulo, la permanente tensión de su cuerpo y la postura forzada que mantenía habían agotado todas sus energías. Se sentía cansada, dolorida y hambrienta.

—Esto está listo —anunció Branden llenando el plato con el guiso de carne—. Me gusta mucho cocinar, ¿lo sabías? Me relaja casi tanto como follar. En realidad, encuentro que ambas cosas son, en esencia, muy parecidas. Tratar los alimentos, lavarlos, acariciarlos, darles forma y gusto... Cocinarlos con mimo, poniendo toda la atención en lo que se está haciendo, es casi como domesticar a una sumisa. Hay que tener paciencia, descubrir de qué manera responderán mejor, con qué se combinarán mejor y así, conseguir lo mejor de ellos.

Esperó en silencio a que se enfriara, abanicando el plato con un paño de cocina. Si Jailyln hubiese podido verlo, habría descubierto una faceta muy diferente y, al mismo tiempo, tan parecida a la que ya conocía, del hombre dominante y seguro de sí mismo pero, a la vez, tierno y atento.

—Hora de comer —dijo, sentándose en el suelo delante de ella, llevando el plato y un tenedor en la mano—. Vamos, abre esa hermosa boquita.

Jailyln obedeció, tanto por instinto como por el hambre que tenía. Masticó con desconfianza al principio, pero acabó dejando ir un suave gemido de gusto al comprobar que estaba delicioso. Branden dejó ir una risa baja contento al comprobar que su talento en la cocina la satisfacía tanto como su capacidad como Dom.

—Puedes gemir mientras comes —le susurró, divertido, llenándole la boca de nuevo—. No voy a tenerlo en cuenta.

Masticó con lentitud. Estaba tan hambrienta que el instinto la empujaba a engullir, pero sabía que eso la llevaría a sentirse mal después. No le apetecía nada tener que lidiar con un hombre cabezota y dominante que tenía a saber qué planes para torturarla, teniendo una indigestión.

Unas gotas de salsa cayeron del tenedor, resbalando por su mentón. Branden la limpió con la lengua, lamiéndole la piel manchada para después darle un suave mordico en el labio.

—Está sabroso, ¿verdad? Casi tanto como tú.

El hambre no le impidió temblar de excitación. Todavía tenía pulsante el deseo insatisfecho, y cada ligera caricia la estremecía, haciendo que deseara más.

Comió bocado a bocado, disfrutando de estar bajo los cuidados de Branden, deleitándose con cada una de sus galanterías, de cada palabra alabándola como si fuesen caricias sobre su piel. Cuando terminó, le limpió los labios con una servilleta, entreteniéndose con cada pequeña mota de salsa.

—Lo has hecho muy bien, mascota. Estoy muy orgulloso de ti. Es hora de levantar el castigo.

Jailyln suspiró, agradecida y aliviada. Apenas sentía ya los brazos y las piernas hacía horas que se habían quedado dormidas. No podría levantarse, de eso estaba segura. Tendría que ir arrastrándose hasta el sofá como si fuese un gusano. Vaya imagen más ridícula.

Branden se alejó y volvió al cabo de unos minutos. Llevaba en la mano un frasco que dejó encima de la isla, a su alcance. Le desenganchó la restricción de la mano izquierda de la cadena sujeta al mueble y acunó el brazo con cuidado, llevándolo hacia adelante hasta que lo dejó sobre el regazo femenino. Jailyln gimió de dolor, que se alivió casi al instante cuando él, con las manos húmedas de un aceite oloroso, empezó a masajearlo con sumo cuidado. El olor a sándalo pronto lo impregnó todo.

Hizo lo mismo con el brazo derecho, y después le masajeó la espalda que había estado en una postura curvada e incómoda durante demasiado tiempo. Le masajeó los hombros, entre los omóplatos, deslizó las manos por los costados y frotó con suavidad en la zona lumbar.

Después se limpió las manos y procedió a desenganchar las piernas, dejándolas, por fin,

libres. La cogió en brazos y la subió a la planta superior.

Jailyn no dijo nada durante todo el rato. se limitó a dejarse cuidar y mimar, y a disfrutar de sus manos tiernas y diligentes sobre la piel. Era un maestro en lo que hacía, moviéndolas con seguridad, como si hubiese hecho aquello cientos de veces.

«Y lo ha hecho, idiota. Cientos, miles de veces. ¿O acaso crees que eres la primera mujer que ha tenido en esta misma situación?».

Pensar en otras mujeres allí la puso nerviosa. Mujeres que Branden se habría follado después de someterlas a deliciosas y placenteras torturas como había hecho con ella.

«No pienses en eso, ¡no pienses en eso!».

Debía quitárselo de la cabeza. Los celos no tenían cabida en su relación. No eran pareja, no eran nada. Cuando aquella semana terminara, cada uno seguiría con su vida, sin lazos que los atara.

Branden se metió en el baño principal llevándola en brazos. La dejó durante unos minutos sentada sobre la tapa del wc, el tiempo suficiente para llenar la bañera con agua caliente y desnudarse. Con la bañera llena, la cogió de nuevo en brazos y la metió en el agua, entrando él a continuación para sentarse detrás de ella.

—El agua caliente te irá bien —le dijo, empapando una esponja para dejar caer el agua sobre los doloridos hombros—. ¿Por qué no hablas? ¿Estás bien? —preguntó al fin. Empezaba a estar preocupado. ¿Quizá había sido demasiado duro con ella? ¿Se había pasado? Al fin y al cabo, solo era una novata.

—Estoy bien —contestó ella, dejando caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en su pecho—. Solo he descubierto el valor del silencio.

Notó el temblor del pecho de Branden cuando dejó ir una risa suave y casi silenciosa.

—Es todo un descubrimiento, ¿eh?

—Sí. No poder hablar ha sido... catártico, la verdad. ¿He de seguir llamándote Maestro mientras estamos en el baño? Me tienes un poco confusa con todo esto.

—Hazlo, si te sientes cómoda con ello. Al fin y al cabo, cualquier cosa que empiezo contigo, acaba en sexo.

—Muy bien, Maestro.

—Y, ¿qué más has descubierto?

—He podido escuchar mis propios pensamientos. Creía que ya lo hacía, pero no era así. No, en realidad. Porque una cosa es oír, y otra, escuchar. No entendía la diferencia, pero la hay, ¿sabes? Y he podido escucharme con claridad.

—¿Qué te han dicho? ¿Algo importante?

No parecía burlarse de ella, como si no fuese la primera persona que confesaba algo similar.

«Por supuesto que no. Ha tenido decenas de sumisas a las que prohibirles hablar».

—No —mintió descaradamente—, nada importante. Pero es bueno saber que si me siento en silencio puedo escucharme a mí misma, sin interferencias.

Pero sí había descubierto algo, algo que no le gustaba nada, que la asustaba de muerte: que estaba enamorada hasta las trancas de Branden Ware, y que quería pasar el resto de su vida sometiéndose a él. Y que sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguirlo.

Debería alejarse de él inmediatamente. Pronunciar su palabra de seguridad y obligarlo a que la llevara a casa. Después, presentar su dimisión en el trabajo y buscarse otro, aunque fuese friendo patatas en un MacDonalds. Cualquier trabajo sería mejor que seguir en el mismo despacho de abogados que él, obligada a verlo un día tras otro sin poder dar libertad a su corazón para confesar lo que sentía.

Pero no lo hizo. Lo único que tendría de él sería aquellos días en la cabaña, y no podía renunciar a ellos.

Branden la lavó con sistemática eficiencia y cuidado. Con la esponja llena de espuma, frotó su cuerpo con suavidad sin dejar ni un solo pliegue sin limpiar, ni siquiera por debajo de los pechos o la arruguita que se le hacía sobre el pubis cuando se sentaba. Hasta el coño, deseoso de sus atenciones, fue aseado con fría eficacia. Porque, aunque ella gimió y se deleitó con cada una de las caricias, y a pesar de que notó la polla de Branden clavarse en su espalda, hinchada y preparada, no la folló, ni la masturbó, ni la tocó hasta correrse. Aunque, por Dios bendito, ¡lo necesitaba tanto!

—¿Te apetece dar un paseo para bajar la comida, o prefieres echarte una siesta?

—Una siesta me sentará bien, Maestro. Si no te importa.

—Tienes razón, estarás agotada. Pero, pequeña mascota, recuerda que no puedes tocarte para aliviar el deseo que sientes, o tendré que castigarte de nuevo —la advirtió, su cálido aliento haciéndole cosquillas en la oreja.

—Lo tengo muy claro, Maestro, pero gracias por recordármelo —gruñó, sarcástica.

No tenía ninguna intención de masturbarse. Con intentarlo una vez, había sido más que suficiente, gracias.

El masaje con el aceite, más el baño caliente unido al ibuprofeno que Branden le dio, la sumieron en un sueño reparador del que despertó completamente recuperada un par de horas después. El dolor de sus músculos casi había desaparecido completamente y se sintió relajada y alegre. Se levantó después de remolonear unos minutos, se refrescó el rostro con agua fresca en el baño y bajó.

Branden estaba sentado en el sofá leyendo. Vestía un bañador tipo bermudas de un azul oscuro casi negro, con la cinturilla celeste. Estaba repantingado, con las piernas sobre la mesita y el libro en alto. Jailyne aprovechó que él no se había dado cuenta de su presencia a los pies de la escalera para observarlo con atención. Era guapo, no podía negarlo, y su cuerpo de infarto inflamaba el suyo solo con mirarlo. Pero había algo más. Percibía en él un aura magnética que la atraía, como un imán al hierro, que no tenía nada que ver con su atractivo físico. Era su porte, que exudaba seguridad incluso cuando estaba relajado como en aquel momento. No importaba que fuese vestido con un traje de cinco mil dólares, o con un simple bañador de mercadillo: la confianza en sí mismo, la fortaleza de su carácter, era tan evidente que nadie se atrevería a cuestionarla.

—¿Has descansado bien?

Branden había levantado los ojos de las páginas y la miraba de vuelta. Jailyne se sonrojó porque la había sorprendido observándolo.

—Sí, Maestro. ¿Habría alguna posibilidad de dar un paseo? Me apetece mucho.

—Por supuesto. Había pensado en darnos un baño, también. ¿Te gusta la idea?

—¡Por supuesto!

—Bien, vamos.

Branden se levantó y le ofreció la mano. Jailyne la cogió y se estremeció con aquel contacto. Por supuesto, para él no significaba nada; para ella, manifestaba un grado de intimidad diferente a la que habían tenido hasta aquel momento. Por supuesto, el sexo que habían compartido fue algo muy íntimo; pero, si no había nada más allá, se convertía en algo casual y, a la larga, sin importancia. Pero caminar cogidos de la mano, charlando animadamente sobre tonterías mientras se dirigían al lago, transformó todo el conjunto en algo mucho más personal y familiar.



«No sueñes tonterías, Jailyln, que te vas a pegar la gran hostia», se dijo, molesta consigo misma. No podía permitir que su parte romántica y soñadora convirtiera aquella relación en algo serio y duradero, porque no lo era, por mucho que empezara a desearlo. Branden no la veía como una pareja, solo era su sumisa, una mujer con la que practicar su extraño, perverso y excitante sexo. Nada más.

Llegaron a la orilla y se mojaron los pies. El agua estaba fría y Jailyln lanzó un pequeño grito de sorpresa que lo hizo reír. Dio algunos saltitos y tiró de él para salir, pero Branden apretó su mano y tiró de ella entre risas, obligándola a ir cada vez más adentro.

—Branden, por favor, ¡está muy fría!

Jailyln tiraba hacia atrás pero no conseguía que él la soltara.

—¿En serio? —exclamó sin dejar de reír. El agua les llegaba ya a la cintura y se detuvo para mirarla—. El otro día cuando te lanzaste no te importó que estuviera fría.

—¡Pero eso es diferente! Te tiras y no hay tiempo de que el cuerpo proteste. ¡Entrar poco a poco es una tortura!

—Cobardica —se burló. Tiró con fuerza y la atrapó entre los brazos. Sus pechos desnudos se aplastaron contra el torso masculino—. Pensaba que eras una mujer valiente —le susurró contra los labios entreabiertos.

—¡Soy valiente! —protestó ella, pero tuvo que cerrar la boca cuando él, inesperadamente, se dejó caer hacia atrás, arrastrándola bajo el agua.

Emergieron muy cerca el uno del otro. Branden la había soltado en cuanto el agua cubrió sus cabezas. Salpicó agua en su dirección, con la mano abierta, y el chorro le impactó en el rostro. Jailyln escupió el agua que le había entrado por sorpresa en la boca y lo miró furibunda.

—Vas a pagármelas —le siseó, simulando estar enfadada.

—Eso será si me atrapas, mascota —la provocó, riendo, y empezó a nadar para apartarse de ella.

Jailyln lo persiguió. Era buena nadadora, pero él tenía un técnica impecable y mucha más potencia, así que se alejó con rapidez. Se paró a varios metros de ella, la miró riéndose, y le guiñó un ojo antes de sumergirse en el agua. Jailyln se quedó quieta, moviendo los brazos para no hundirse en aquella zona en la que ya no hacía pie, esperando su próxima travesura. ¿Qué iba a hacerle? Nada bueno, seguro. Miró hacia el agua a su alrededor, esperando ver su sombra acercarse; pero estaba un poco turbia por sus movimientos y el fango removido del fondo le impidió verlo. Hasta que una mano fuerte la agarró por la pierna y tiró de ella. Se sumergió ahogando un grito de sorpresa. La mano la liberó, tocó fondo y se impulsó hacia arriba. Branden ya había sacado la cabeza y se reía.

—¿¿Es que quieres ahogarme?! —le gritó.

—No, quiero asustarte como tú me asustaste el otro día.

—Pensé que ya había pagado por ello

—Ni de coña, mascota. No me gustó nada esa sensación, y voy a cobrarme el mal rato todas las veces que necesite. Que lo sepas.

Lo dijo riéndose, pero en su tono Jailyln detectó un punto de verdad. Se había asustado mucho, incluso podía ser que, durante los segundos en que ella tardó en salir del agua, pensara que estaba ahogándose. Una punzada de ternura le pellizcó el corazón. Branden no parecía ser el tipo de hombre que se asustara con facilidad, y eso debía mortificarlo demasiado como para que lo olvidara con facilidad.

—¿Qué cosas se pueden hacer en este lago, además de follar y nadar? —le preguntó, intentando cambiar de conversación.

—Navegar, pescar. En el puerto deportivo alquilan embarcaciones. También se puede practicar el esquí acuático, el esquí con parapente, el banana boat...

—¿El banana boat? —preguntó, intrigada.

—Sí, aunque es algo más para adolescentes. Te subes en un hinchable grande que es arrastrado a gran velocidad por una embarcación.

—Eso parece divertido. Y el esquí acuático, también. Nunca lo he practicado.

Branden la miró sonriendo. Jailyn esperó ilusionada a que él dijera que la llevaría un día, pero no lo hizo. Desilusionada, se giró y empezó a nadar hacia la orilla. ¿Qué esperaba? La había traído aquí para follar con ella, no para pasar un día divirtiéndose como si fuesen pareja. Tenía que asimilarlo de una vez y conformarse con lo único que obtendría de él: largos ratos del placer más absoluto.

Por la noche, después de cenar, Branden bajó del piso superior llevando una bolsa de deporte grande. La dejó sobre la encimera de la cocina y miró hacia Jailyn, que estaba sentada en el sofá leyendo un libro. Un rato antes, él le había mostrado donde tenía la pequeña biblioteca, diciéndole que podía coger cualquier novela que quisiera para leerla.

De espaldas a él, no lo vio sacar las ventosas de la bolsa y ponerlas sobre la encimera, ni llenar un recipiente con agua, dejándolo al lado. Sacó una esterilla de la bolsa y la desenrolló, colocándola sobre la isla. Era del tamaño justo, hecha a medida.

—Mascota, ven aquí —ordenó. La voz rasposa la sobresaltó, un oscuro gruñido que la hizo temblar. Se levantó sin dudarle. A él no le gustaba que titubeara. Caminó hasta él, mirando con los ojos muy abiertos lo que había extendido sobre la cocina, sin poder imaginar qué iba a hacerle con ello.

«O sí», se dijo, sintiendo que su útero se contraía de miedo y expectación.

Branden le dio un rápido beso en los labios y le ahuecó la barbilla con la mano.

—Buena chica —susurró. Su aprobación cayó sobre ella como una caricia, calentándole el corazón.

La cogió por la cintura y la alzó, sentándola sobre la isla. La empujó con suavidad hasta que se tumbó sobre la esterilla; era lo bastante gruesa como para evitarle la incomodidad y el frío del duro mármol que había bajo ella.

La isla era demasiado corta y su superficie no abarcaba todo su cuerpo. Con la cabeza colocada justo en un extremo, el otro llegaba a duras penas a la mitad de su culo, por lo que tuvo que izar las piernas y doblarse para apoyar los pies en el borde.

Sin decir nada, Branden manipuló las esquinas bajo sus pies y sacó una delgada y corta cadena de cada una, unidas a unas restricciones de cuero que le sujetó a los tobillos, obligándola a abrir las piernas.

—Qué... ¿qué vas a hacerme, Maestro? —preguntó, intrigada y cohibida al mismo tiempo. No podía apartar la mirada de las ventosas.

—Jugar, mascota. Vamos a jugar.

Las manos de Jailyn estaban aferradas al borde de la isla. Branden solo tuvo que sacar nuevas cadenas y restricciones para inmovilizarla con los brazos estirados a los lados de su hermoso y desnudo cuerpo. Después, le colocó en el cuello un grueso collar de cuero rígido, con una protuberancia en forma de L en la parte delantera, y lo abrochó. El saliente se fijó en su barbilla, inmovilizándole la cabeza. Podía girarla de un lado a otro, pero le era imposible mirar hacia abajo para poder ver lo que iba a hacer con su cuerpo.

—No sé si me gusta esto, Maestro —musitó, sintiéndose incómoda.

—¿Lo he apretado demasiado? Si no puedes respirar con normalidad, lo aflojaré un poco.

—No es eso. Es que... Me gusta ver lo que vas a hacerme, Maestro. Esto... es similar a estar con los ojos tapados, y no me gustó demasiado la experiencia.

Recordar aquella mano extraña tocándola, con el beneplácito de él, la sobrecogió. No le había dicho nada al respecto para no parecer una llorica, y porque sabía cuál sería su respuesta: si no quieres seguir, pronuncia tu palabra de seguridad y todo acabará.

—El misterio de lo que voy a hacerte, y dónde, aumentará tu excitación, mascota —contestó, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Te lo prometo.

Jailyn tragó saliva. La postura era un tanto incómoda, pero no hasta el punto de que fuese desagradable. Branden la miró durante un largo momento, deleitándose en su vulnerable desnudez. Era como una sacerdotisa ofrecida en el altar del sacrificio al dios del sexo. Ahuecó los pechos y acarició los pezones con los pulgares, provocando su reacción manifestada con un gemido ronco y el calor avivado en su pelvis. Branden se inclinó y tomó su boca en un apasionado beso, sin dejar de acariciarle los pechos y de jugar con los pezones, hasta que consiguió que el mundo empezara a girar.

—No recuerdo la última vez que disfruté tanto besando a alguien, mascota. Lo das todo siempre, ¿verdad?

Volvió a besarla, un beso dulce y profundo que se volvió agreste y posesivo cuando las llamas crepitaron incendiando su propio cuerpo. Cuando terminó, se quedó durante unos segundos mirándola con sorpresa, jadeando, como si hubiese descubierto algo nuevo que antes no estaba allí. Carraspeó, incómodo, y sacó una correa que pasó bajo sus pechos, sujetándola con firmeza a cada lado de la isla.

Jailyn se sintió, una vez más, confundida y atrapada por el extraño poder que tenía sobre ella.

—Empezaremos con los pezones —musitó Branden.

Agarró una de las ventosas, con forma de copa acampanada, y lo puso sobre el pecho izquierdo. El frío arrugó el pezón. Asintiendo satisfecho, acopló al extremo una especie de pistola que parecía de juguete y apretó la ventosa contra el pecho. Un único bombeo y jadeó de sorpresa: era como si alguien estuviese chupándole el seno con fuerza.

—¡Dios mío! —resolló. El pezón se le había hinchado, podía notarlo sin verlo, y punzaba dolorido. Branden se rio entre dientes y apretó de nuevo. La segunda succión rozó el dolor y ella luchó contra las restricciones, intentando soltarse para poder quitárselo. Era... tan intenso que no creyó poder soportarlo y dejó ir un sollozo angustiado.

—Suficiente —musitó Branden, desenganchando la pistola de la ventosa. El pezón en su interior había engordado y estaba enrojecido por la presión—. Vamos a por el siguiente.

Usó el mismo procedimiento, con precisión quirúrgica: colocó la ventosa, enganchó la pistola, apretó contra el pecho, y succionó dos veces.

La respiración de Jailyn estaba muy acelerada y notaba el corazón bombeando con fuerza. Sentía las tetas como si alguien las estuviera chupando constantemente con dureza, sin darle un respiro ni alivio. Era perturbador y excitante al mismo tiempo. Sintió los jugos de su coño resbalar entre los pliegues.

Branden se movió hacia allí. Jailyn tenía las piernas muy abiertas, el coño empapado expuesto a la vista, y, aunque forcejeó impulsivamente para juntar las rodillas, las restricciones se lo impidieron. Un gran temblor sacudió su cuerpo, su mente concentrada en una sola pregunta: ¿pensaba hacerle lo mismo *allí*? ¿Iba a ser tan cabrón?

Branden pasó los dedos entre los pliegues empapados. Las caderas femeninas se sacudieron por el contacto y, cuando él la penetró con dos dedos, apretó los dientes y dejó ir un tembloroso

gemido.

—Estás muy mojada —susurró, mirándola a la cara sin detener sus dedos, que entraban y salían con insoportable lentitud.

—Más, por favor, más —gimoteó ella al borde del llanto. La necesidad aumentaba a ritmo extenuante y quería que todo acabara, *necesitaba* llegar al orgasmo para que la tensión de su cuerpo, que parecía querer romperla en mil pedazos, desapareciera.

Bran dejó ir una risa entre dientes.

—Paciencia, pequeña mascota. Todo a su debido tiempo.

Branden cogió una de las ventosas de cristal, le encajó la bomba de vacío, y colocó el frío vidrio alrededor del clítoris, girándolo hasta que lo selló. Flexionó los dedos sobre la pistola y succionó.

—¡¡¡Aaaaah!!!

El grito de Jailyn fue brutal. Tensó los músculos como jamás antes había hecho, hasta el punto de que parecían ir a resquebrajarse; sacudió las caderas con dureza, levantándolas y golpeándose el trasero contra la mesa al bajarlas. Cerró los ojos con fuerza, poseída por el extraño terremoto que estaba sacudiendo todo su cuerpo. El clítoris le palpitaba encerrado dentro de la copa de cristal, y su errático y profundo latido se expandía por todo su cuerpo como una corriente eléctrica.

Resolló y lloriqueó, tirando de las restricciones. Quiso insultarle, exigirle que parara, que siguiera, que la llevara hasta la liberación, pero de su garganta solo podía salir un chillido agudo e intermitente, como si se estuviese ahogando. Branden le dio un golpecito a la copa, y el pálpito viajó hasta los pechos, también torturados.

—No... no puedo más —lloriqueó—, por favor, Maestro.

—Aguanta un poco más, mascota —le susurró con cariño Branden.

—Por favooooooooor... —gimoteó.

Branden se movió hasta su cabeza y le dio un beso en la frente.

—Un poco más, cielo. Te aseguro que vas a disfrutarlo.

De la bolsa, Branden sacó una caña y la sacudió ante sus ojos. La respiración de Jailyn se volvió tan errática como su pulso. La preocupación por aquel artilugio se unió a la excitación. ¿Qué iba a hacerle ahora? ¿Qué?

Branden la acarició con la punta de la caña. Empezó por el tobillo, subiendo por la pierna, rodeando la rodilla alzada y bajando por el muslo hasta el coño. Deslizó la punta alrededor de la copa y subió por el estómago y el torso, hasta llegar a los pechos, y volvió a bajar. El estómago tiritó, impotente, cuando se entretuvo allí unos segundos, trazando círculos alrededor del tembloroso ombligo.

Levantó la vara y le dio un golpe seco pero suave en el muslo. Jailyn se sobresaltó y el movimiento zarandeó las tazas, haciendo que el dolor viajara a través de su cuerpo como una ola, en andanadas. Branden volvió a golpear, en un muslo, en otro, por arriba, por abajo. Eran golpes suaves pero punzantes que enviaban destellos de dolor y placer a través de toda la piel.

Con lentitud, los ojos de Jailyn mostraron la vidriosa mirada de una sumisa demasiado abrumada por los estímulos, el placer, y las endorfinas. Todo el mundo había desaparecido, no existía nada más que su cuerpo y las sensaciones que viajaban raudas como naves espaciales por el hiperespacio. Flotaba en un lugar lejos de la realidad en el que el dolor que le producían los rítmicos golpes con la caña se fundieron con el palpar angustioso de las ventosas, y envolvían la pulsante necesidad atornillada en su útero. Quería correrse, necesitaba correrse, o moriría allí mismo de un infarto.

Pero Branden no le dio cuartel. Sacó un consolador de la bolsa, lo untó con los propios jugos femeninos, y la penetró.

—¡¡Aaaahhhh!!

Jailyn tomó conciencia de nuevo cuando cada terminación nerviosa de su canal volvió a la vida con aquella invasión. Su cuerpo convulsionó y se sacudió, tirando de las restricciones, y su boca maldijo en murmullos incoherentes, sin fuerzas para vocalizar. El consolador presionaba la piel alrededor del clítoris, la vagina le palpitaba con dureza y cada latido la llevaba más y más cerca de correrse.

—Recuerda, mascota —la voz de Branden perforó su conciencia y se introdujo en su mente como una serpiente—, no tienes permiso para correrte.

Con la caña, rodeó un pecho alrededor de la ventosa que hacía pulsar los pezones, y dio un azote en un lado. Jailyn gritó. Branden volvió a golpear y a acariciar con la punta de la vara. Como un aguijón emponzoñado, cada azote se hacía eco por todo su cuerpo, picando, mordiendo, lanzándola de cabeza a una espiral eterna de dolor y placer. Con cada temblor, con cada sacudida, el consolador en su vagina parecía presionar más la piel alrededor de su clítoris. Estaba a punto, tan a punto, pero el final parecía tan inalcanzable como las mismas estrellas.

—Paciencia, mascota, esto está a punto de terminar. Solo aguanta un poco más. No te puedes ni imaginar cuánto me complaces, pequeña.

Jailyn lo miró con los ojos vidriosos, sin entender del todo qué era lo que le estaba diciendo. Todo su mundo era lo que sentía en su cuerpo, y la necesidad agotadora de culminar aquella tortura.

Branden le liberó los pechos de las ventosas, al igual que le quitó el del clítoris. Afloró las ligaduras que la mantenían restringida y la cogió. Subió las escaleras con una Jailyn llorosa en brazos, hasta llegar al dormitorio. La dejó con suavidad en el centro de la cama y le amarró las muñecas, que conservaban los grilletes de cuero, en el cabecero de la cama.

Branden le ahuecó los pechos con las manos y acarició las puntas torturadas con los pulgares. Estaban duros e hinchados, mucho más grandes de lo normal.

—Preciosos... —susurró. Incluyó la cabeza y la besó muy despacio, poseyéndola con la lengua con tanta intensidad como las manos poseían sus senos doloridos.

Jailyn estaba fuera de sí, en un estado extraño como si se hubiese emborrachado, pero no había bebido nada. Era la intensidad de lo vivido que había alterado completamente la percepción de la realidad, nublando su mente hasta el punto de ser incapaz de pensar racionalmente. Solo quería seguir sintiendo y, cuando él se apartó, gimoteó de decepción.

Branden se desnudó con rapidez. Estaba casi tan necesitado como ella. La respuesta de Jailyn siempre lo sorprendía hasta el punto de maravillarlo. Su entrega, la confianza que le entregaba, su capacidad para convertir en placer cualquier estímulo que él provocara, hacía que quisiese ponerse de rodillas ante ella y adorarla como a una diosa. Jamás había tenido en sus manos a una sumisa como ella. Ninguna se le acercaba ni a la suela de los zapatos. Y un extraño terremoto sacudió su mente cuando una voz le gritó alto y claro: «La quieres solo para ti».

Lo apartó, luchando contra la necesidad de gritarlo en alto, y se obligó a concentrarse en lo que tenía entre manos: el magnífico y excitado cuerpo de Jailyn.

Le puso una almohada bajo el trasero, para levantarlo, y le abrió las piernas, separándole las rodillas con suavidad. Jailyn no dijo nada. En sus manos, era como arcilla maleable dispuesta a dejarse modelar. El coño empapado estuvo a su vista, con el clítoris hinchado. Pasó las manos por los muslos hasta el borde del expuesto coño. Los pulgares tiraron de los labios para abrirlos más. Se agachó, y su lengua se deslizó a través de los pliegues, bailando, trazando caminos

alrededor de la entrada hasta moverse hacia el enorme y necesitado clítoris para tomarlo con la boca y chupar.

Jailyn gritó, pero su alarido fue ronco y apagado. Branden chupó y torturó el clítoris y ella no pudo hacer otra cosa que aguantar y aguantar porque no tenía permiso para correrse. Hasta que, con voz igualmente ronca y el aliento caliente rozando su coño, Branden le ordenó:

—Córrete.

El placer devastador explotó como una detonación termonuclear. Arrasó su cuerpo y su mente. Levantó las caderas, convulsionando sin control, haciendo tintinear la cadena en la que tenía presos los brazos. Gimió y jadeo sin control. Maldijo entre dientes, suplicó, alabó a Dios y lloriqueó. Mientras, Branden seguía torturándole el clítoris, chupándolo como un niño sorbe un caramelo, lamiéndolo como si la vida le fuese en ello, enviando ola tras ola de placer reverberando a través de todo su sistema nervioso.

Fue agotador. Fue milagroso. Fue el mejor orgasmo que Jailyn había tenido en toda su puñetera vida.

Cuando Branden tuvo piedad y dejó de atormentarla, el orgasmo fue perdiendo intensidad hasta que solo quedaron ligeras olas, como la resaca de una gran tormenta. El corazón le latía con tanta violencia que pensó que se partiría en dos, le dolían la garganta, los pulmones y los muslos donde él la había golpeado, y notó el sudor cubriéndole cada rincón de su piel. Cerró los ojos, dejándose llevar por el cansancio, hasta que el ruido del envoltorio de un condón al romperse la volvió a la realidad.

—Ahora voy a follarte, mascota —anunció Branden volviendo a la cama, posicionándose sobre ella para quedar rostro contra rostro—. ¿Te he dicho alguna vez lo hermosa que te ves cuando te corres? —le preguntó.

—N... no. Creo que no.

—Pues debería haberlo hecho.

La polla de Branden tanteó la abertura y él la ayudó con una mano. La penetró con un constante empuje, implacable y decidido. Ella estaba muy mojada, pero el coño apretaba contra la intrusión, presionando alrededor de la polla. Se sentía tan bien, todo aquel calor y humedad, era como un regalo. Como llegar a casa por fin después de un largo y duro día de trabajo.

Branden apretó la mandíbula y se retiró un poco. Volvió a empujar. Empezó el vaivén y la fricción acariciando cada pliegue enviaba chispas de electricidad a través de la piel femenina.

No iba a correrse otra vez, era imposible que pudiera hacerlo, pensó, pero su cuerpo le estaba dando muestras de lo contrario.

La polla presionó contra el clítoris y este palpitó con creciente deseo. Jailyn, de manera inconsciente, contoneó las caderas. Branden se dejó caer hacia adelante para inmovilizarla con su peso. Su torso presionó y aplastó los pechos. LE besó la mandíbula, le torturó la oreja con la lengua, una mano se apoderó de un pecho y pellizcó el pezón; sin dejar nunca el martilleo constante de sus caderas contra el mojado coño, haciendo que su polla entrara y saliera, entrara y saliera, acariciando cada pequeña porción de piel sensible de su interior.

—Eres preciosa y salvaje —le murmuró al oído, antes de mordisquearle con suavidad el lóbulo. Aguijonazos de placer corrieron por sus venas—. Cada día me sorprendes y me maravillas. —Una mano se deslizó entre los cuerpos hasta llegar a sus pliegues y empezó a acariciarla, estimulándola de nuevo—. Tu rostro contraído por el placer, es el más hermoso que he visto nunca. —Pellizcó el clítoris mientras su gruesa polla se impulsaba dentro del coño y Jailyn dejó ir un jadeo de sorpresa. La necesidad de correrse empezaba a pulsar otra vez.

La carne hinchada engordó, tan tensa y sensible que gemía con cada roce de la polla y de los

dedos.

—Por favor... —gimoteó. Necesitaba correrse de nuevo. Estaba agotada, pero su cuerpo respondía a cada estímulo sin importarle su estado—. Por favor, Maestro, no puedo más...

Branden se movió ligeramente para poder acceder a un pecho. Se apoderó de él con la boca, chupó y amasó, torturó y lamió, sin dejar de empujar en su interior, intentando mantener el control que estaba a punto de perder. Era tan deliciosa, tan absolutamente fantástica en la cama y fuera de ella...

Ambos jadeaban, gemían y temblaban. Sus cuerpos estaban empapados por el sudor. Branden buscó su boca con ansia, y la besó con una pasión y una fuerza que jamás había sentido. Bebió de ella, se alimentó de ella, se aferró a ella mientras ambos estallaban al unísono en una orgía de placer compartido que los lanzó hacia un volcán en erupción que escupía placer y calor, haciendo que sus cuerpos convulsionaran sin control, que chocaran el uno contra el otro hasta fusionarse en uno solo y colapsar.

Cuando el orgasmo remitió se quedaron quietos, jadeando por la sorpresa. La intensidad de sus emociones los había vuelto a sorprender y no estaban preparados para enfrentarse a ello.

Branden se dejó caer a un lado, liberó sus brazos y la acurrucó contra su cuerpo. Esperó en silencio hasta que ella se hubo dormido y solo entonces, renuente, abandonó aquella cama para irse a dormir a la suya.

El corazón le dolió y la soledad del dormitorio cayó sobre él como una losa. Pero era un hombre fuerte que no se dejaba llevar por los sentimientos, así que apartó la amargura de un manotazo y se durmió. De noche, sumido en pleno sueño, sus brazos buscaron el cuerpo caliente de Jailyn pero solo encontraron las sábanas vacías.

## Capítulo doce

Jailyn estaba tumbada tomando el sol en el embarcadero. El día había nacido soleado y luminoso, y el cielo estaba teñido de un azul precioso e inmaculado, sin nubes estropeándolo. Se había traído una de las tumbonas que había en el porche para estar cómoda, y estaba en ella, con el cuerpo untado en crema solar, disfrutando del relax e intentando no pensar demasiado en cuál sería la sorpresa que Branden le tendría preparada para la tarde.

Ya no se sentía incómoda al andar desnuda durante todo el día. Se había convertido en algo natural, y estaba segura de que le costaría volver al antiguo hábito de tener que vestirse. Se rió por lo bajo cuando se imaginó yendo al trabajo desnuda; las caras de sus compañeros de oficina serían antológicas, para echarles una foto y enmarcarla.

Suspiró. Branden había salido a correr y estaba trotando por la orilla del lago, sin alejarse demasiado. Si giraba el rostro podría verlo, con su pantalón de chandal de diseño y sus zapatillas caras, sudando la gota gorda mientras hacía ejercicio. Era un buen espectáculo, sobre todo porque iba con el torso desnudo y los músculos en tensión se marcaban bajo la piel convirtiéndolo en un espectáculo delicioso para cualquier mirada femenina. Se ganaría bien la vida como stripper masculino, pensó, soñolienta.

El ruido de un motor la alarmó. Levantó la cabeza, inquieta, y vio una lancha acercándose. ¿Quién porras sería? Si seguía navegando en esa dirección sin virar ni cambiar de rumbo, pasaría demasiado cerca de su posición. Tan cerca que podría verle hasta los poros. Por no decir todo lo demás, ¡que estaba desnuda! Se levantó y corrió hacia la cabaña, para encerrarse dentro. Que una cosa era estar en porretas delante de Branden, y otra muy distinta, estarlo delante de cualquier desconocido.

Se asomó a la ventana. El miedo a que la viesen desnuda no le quitó la curiosidad. La lancha se había acercado al embarcadero y un tío que le resultó vagamente familiar, descendió de ella y la amarró.

Branden se acercaba por la orilla del lago, y el extraño caminó a su encuentro. Fue evidente que se conocían, en la manera en que se saludaron y se palmearon las espaldas. Colegas de juerga, seguro, se dijo. ¿Qué otra cosa podía ser si conocía aquella cabaña? No es que Branden la utilizase para hacer reuniones con otros abogados...

Después de saludarse con efusividad, ambos hombres caminaron en dirección a la cabaña.

—¡Joder! —exclamó Jailyn. Acababa de reconocer al tío. Era el Dom intensito que se llevó a Kendra cuando estuvieron en el Taboo—. Me cago en la leche.

Subió corriendo las escaleras. ¡Lo que le faltaba ya! Que otro se uniera a la fiesta. ¿Es que Branden quería matarla, o qué? Se metió en su dormitorio y se quedó allí durante unos segundos, removiéndose inquieta y pensando en qué hacer. Desde luego, si Branden esperaba que anduviera en pelotas delante de ese, iba a llevarse una sorpresa. No tenía ropa que ponerse, pero era una chica creativa que había visto muchas comedias románticas y, ¿qué se ponían las chicas cuando se levantaban de la cama en pelota picada, después de un buen polvo? Exacto. Arrancaban la sábana de un tirón y se la enrollaban cual toga romana.

Y eso hizo ella. Salió del cuarto agarrándose la sábana por encima del pecho, medio arrastrándola por el suelo, y caminó de puntillas hasta el inicio de la escalera para sentarse en el suelo, como una niña traviesa, dispuesta a escuchar la conversación de los adultos.



—¿Crees que está preparada para lo que tienes en mente? —preguntó el extraño.

—Ahora lo descubriremos. ¡Jailyn! —la llamó—. ¡Baja!

Jailyn resopló desde su escondite. En alguna parte recóndita esperaba que aquella visita fuese algo casual, pero empezaba a temer que estaba bien planeada. Bajó, por supuesto. No tenía más remedio, pero lo hizo a disgusto, con la extraña premonición de que todo iba a terminar en breves momentos.

Los ojos del extraño, de un verde intenso, la miraron con disgusto cuando la vio aparecer tapada como una monja con la sábana. Branden ahogó una risa, que transformó en un carraspeo para disimular. Bueno, por lo menos, su pequeña rebelión le había hecho gracia en lugar de molestarlo.

—¿Qué haces tapada con una sábana, mascota? —le preguntó el desconocido, mirándola como si fuese una ofensa.

—¿Tú qué crees? —le espetó, irguiendo la espalda con orgullo. Desde luego, no se iba a dejar amedrentar por él—. No tengo costumbre de andar en pelotas delante de extraños.

El hombre se quedó con la boca abierta, y Jailyn sintió una punzada de satisfacción. Estaba claro que el tío no estaba acostumbrado a ese tipo de respuestas.

—Kerr, te presento a Jailyn —intervino Branden, con la diversión bailándole en los ojos y en las comisuras de los labios. Palmeó en la espalda a su amigo.— Jailyn, este es el Amo Kerr, mi mejor amigo.

—Lo conozco —contestó ella, alargando la mano para estrechársela. Kerr la ignoró, y le pareció uno de los tíos más estúpidos con los que se había topado—. ¿Le enviaste tú, en el Taboo, para que se llevara a Kendra? —le espetó a Branden de sopetón—. Sí, ¿verdad? Lo hiciste para que me quedara sola y poder abordarme con tranquilidad.

—Vaya, así que tu mascota tiene algo de inteligencia, aunque no lo parezca a primera vista —se burló Kerr, esperando la reacción de Branden, pero este no tuvo tiempo para hablar porque Jailyn lo interrumpió antes de que empezara.

—¿Qué? ¡Por supuesto que soy inteligente! ¿Qué te esperabas? ¿Una mongola, o qué?

—Me esperaba a una sumisa obediente que espera a su Maestro como debe ser, desnuda, y no enrollada en una sábana como un universitario en plena borrachera.

Jailyn miró a Branden, que todavía no se había pronunciado.

—¿Esperabas que me quedara en pelotas delante de este? Tú no estás bien.

Negó con la cabeza, decepcionada. Se giró y empezó a subir las escaleras, con la intención de dejarlos solos. Si el tío ese se quedaba, ella se encerraría en su habitación y no saldría. Disfrutaba de todo lo que Branden le hacía, pero había ciertos límites que no pensaba cruzar, y uno de ellos, es andar desnuda delante de otros hombres.

Branden subió detrás de ella y la alcanzó en la puerta del dormitorio, con la mano en el pomo.

—Jailyn, quítate la sábana y baja.

—Ni lo sueñes —contestó, fulminándolo con la mirada—. ¿Te has vuelto loco?

Branden se acercó a ella hasta que sus cuerpos estuvieron pegados. Se irguió, y le pareció más grande e intimidante que nunca.

—¿Acaso quieres pronunciar tu palabra de seguridad, mascota?

Pero Jailyn no había sido nunca una cobarde, ni se dejaba amilanar si no le apetecía. Y, en aquel momento, no le apetecía nada.

—¿Acaso tú quieres que la pronuncie? ¿Por una gilipollez como esta? Tengo unos límites que no pienso cruzar, Branden, y uno de ellos es ponerme en pelotas delante de un tío que ha

follado con mi amiga Kendra.

De repente, recordó la mano extraña que la tocó cuando él la dejó atada y con los ojos vendados. ¿Acaso sería suya esa mano? «Joder, joder, joder, si fue él... vaya mierda».

—Pero, ¿qué importancia tiene con quién ha follado Kerr? Da igual lo que en el pasado hiciese o dejase de hacer con tu amiga. Estamos aquí, ahora, y tu Maestro te está dando una orden.

—Puede que a ti te dé igual, pero a mí, no. —Branden parecía entre confuso y enfadado con ella. Si insistía, se vería obligada a pronunciar su palabra de seguridad porque de ninguna de las maneras rompería la promesa que Kendra y ella se hicieron en la universidad. No quería que todo terminase en aquel momento y de esa manera; les quedaban tres días por delante y quería disfrutarlos. Pero si él insistía...—. ¿Qué planes tenías? ¿Por qué está aquí?

Branden se pasó una mano por el pelo. Desde luego, no esperaba que la cosa se torciera de esta manera. Sus planes eran sencillos, y había estado convencido de que no representarían un problema para Jailyn, que había disfrutado a conciencia de cada experiencia que le proporcionaba. Pero parecía que esta vez no iba a ser así, y tendría que decidir si comportarse como un Dom y presionarla hasta que aceptase lo que tenía en mente o pronunciase su palabra de seguridad, o aceptar su tajante negativa sin que hubiese consecuencias.

—Kerr fue quien nos trajo en avioneta desde Nueva York, y teníamos pensado follarte los dos a la vez.

—¿Qué?! Ni de coña.

—Piénsatelo bien.

—Mira, no hay nada que pensar. Si fuese cualquier otro tío, cualquiera que no hubiese follado con Kendra, me lo pensaría. Hasta puede que acabase aceptando. Pero no con él. Con él, jamás.

—¿Por qué? ¿Tan mal lo hizo con tu amiga? —Recurrió al sarcasmo para no evidenciar lo molesta que resultaba aquella situación. No había previsto que pudiera negarse en redondo. ¿Mostrarse reticente? Sí. ¿Que tendría que esforzarse por convencerla? También. Pero no creyó que tendría que enfrentarse a una negativa tan tajante.

—En serio, los tíos todo lo reducís a la mínima expresión —suspiró, cansada de la discusión—. No tiene nada que ver con eso. Kendra y yo tenemos un pacto de amigas desde la universidad, y no pienso romperlo.

—¿Pacto? ¿Qué clase de pacto podéis tener que te impida follar con Kerr?

Branden cada vez entendía menos qué estaba pasando.

—Joder, chico, creo que está bastante claro: tenemos el pacto de no follarnos a los tíos que ya se haya follado la otra. Así de simple. Por eso tu amigo está fuera. Lo siento, pero no voy a aceptar hacer un trío con él, ni por todo el oro del mundo.

Branden se quedó pensativo un momento. Era un pacto de amistad, eso sí podía entenderlo, y cumplirlo a pesar de todo era algo que honraba a Jailyn. No podía enfadarse por eso. Al contrario, de alguna manera extraña y misteriosa, se sintió orgulloso de ella.

—Espera aquí un segundo —le dijo. Se metió en su dormitorio y salió al cabo de unos minutos, con una camiseta enorme y un bikini de mujer que había pertenecido a Georgia y que se había quedado allí olvidado. Se lo tendió con una sonrisa—. Ponte esto. Yo voy a hablar con Kerr. Y no te preocupes, comprendo y acepto tu decisión, y no voy a forzarte a pronunciar tu palabra de seguridad.

Jailyn respiró aliviada mientras lo observaba bajar las escaleras. Había esperado tener que enfrentarse a un Branden intenso y dominante, obcecado con obligarla a obedecer hasta el punto

en que se viese forzada a terminar con todo; pero se había encontrado con un hombre comprensivo que la había escuchado y terminado cediendo.

«Te estás pillando demasiado por él, Jailyn —se dijo—, y vas a acabar con el corazón aplastado por una apisonadora».

—Hay un problema.

Kerr estaba apoyado en la isla de la cocina, con una taza de café en la mano. Se giró hacia Branden y dejó ir una risa entre dientes. A veces, este muchacho tenía una especial habilidad para resaltar lo obvio. No había que ser muy listo para darse cuenta de que algo no iba bien después de la estampida con que Jailyn había abandonado la cocina.

—Me he dado cuenta. Te dije que no estaba preparada.

—No se trata de eso. —Branden caminó hacia la encimera y se sirvió una taza de café. Kerr le siguió con la mirada, esperando—. Te follaste a su amiga Kendra.

—¿Y qué importancia tiene? Me he follado a muchas tías.

—Sí, pero esta es su amiga y por eso no te quiere como tercera parte en un trío.

Kerr parpadeó, sorprendido. Esto sí que no se lo esperaba. Había muchas sumisas a las que no les gustaba ser folladas por dos tíos, cuestión de gustos y límites; pero que una se negara porque uno de los Doms se hubiera follado a otra...

—No acabo de entenderlo.

—Tienen un pacto de amistad entre ellas, nada de follarse o enrollarse con un tío que antes ha estado con la otra. Y tú estuviste con Kendra. Jailyn dice que no piensa romper el pacto por nada. Su amistad es más importante que cualquier otra cosa.

Kerr asintió y dio un sorbo al café antes de hablar.

—¿Vas a obligarla a pronunciar su palabra?

—No, nada de eso. Comprendo sus motivos, tío, y los respeto. No sería justo presionarla hasta que se viera obligada a terminar nuestro pacto.

—¿No sería justo, o no quieres que lo haga? —preguntó Kerr en un tono insidioso. Había captado algo en su amigo que le divertía, aunque él no parecía haberse dado cuenta. O, quizá, es que se negaba a pensar en ello. Un tono de alivio escondido detrás de la justificación, como si a Branden tampoco le gustara la idea de compartir su sumisa. No era abiertamente posesivo con ella, pero...

—Así que me quedo sin follar. Días perdidos esperando —suspiró, intentando dar un tono algo dramático a su afirmación.

—Mira, comprendo que no te guste la idea —contestó Branden con irritación mal contenida—, y siento haberte hecho esperar para nada. Pero es lo que hay.

—No te agobies, tío. —Soltó una carcajada y dejó la taza sobre la isla. «Colega, esta sub te importa más de lo que estás dispuesto a admitir», pensó—. No importa. Habíamos decidido pasar la mañana pescando, ¿no? Por eso me he traído la lancha y he comprado cebo. Pues hagámoslo y pasemos un día cojonudo y tranquilo. ¿Te parece?

—¿No te importa?

—¡Por supuesto que no! Aunque, ¿puedo preguntarte algo antes?

—¿El qué?

—¿Qué tiene de especial esta chica para ti?

—¿De especial? —Branden se hizo el loco, aunque la pregunta le caló. ¿Qué tenía de especial Jailyn? Nada... y todo—. Nada de nada. ¿Por qué preguntas esa gilipollez?

—Porque si fuese otra tía no aceptarías su negativa; presionarías hasta conseguir lo que quieres y todo lo demás no te importaría una mierda.

—No sé qué concepto tienes de mí, pero estás equivocado —refunfuñó Branden, molesto por aquella afirmación. No porque fuese falsa, sino porque ponía el dedo en la llaga. Él mismo se lo preguntaba y no acababa de encontrar la respuesta adecuada—. Entiendo qué es la amistad, y valoro y respeto mucho a las personas que le dan la misma importancia que yo.

—Sí, claro, lo que tú digas, tío. Será eso.

A Branden no le gustó la condescendencia que supuraban sus palabras. Fue como darle la razón del tonto, cuando sabes que no vale la pena discutir porque el otro no va a bajarse del burro ni a tortas. Lo miró con los ojos entrecerrados y se llevó la taza de café a la boca. Todavía estaba caliente y le entró bien, atemperando su frustración. «No preguntes, no preguntes», se dijo, porque en su fuero interno sabía que la respuesta no iba a gustarle nada. Pero no pudo evitarlo. ¿Se le habría pegado la curiosidad de Jailyn?

—¿Qué es lo que estás insinuando?

—Que la chica te importa más de lo que estás dispuesto a admitir.

Bum. Ahí estaba lo que no quería oír. Porque no entraba en sus planes enamorarse de una chica normal. Sus planes pasaban por buscar a una chica de una familia importante y usarla para escalar socialmente. Ese era su plan desde que había llegado a Nueva York y se había dado cuenta de que tenía posibilidades. Era un abogado de renombre que trabajaba para el despacho más importante de la ciudad, ganaba dinero a espuestas, era guapo, interesante, y tenía facilidad con las mujeres, que apreciaban la seguridad en sí mismo, su elegancia natural y la buena planta. Por no hablar de su destreza en la cama. Lo de Georgia había sido un tropiezo sin importancia. Encontraría a otra en cuanto se pusiese a buscarla. Por qué no lo había hecho aún, era un misterio en el que no quería profundizar demasiado, y se decía que solo se había dado tiempo para recuperarse del batacazo emocional. Como si realmente hubiese llegado a sentir algo por ella, cosa que era una mentira como una catedral.

—No digas tonterías —refunfuñó—. Estás mal de la cabeza.

—Ya, será eso.

Branden iba a replicar de nuevo, pero se calló cuando vio aparecer los pies de Jailyn en lo alto de la escalera. ¿Habría oído su conversación? Si era así, ella podría pensar lo que no era. No quería que se hiciese ilusiones en cuanto a él. Se puso serio y algo en su interior se rebeló pero aplacó aquel sentimiento empujándolo hacia el fondo de su mente.

—Sólo es una sumisa más, otra de tantas —soltó, imbuyendo de desdén sus palabras a propósito. Quería que ella lo oyera—. No tiene más importancia.

Jailyn lo oyó. Sus pies vacilaron durante unos segundos, como si alguien le hubiese dado una bofetada, pero se llenó de valor y siguió bajando. No eran aquellas palabras las que le hubiese gustado escuchar, pero no podía sorprenderse. Branden Ware no era de los que se enamoran, se lo había dicho muchas veces, así que no había sorpresa; aunque sí una punzada de dolor.

Compuso su mejor sonrisa para enmascarar la desazón y bajó las escaleras con alegría. Ambos hombres estaban en la parte de la cocina y se dirigió hacia ellos.

—Es una pena que no quieras montártelo con los dos —dijo Kerr en cuanto la vio—. No sabes lo que te pierdes.

—Podré vivir con ello, no te preocupes. Tampoco creo que me pierda la gran cosa —contestó, mordaz.

—Vaya, la chica de la camiseta tiene garras. —Kerr lanzó una carcajada—. Me gusta.

Jailyn también se rió. Aquella risa rompió la tensión que parecía acumulada en el aire y se

sintió aliviada.

—Tengo garras y sé usarlas —afirmó ella.

—Me encantaría que las usases para arañarme la espalda —se insinuó Kerr, ofreciéndole su mirada más seductora. Era un juego, nada más, pero resultó más divertido de lo que esperaba cuando Branden se tensó e intervino. El tío estaba celoso.

—Ya ha dejado claro que eso no va a suceder —gruñó. Se giró hacia Jailyne—. Vamos a salir a pescar. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. —Jailyne entrecerró los ojos y miró a uno y a otro—. Siempre y cuando no sea una encerrona. ¿Estáis planeando algo que no va a gustarme?

—En absoluto —se apresuró a contestar Kerr, dejando a Branden con la boca abierta sin haber logrado pronunciar palabra—. Nada de encerronas, ni de sexo. Solo pesca y charla inocua.

Jailyne miró a Branden, esperando que confirmara aquella afirmación. Se sintió extrañamente reconfortado. Era en él en quien confiaba, y a él acudía para asegurarse de que Kerr no mentía.

—Te doy mi palabra —dijo, y la sonrisa llena de confianza que Jailyne le ofreció, le llenó el corazón.

—De acuerdo. ¿Apostamos a quién pesca más? —los retó, con una sonrisa de suficiencia que mosqueó un poco a Branden—. El que gane, no tendrá que limpiar los peces, ni cocinarlos.

—Acepto el reto —aceptó Kerr—. ¿Branden?

—Vale —se conformó este, aunque algo le dijo que allí había gato encerrado. La mirada satisfecha de su mascota presagiaba una gran victoria por su parte.

Kerr había alquilado la barca a motor y las cañas de pescar, y había comprado cebo suficiente para todo el día. Embarcaron entre risas, dispuestos a pasar una típica mañana en el lago. El día era espléndido y lo pasaron bien, entre charlas, risas y bromas. Kerr resultó ser muy divertido a pesar de su aspecto severo y sus pintas de militar. Charlando, descubrió que lo había sido y que ahora trabajaba en una compañía privada. No le contó demasiado, pero Jailyne no era tonta y empezó a sospechar que hacía «trabajos especiales» para el gobierno, de esos a los que no podían enviar tropas oficiales. Cuando el calor apretó y se quitó la camiseta, pudo ver varias cicatrices en su espalda y torso.

—¿Cómo te hiciste eso? —no pudo evitar preguntar. Nunca había visto tantas cicatrices.

—Recuerdos de la guerra —contestó él, girándose para mostrárselas como un pavo real muestra su cola multicolor—. ¿Quieres tocarlas?

—Ni por todo el oro del mundo, gracias —refunfuñó ella, volviendo su atención a la caña. Acababa de picar un pez.

Kerr lanzó una risa sorda y miró a Branden de reojo. Este parecía enfurruñado. Sujetaba la caña con tanta fuerza que las manos casi le temblaban. O quizá era por el esfuerzo que hacía por no saltar sobre él. Sí, Branden Ware se había pillado de su sumisa, aunque no quisiera reconocerlo. «Será interesante saber cómo sigue la historia cuando ambos vuelvan a la civilización», se dijo.

Cerca de la orilla, escondido entre unos matorrales, unos prismáticos los observaba. El hombre detrás de los cristales de aumento refunfuñó bastantes «joder» y «vaya mierda», porque con la presencia del nuevo jugador, la cosa se complicaba para él. Además, hacía un rato que había recibido una llamada de su trabajo. Su jefe estaba muy enfadado y lo había amenazado con el despido si no se ponía las pilas y entregaba el nuevo proyecto en una semana. «Por muy genio que seas, irás a la puta calle, figura», le había dicho con su habitual mala hostia. Porque le cliente

estaba hasta los huevos de sus tonterías y sus excusas.

Tenía que volver, no le quedaba más remedio. No podía permitirse el lujo de perder este trabajo. En el fondo, era un chollo porque le permitía trabajar desde casa casi todos los días, y así, podía vigilar a su chica.

Su chica, que había resultado ser una guarra a la que le gustaba que le diesen caña.

«Voy a darte toda la caña que quieras, nena», se dijo para sus adentros. En cuanto encontrara el valor suficiente para poner en marcha su plan.

Se arrastró hacia atrás hasta que volvió a la seguridad del bosque. Solo allí se atrevió a levantarse con la seguridad de que no lo verían desde la barca. El nuevo le daba mala espina, parecía tener mirada de halcón y lo había sorprendido varias veces mirando hacia su posición, como si intuyera que allí había alguien observándolos en secreto.

«Imaginaciones tuyas», se dijo para controlar el nerviosismo.

Caminó por el bosque durante unos minutos hasta que llegó a su coche, escondido a medio camino entre la cabaña y la carretera. Se metió dentro, guardó los prismáticos en la guantera y sacó el móvil de su bolsillo. Lo miró con una sonrisa torva curvándole los labios. Si la gente supiera la cantidad de cosas que un genio de la informática como él puede hacer con este trasto, se dijo, los tirarían a la basura. Como tener controladas a las personas que te interesan, y saber su localización exacta en todo momento.

—No puedes esconderte de mí, pequeña — le dijo al aire, dejando ir una risa sorda que a cualquiera le hubiese puesto los pelos de punta. Si alguien lo hubiese escuchado.

Arrancó el coche y, con cuidado, se incorporó al camino que lo llevaría hasta la carretera. Tenía que irse, pero había visto más que suficiente para saber qué le gustaba a la zorra de Jai, y tenía material grabado más que suficiente para pajearse hasta volver a tenerla al alcance de la mano.

Porque estaba convencido de que pronto la tendría en sus manos para poder follársela. Solo tenía que decidir cómo hacerlo. ¿Quizá usar las grabaciones para hacerle chantaje y obligarla a dejarse follar por él? Era una opción. O, quizá, hacer como ese mastuerzo: secuestrarla y llevársela lejos. La muy puta parecía contenta con la situación.

Aferró el volante con rabia y se incorporó a la carretera. No quiso ni pensar en lo que significaba la aparición del nuevo tío, aunque en su cabeza se lamentó no poder estar ahí para averiguarlo.

Desde la barca, Kerr alzó la cabeza y miró hacia el bosque. Tenía el oído fino, y estaba acostumbrado a «leer» en el aire cualquier cualquier sonido extraño de su entorno. Era una habilidad que le había mantenido a salvo durante todos sus años de servicio.

Todo parecía normal, excepto por una ligera reverberación parecida al motor de un coche. Aguzó la vista y, a lo lejos, vio una bandada de pájaros abandonando el seguro refugio de los árboles, como si algo los hubiera molestado.

—¿Hay algún otro camino cerca, además del que lleva a la cabaña? —preguntó a Branden.

—No, —contestó este mientras miraba a Jailyne sacar del agua su séptima pieza. ¿Cómo cojones lo hacía? Entre Kerr y él, solo habían conseguido tres—. En esta zona, cada casa tiene su propio camino que enlaza con la carretera principal. ¿Por qué?

—Me ha parecido oír el motor de un coche.

—¿Tu súper oído entrando en acción? —se medio burló—. Relájate, tío. No es bueno estar siempre tan tenso. Habrá pasado algún coche por la carretera.

—Será eso —pareció conformarse, pero no lo hizo. Tendría que investigar.

Más tarde, a Kerr le tocó limpiar el pescado y a Branden, cocinarlo, mientras Jailyln los miraba, relajada en una de las tumbonas. Había ganado la apuesta; en realidad, había barrido el suelo con ellos.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Kerr. Se rascó la nariz y se la manchó con restos de tripas. A Jailyln le pareció divertido y soltó una carcajada antes de pasarle una servilleta de papel para que se limpiara.

—Mi padre me enseñó a pescar con cinco años —explicó—. Cada domingo por la mañana, cogíamos su barca y nos íbamos mar adentro. Después, mamá cocinaba lo que habíamos pescado y repartía el resto entre los vecinos.

—Nos has dado una paliza —refunfuñó Branden. El pescado chisporroteó en la barbacoa.

—Eso os pasa por confiados. Pero no os sintáis humillados, —dijo con suficiencia, haciendo revolotear la mano en el aire como una reina—. Al fin y al cabo, habéis perdido con la ganadora absoluta del concurso de pesca anual de South Beach, en todas sus categorías, durante ocho años. Claro que, si no me hubieseis subestimado, vuestra derrota no sería tan humillante y vergonzosa —añadió con inquina.

—No te pases, mascota —la advirtió Branden, con un brillo en los ojos que presagiaba venganza.

—Ni se te ocurra utilizar esto como excusa para castigarme con tus torturas sexuales, Branden —contestó ella, deseando en el fondo que sí lo hiciera.

—No será delante de mí —intervino Kerr, lanzando el último pescado en el cubo—. Tenía planeado pasar el día con vosotros y eso no va a cambiar. Si queréis follar, os aguantáis las ganas porque pienso pasar la noche aquí.

—¿Vengándote porque no he accedido a hacer un trío contigo? —se rió Jailyln. Era curioso el grado de confianza para hablar de cualquier cosa delante de ellos dos que había logrado en pocas horas. Kerr le había parecido muy intimidante al principio, y lo seguía siendo, pero cuando salía de su papel de Dom también era un hombre divertido al que le gustaba bromear.

—Tómatalo como quieras. Voy a ser vuestra vela durante el resto del día. —Se levantó y cogió el cubo—. Voy a meter esto en el congelador; sería una pena que se estropeasen. Espero que no aprovechéis mi corta ausencia para hacer manitas, pareja, porque lo tomaré como una invitación y tendréis que lidiar con mi polla sí o sí, ¿entendido?

Jailyln miró a Branden con los ojos y la boca abiertos, esperando que replicara, pero este se limitó a soltar una risa mientras le devolvía la mirada con un brillo de perversidad en el fondo de los iris, como si estuviera tentado de provocar aquella situación.

—Ni se te ocurra —le siseó, alarmada. Branden se rió todavía más.

Pasaron el resto del día en calma, charlando animadamente. Jailyln se sintió a gusto, como si fuesen viejos amigos. Su cuerpo aprovechó para relajarse y recuperarse porque los días de sexo intenso había dejado mella. No quería admitirlo, pero sentía pequeñas molestias en algunas partes de su cuerpo que jamás le habían dolido y pensar en volver a tener sexo con Branden la hacía babear, sí, pero también temblar porque, ¿quién era capaz de aguantar aquel ritmo? Un día de descanso le vino fenomenal, tanto a su cuerpo como a su mente, y disfrutó de la buena compañía.

Al llegar la noche, se presentó un pequeño problema.

Jailyln, cansada, dio las buenas noches y subió a su cama, dejando solos a los dos hombres, charlando y tomando una copa sentados en el sofá.

—¿No es hora de que te vayas al hotel? —lo espoleó Branden—. Se está haciendo muy tarde.

—No. Ya te he dicho que pensaba quedarme a dormir esta noche —contestó, empeñado en tocarle los huevos.

—Solo hay dos camas y sabes que no me gusta dormir con las mujeres que traigo aquí.

—Siempre puedes compartir cama conmigo —lo provocó, mirándolo con ojitos tiernos—. ¿Qué dices?

—Que eres gilipollas —refunfuñó Branden y, acto seguido, se tomó de un trago el whisky que quedaba en su vaso—. Yo también me voy a dormir —añadió, levantándose.

—¿En mi cama o en la de Jailyn? —lo pinchó, ahogando una risa.

—Vete a la mierda.

—Recuerda, nada de sexo porque como os oiga follar, me invitaré a la fiesta y a ella no le hará ni puta gracia.

—Que te jodan, Kerr.

—Ya me gustaría, pero Jailyn no está por la labor.

Desde la escalera, Branden no pudo ver la sonrisa que ensanchó el rostro de Kerr. Satisfecho consigo mismo, este se arrellanó en el sofá y puso los pies sobre la mesita. Cuando quería podía ser un cabrón de tomo y lomo. Con su maniobra, obligaba a su amigo a compartir cama con la chica, pero solo para dormir, algo que él consideraba un acto mucho más íntimo y vinculante que el simple sexo. Se podía follar con cualquier mujer que estuviera dispuesta a ello, pero solo se dormía con aquellas que te importaban. Branden solo había compartido cama con Georgia, y ya era hora de que pasase página del todo y empezase a darse cuenta de que lo que sentía por la pequeña Jailyn era mucho más que mera atracción sexual.



## Capítulo trece

Una jodida tortura. Eso fue para Branden pasar la noche junto a Jailyn, sobre todo cuando ella se dio la vuelta, ya dormida, y le pasó el brazo por encima del torso, acurrucándose a su lado y dejando ir un suspiro de satisfacción. Y no fue solo por el picotazo en los huevos o por la incomodidad de tener la polla tan hinchada que parecía a punto de reventar.

Fue porque descubrió con angustia que podría llegar a acostumbrarse a ello. Que tenerla entre sus brazos lo llenaba de una extraña sensación de paz, como si estuviese en el lugar correcto por primera vez en su vida. Darse cuenta con horror de que quería más de ella lo dejó sin aliento, el aire escapando de sus pulmones en un sálvese quién pueda magnificado.

No. No podía ser. No podía permitirse algo así. Los planes que había trazado para su futuro no podían ser alterados. Si quería lograr su objetivo de convertirse en alguien importante, tenía que seguirlos a rajatabla, sin desviarse ni un milímetro.

«Y, ¿a qué viene esa obsesión por medrar? ¿Esa ambición desmedida por alcanzar el poder?».

Quizá, porque siendo un niño se lo quitaron todo. Quizá, porque tenía miedo a volver a sentirse solo y perdido, sin posibilidad de decidir sobre su propia vida. Estaba seguro de que el dinero y el poder le darían la estabilidad que tanto necesitaba. No quería volver a vivir en un cuchitril, ni pasar hambre o necesidad. El niño perdido y asustado que vivía escondido en un rincón de su mente seguía llorando de miedo ante el futuro incierto al que lo lanzó la muerte de su padre y la pérdida de la granja familiar. Era ambicioso, sí y ponía esa ambición por delante de todo lo demás. Incluso del amor.

Se levantó antes del amanecer. Solo había dormido a ratos, cuando el cansancio lo vencía, pero en cuanto cerraba los ojos y el sueño lo reclamaba, volvía a revivirlo todo. El miedo, la angustia, el llanto desconsolado de su madre, la policía exigiéndoles que abandonaran lo que había sido su hogar. La lucha de su madre por salir a flote esforzándose por cumplir en los dos empleos, la visión de su cuerpo consumiéndose por el agotamiento y las preocupaciones. Las cucarachas que campaban a sus anchas por el cuchitril en el que vivieron durante muchos años, lo único que podían permitirse. Si no hubiese sido por la beca que le cayó como una lotería millonaria, todavía seguiría allí, malviviendo en trabajos precarios sin posibilidad de escapar.

No podía dejar que todo se torciera. Estaba en el buen camino. Tenía un trabajo con el que ganaba mucho dinero; sacó a su madre de aquel cuchitril en cuanto pudo y la llevó a un apartamento decente y limpio, con amplios ventanales por los que entraba el sol; incluso intentó que dejara de trabajar porque con su sueldo podía mantenerla sin problemas, pero la mujer se negó en redondo. «¿Qué voy a hacer si no trabajo? Voy a morirme de aburrimiento», le dijo en cuanto le sugirió la opción.

No, su futuro no era negociable. No podía permitirse enamorarse de una mujer como Jailyn, que jamás aceptaría ser la segundona, la amante, la «otra». Era demasiado orgullosa para algo así. Querría un anillo, una boda, niños. Algo impensable.

Porque él no tenía intención de casarse por amor. Lo haría por interés, como parte de su plan.

Salió a correr para despejar la cabeza. Necesitaba pensar, aclararse las ideas, reencontrar la firmeza que necesitaba para no dejarse vencer por la estúpida idea de un final de cuento para ellos, un felices para siempre que lo abocaría al desastre.

Corrió, alejándose de la casa teniendo la seguridad de que Kerr estaba allí y cuidaría de Jailyn si era necesario. Corrió hasta sentir que las piernas le temblaban y que el aire no era capaz de llegar a sus pulmones. Agotado, se dejó caer contra una roca y la congoja aprovechó la fatiga para arrancarle el corazón y hacerlo sangrar.

Porque no podía permitirse el lujo de amar a Jailyn y eso lo destrozaba por dentro.

«Pero sí puedo tener un día con ella, un día como los que tendría si fuese mi mujer. Salir, divertirnos, reír. Robarle algún que otro beso. Olvidar durante veinticuatro horas mi obsesión por el control y simplemente dejar que todo fluya. Como si fuésemos una pareja cualquiera».

Kerr se levantó poco después del alba. La casa estaba en silencio y supuso que Branden y Jailyn seguían durmiendo. Se vistió sin hacer ruido y bajó los escalones con un objetivo muy claro: investigar el ruido que había oído el día anterior.

No había podido quitárselo de la cabeza y su instinto lo acicateaba. Era como una molesta sirena sonando en su puta cabeza a todas horas y no pararía hasta que comprobara que se había equivocado.

Salió al exterior cuando los rayos del sol empezaban a calentar el día y caminó hacia la parte trasera de la casa. No tardó en encontrar huellas de pisadas. Por el dibujo que habían dejado marcadas sobre la tierra húmeda, dedujo que eran unas zapatillas deportivas, y no pertenecían a Branden. Era un pie un poco más pequeño que el de su amigo. Siguió el rastro, y encontró el lugar en que el merodeador había estado echado, posiblemente observándolos. La vegetación estaba aplastada y pisoteada, y marcas en la tierra que, dedujo, eran de sus dedos.

«Esto no me gusta nada».

Siguió las huellas hacia el interior del bosque. Un papel de chocolatina, el envoltorio de un donut, una bola de papel de aluminio con restos de un bocata... Pequeños restos que le indicaron que el tipo había estado allí merodeando bastante rato.

Podría pensar que era alguien que simplemente paseaba por allí. En aquellos bosques había mucha fauna salvaje, sobre todo pájaros, y no era raro, de vez en cuando, ver algún tipo con sombrero estrafalario y prismáticos colgando del cuello, mirando hacia las copas de los árboles esperando encontrar algún ejemplar raro.

Hasta que encontró un lugar con marcas de ruedas y supo que el tipo había estado allí durante días, observándolos.

«Esto puede ser malo, muy malo».

Había latas vacías tiradas por el suelo, envoltorios de comida, papeles aceitosos, restos de fruta, y algunos cubiertos de plástico. Y, a un lado, el lugar en el que el tío había estado defecando y orinando. Las moscas estaban dando buena cuenta de los regalos que había dejado.

«Joder, espero que Branden no haya hecho con Jailyn uno de sus numeritos campestres al aire libre, porque si lo han grabado...».

No quiso pensar en el problemón que podría significar aquello para su amigo.

Se sacó una bolsa de plástico del bolsillo y recogió toda la basura con cuidado. Un acto ecológico, sí, pero también prudente. Ahí habría huellas dactilares y ADN por un tubo. Se encargaría de averiguar quién era el capullo y le daría una lección. Nadie puede espiar a sus amigos y salir indemne.

Cuando regresó, escondió la bolsa en la lancha. Tendría que hablar con Branden sobre lo que había descubierto, pero no lo haría delante de ella. No quería preocuparla y amargarle el resto de las vacaciones. Al salir de la lancha, vio a Branden corriendo por la orilla. Lo esperó al principio

del embarcadero, sentado sobre la madera y los pies bien clavados en la tierra. Esperó a que se acercara y levantó una mano para saludarlo y llamar su atención.

—Creí que todavía estabas durmiendo —le dijo levantándose.

Branden se paró a su lado y se inclinó hacia adelante, llevándose las manos a los costados. Jadeaba por el esfuerzo.

—Necesitaba salir a correr —contestó sin dar más explicaciones.

Kerr miró hacia la cabaña. A través de la ventana, vio los pies de Jailyln bajando las escaleras.

—Parece que también se ha despertado. Estamos todos muy madrugadores hoy. —Señaló hacia la cabaña muy serio—. No sé cómo coño contarte esto —musitó.

—¿Qué ocurre? Estás empezando a preocuparme. ¿Ha pasado algo?

—¿Recuerdas que ayer comenté que había oído el ruido del motor de un coche? —Branden asintió—. He salido a investigar un poco por los alrededores de la casa y he encontrado pruebas de que habéis tenido un mirón por aquí, durante varios días.

—Joder... —Branden miró hacia la casa también y se frotó el rostro con una mano. No era una buena noticia. Habían comprado esta cabaña precisamente por la privacidad que les ofrecía, lejos del pueblo y de cualquier núcleo habitado. No había muchas probabilidades de que se presentara un mirón por las inmediaciones—. ¿Jailyln lo sabe?

—No le he dicho nada.

—Mejor. Si se entera, se preocupará demasiado. ¡Joder! ¿Cómo ha podido pasar? ¿Estás seguro de lo que dices?

—He encontrado el punto en que tenía aparcado el coche. Estaba todo lleno de basura, restos de comida y latas vacías.

—¿Y no podría ser que fuese un ornitólogo despistado y que diera con la cabaña por pura casualidad?

—Podría ser —admitió Kerr, aunque no lo creía. Todo indicaba a que el tío había hecho picnic en el mismo coche. Los estudiosos de los pájaros que venían a aquella zona solían dormir en el hostel—. He recogido los restos de basura y tiraré de contactos para que analicen el ADN y las huellas dactilares. Si está en alguna base de datos, sabremos quién es y actuaremos en consecuencia.

—Te lo agradezco mucho, tío. Si algo así sale a la luz, pondrá a Jailyln en serios problemas y no quiero eso para ella.

—¿Solo a Jailyln? A ti también te causaría problemas. No creo que a tu jefe le hiciese gracia que su abogado estrella se convirtiera en el protagonista de una peli porno.

—Yo podría lidiar con la situación. Soy un tío, Kerr, y eso es una ventaja en situaciones así. En cambio, a Jailyln... la hundiría. ¡Joder! —volvió a exclamar, desesperado.

Se sintió culpable por ponerla en semejante peligro. Si el mirón los había filmado teniendo sexo y subía los vídeos a cualquier web porno, la que sufriría sería Jailyln. ¿Por qué no había tenido cuidado? Debería haber sido más prudente en lugar de dejarse llevar por la falsa sensación de seguridad que le ofrecía estar en un lugar tan apartado de la civilización. La había expuesto de la peor forma posible y, si todo salía a la luz, jamás podría perdonárselo.

—¡Eh, chicos! He hecho el desayuno.

Ambos miraron hacia la puerta de la cabaña. Jailyln estaba allí, con la misma camiseta que había usado el día anterior. Branden sintió una punzada de culpa que le retorció el estómago.

—¡Ahora vamos! —gritó, forzándose a sonreír—. Encuéntralo, Kerr —susurró a su amigo.

—Haré todo lo que pueda.

Después de desayunar, Branden la sorprendió con unos planes que tenían toda la pinta de ser divertidos. Irían al pueblo con Kerr, en la lancha, y pasarían allí el día. Branden le sacó un bikini que Georgia se había olvidado en la cabaña alguna de las veces que estuvo allí, y le prestó otra de sus camisetas. La diferencia de tallas convirtió la camiseta en un vestido que le llegaba justo por encima de las rodillas. La ropa que ella vestía al llegar no era adecuada para hacer de turista, demasiado seria y formal.

—En el pueblo, pasaremos por la tienda y te compraré algo de ropa y unas sandalias.

—Gracias, porque con esto parezco una sin techo —se rió, tirando de la camiseta.

La lancha se deslizaba sobre el agua con Kerr al mando del fueraborda. Branden la observó con ojos apreciativos.

—Te queda bien, eres una sin techo muy sexy.

Estaban sentados uno al lado del otro, mirando hacia adelante. La lancha era pequeña y no daba mucho espacio para moverse dentro de ella. Jailyne se acurrucó contra Branden y alzó el rostro para mirarlo con ojos seductores.

—¿De verdad? ¿Cuánto de sexy te parezco?

—Lo suficiente como para querer arrancarte la ropa y follarte aquí mismo, delante de él. — Señaló con el pulgar hacia Kerr, que estaba sentado detrás de ellos.

—Eres un perverso —bromeó, convencida de que no lo haría.

—¿Ahora te das cuenta? —susurró sobre sus labios entreabiertos.

No pudo resistir la tentación de besarla. Su boca le supo a libertad, a promesas de un futuro en el que el amor, la confianza y el respeto mutuo eran los pilares de una vida plena y llena de felicidad. Las tímidas manos de Jailyne sobre sus hombros lo estremecieron y profundizó el beso, transformado la ternura inicial en algo salvaje y demoledor. ¡Dios! Su corazón galopó y un instinto primario y feroz se abrió paso a través de la razón, descubriéndole una parte de sí mismo que siempre mantenía bajo control: el hombre posesivo y anárquico que deseaba romper las cadenas de la prisión en que él mismo se había encerrado y que jamás había podido exorcizar del todo. El hombre capaz de mandarlo todo a la mierda solo por un beso de la mujer que amaba.

Se apartó, renuente, cuando oyó la risa ahogada de Kerr.

—Prohibido follar delante de mí si no puedo participar, ¿recordáis? —se rió.

Era bueno ver a Branden subyugado por esta chica. Necesitaba en su vida a alguien que le recordase las cosas importantes de la vida y lo hiciese olvidar todos esos sueños de grandeza que, a un hombre como él, lo convertirían en un ser infeliz y desgraciado. Aunque él se empeñaba en negarlo, Kerr sabía que, en el fondo, su amigo era un romántico, y era urgente que se diese cuenta de ello antes de que fuese demasiado tarde.

En el pueblo, Kerr se despidió de ellos. Se quedaría en el hostel hasta el domingo, el día en que los tres volverían a Nueva York y a sus vidas. Jailyne pensó con tristeza en ese momento ya tan cercano. Era viernes, la semana había pasado volando, y no le apetecía nada volver a su vida anterior. Quería seguir junto a Branden, conociéndose y disfrutando de un sexo de escándalo.

Caminaron juntos hasta el final del embarcadero de madera. Allí había una pequeña tienda, casi más un tenderete, cuyo género ocupaba gran parte del paso. Vestidos ligeros y frescos, muy juveniles y veraniegos, estaban colgados de perchas, meciéndose con la brisa que venía del lago. Branden le compró un vestido en tonos verdes y amarillos, con grandes margaritas estampadas. Era de tirantes, ceñido al talle y con la falda con un poco de vuelo. Y también unas sandalias de tiras, de las de estilo romano.

—¿Quieres una pamelita de paja para el sol? —le preguntó medio en broma.

—¡Me encantan las pamelitas! —exclamó ella, haciendo que Branden la mirase como si le hubiese salido una segunda cabeza—. ¿Qué pasa? Son bonitas y prácticas, sobre todo si llevan un floripondio enorme como esta.

Se encasquetó el objeto del que hablaba, que tenía una gigantesca flor roja pegada en el ala, y posó como si fuese una gran señora inglesa en Ascot, luciendo palmito antes de sentarse a ver las carreras de caballos.

—También me la quedo —le dijo Branden a la tendera, que los miraba con una media sonrisa.

—¡No! —exclamó Jailyne horrorizada, quitándosele de la cabeza para volver a dejarlo en su sitio—. ¡Era una broma!

La pamelita era horrorosa y ni por todo el oro del mundo se la pondría.

—Pues ahora vas a tener que llevarla, pequeña bruja.

Branden le dio un cariñoso golpecito en la punta de la nariz con el dedo mientras veía cómo la risa bailaba en el brillo de sus ojos castaños.

—Pues vale. ¿Crees que me da vergüenza? A estas alturas, deberías saber que no tengo. —Se lo volvió a encasquetar, alzó la nariz toda digna e intentó mirarlo con altanería, pero el floripondio pesaba demasiado y dobló el ala del sombrero, haciéndola bizquear—. ¿Vamos o qué?

Branden estalló en carcajadas.

Pasearon por el puerto cogidos de la mano, comieron en la terraza con vistas al lago de uno de los coquetos restaurantes, se robaron comida uno al otro, charlaron de mil cosas, bromearon sobre cualquier cosa y se rieron mucho. Casi se sintieron como si estuvieran teniendo una cita de las de verdad, de aquellas que pueden ser el prólogo de una relación seria y duradera, cuando empiezas a sentir mariposas en el estómago y te preguntas si el otro es la persona que estabas esperando, aquella con la que estás destinada a compartir tu vida.

Después de comer, Branden tuvo la genial idea de practicar esquí acuático. Primero fue él, con su chaleco salvavidas y el bañador que ya le había visto antes. Demostró que sabía lo que se hacía y que no era la primera vez que se subía a esos esquís. Jailyne disfrutó viéndolo desde la popa, agarrada con fuerza, riéndose a gritos cada vez que la lancha saltaba a toda velocidad por encima de una ola. Cuando le tocó a ella, se rió igual que una niña. Se cayó varias veces, empapándose de agua y burlándose de su propia torpeza.

Al caer la tarde, volvieron a la cabaña en uno de los taxis que había en la entrada del puerto. Jailyne empezó a encontrarse mal, pero no dijo nada. Tenía escalofríos y la frente perlada de sudor.

«Solo estoy agotada», intentó convencerse. Nada que una noche de sueño no pudiese reparar. Pero, una hora después, la fiebre le había subido a treinta y ocho grados.

## Capítulo catorce

—Voy a llamar al médico.

—No seas tonto, no es nada —refunfuñó Jailyn acostada en el sofá.

—Tienes fiebre.

—Treinta y ocho no es nada, de verdad. A mí me sube la fiebre con un simple resfriado. Mientras no pase de treinta y nueve, no hay que preocuparse.

Branden rodeó el sofá y se sentó en el borde, mirando a Jailyn con dureza.

—Deberías obedecer a tu Maestro.

—Oh, por favor, no me jodas con eso ahora. Estoy enferma, ¿sabes?

—¡Precisamente! —estalló Branden, exasperado. Parecía más que preocupado. Jailyn casi sintió ternura por él, si no fuese porque se estaba comportando como un idiota—. Tienes fiebre, frío, te duele la garganta y la cabeza.

—Lo que vienen siendo los síntomas de un resfriado común. Dame un antigripal, y todo solucionado.. O, en su defecto, un paracetamol. Tienes paracetamol en tu botiquín, ¿no?

—Por supuesto que tengo paracetamol. Entre otras muchas cosas.

Branden se levantó y fue al baño para revolver en el armario de las medicinas. No comprendía por qué Jailyn era tan reticente a que la viese un médico. La auscultaría, le tomaría la temperatura, le miraría la garganta, y saldrían de dudas sobre si era un simple resfriado o si esa tarde, con tanto remojón en el agua helada del lago, había pillado una pulmonía.

Le llevó el paracetamol y un vaso de agua, que ella tomó con dificultad porque notaba la garganta como si un gato la hubiese arañado.

—Voy a prepararte algo de cenar.

—Dios, no, no podría tragar nada.

—¿Un vaso de leche con miel? Dicen que va bien para la garganta.

—Sí, eso me encantaría. ¿Te gusta la miel?

—Oh, sí —contestó él con picardía—. Me gusta untarla, y no precisamente en las tostadas.

—Joder, Branden, no me digas estas cosas cuando estoy hecha un pañuelo lleno de mocos.

—Oyó la risa de Branden en la cocina—. Me haces imaginar cosas y me pongo peor.

Oyó el *clinc* del microondas y después, el repiqueteo de la cuchara dentro del vaso. Branden apareció y se sentó a su lado para ofrecerle la bebida prometida.

—Es bueno saberlo, para tenerlo en cuenta en un futuro.

No supo por qué dijo aquello. No había futuro para ellos. El domingo su aventura terminaría y no volverían a estar juntos. Esa era su norma principal desde que Georgia lo había abandonado. Nada de involucrarse con las sumisas. Nada de tener sentimientos. Nada de esperar algo más allá del sexo puro y duro.

Aunque...

Bueno, con ella podría hacer una excepción. Si iba de frente y le dejaba claras las cosas, tenía una posibilidad de que aceptase seguir viéndose en el Taboo. Podría convertirla en su sumisa hasta que encontrase a la mujer adecuada para casarse. Con suerte, comprendería sus motivos para no querer una relación seria. Hasta podía ser que tampoco la buscase, que solo esperara de él lo que ya tenían, una relación sexual sin más. Si era así, que él acabara casándose no tendría la más mínima importancia.

Sería cuestión de tantearla.

Aunque en el fondo sabía que no tenía ni una oportunidad, la esperanza era demasiado perra como para abandonarle.

—Creo que me voy a ir a la cama. No estoy del todo cómoda aquí —susurró al terminar de beberse la leche.

—Te acompaño. Después, bajaré a cenar algo rápido y volveré para acostarme a tu lado. No pienso dejarte sola.

—Solo es un poco de fiebre.

—Que puede subir y volverse un peligro. No protestes, esta noche voy a cuidar de ti. Y te sube más, llamaré al médico digas lo que digas.

—Está bien, don mandón —refunfuño, intentando parecer molesta aunque, en el fondo, se sintió agradecida.

Sí, el Branden Ware que había ido descubriendo durante estos días era un hombre tierno, amable y protector que cuidaba de su gente. También era intenso, mandón y un pervertido sexual, pero no podía considerarlo defectos cuando la habían hecho descubrir un mundo de placeres inimaginables.

Branden se pasó casi toda la noche en vela, espabilándose cada poco para comprobar que la fiebre no había subido. Sin despertarla, le ponía el termómetro y respiraba tranquilo cuando veía que el paracetamol estaba haciendo bien su trabajo. Su temperatura rayaba los treinta y siete grados, pero eso podía considerarse normal. Casi al amanecer notó que volvía a subir un poco. La despertó para que se tomara otra pastilla y volvió a acostarse a su lado para vigilar su sueño.

Tuvo mucho tiempo para pensar, quizá demasiado. Su cabeza y su corazón mantuvieron una discusión constante entre lo que quería uno y lo que deseaba el otro. Sueños, esperanzas, futuro. Todo era diferente dependiendo de si Jailyne estaba o no presente.

Sin ella a su lado, su camino era claro y diáfano: si jugaba bien sus cartas, con una carrera brillante como abogado como la que tenía, meterse en política sería fácil. Ya había hecho bastantes contactos en ese sentido y, si hacía un buen matrimonio, tendría el camino despejado para presentarse a la alcaldía. Una vez allí, no sería difícil llegar a gobernador. Y, con los años...

Dinero y poder. Quizá, sentarse detrás de la mesa del despacho oval.

Con ella, el futuro que se le presentaba no era tan tentador para su ego y su ambición: una casita, familia, hijos, estancarse en su profesión, pasarse la vida defendiendo a hijos de puta que eran más culpables que Charles Manson. Y, si decidía dedicarse a la política, traería discusiones con Jailyne cuando pasase demasiado tiempo lejos de casa, incompreensión, amargura... Y el divorcio. Porque Jailyne no era del tipo de mujeres que aguantaban ciertas cosas. Ella querría a su marido presente en su vida y en la de sus hijos, y no una figura con la que se veía de vez en cuando, cuando el trabajo se lo permitiera.

No, no había futuro para ellos sin que él cambiase de rumbo. Y no estaba dispuesto a hacerlo.

Branden la dejó dormir casi toda la mañana. Él se levantó temprano, con el corazón revuelto y la cabeza mareada, sintiéndose en la encrucijada más importante de su vida y sin ser capaz de dar el paso definitivo que él sabía el correcto para su felicidad. Porque su ambición había estado alimentada a base de años de miseria y privaciones y no era capaz de desprenderse de esa necesidad. Además, ¿cómo podía pensar en que se estaba enamorando, si solo hacía una semana que la conocía? Sí, trabajaban en el mismo sitio y habían hablado algunas veces, pero durante todo el tiempo fue como cualquier otra empleada a la que no le prestaba demasiada atención. Hasta que oyó la maldita conversación con su amiga Kendra en la que confesó entre susurros sus

fantasías sexuales de ser secuestrada y dominada.

¿Por qué oíría aquella jodida conversación? Su vida transcurría plácida entre el trabajo y sus devaneos sexuales en el club, sin complicaciones. Debería haberlo dejado pasar.

Pero no lo hizo.

Se lanzó de cabeza sin preguntarse a qué venía esa súbita necesidad de mostrarle a Jailyln el submundo en que él se movía, y se había quedado atrapado en una ratonera de la que no sabía cómo escapar.

A media mañana, Jailyln se levantó sintiéndose algo mejor. Todavía le dolía la garganta y la cabeza, y tenía el cuerpo como si le hubiesen dado una paliza; pero la fiebre había desaparecido.

Bajó vistiendo la misma camiseta con la que había dormido, y se encontró con Branden sentado en el porche mirando hacia el lago.

—Buenos días —lo saludó, sentándose a su lado.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero hecha polvo. Necesito darme una ducha. ¿Podrías prestarme una camiseta limpia?

—Por supuesto.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Ninguno específico más allá de pasarnos el día tirados en el sofá para que puedas descansar y recuperarte.

—Nos vamos a aburrir mortalmente, ¡si ni siquiera hay televisión!

Branden dejó ir una risa suave. Jailyln empezaba a conocer qué se escondía detrás de cada una de sus expresiones, y esta decía claramente «yo sé algo que tú no sabes».

—Las apariencias, engañan, Jailyln. Ven. —La cogió de la mano y entraron en la cabaña. Fueron hacia la zona del salón. La pared detrás del mueble estaba recubierta con paneles de madera. Branden presionó uno con suavidad y este se abrió hacia un lado, dejando al descubierto una magnífica televisión de cincuenta pulgadas escondida detrás.

—Eres un tramposo. Me has tenido aquí aburrida de muerte durante un montón de días y no has sido capaz de decirme que había una televisión.

—¿Aburrida? ¿En serio te has aburrido todos estos días? —susurró. La diversión bailaba en el brillo de sus ojos—. Entonces, es que no he hecho las cosas bien.

—Bueno... —Jailyln se hizo la interesante, dejándose caer en el sofá, extendiendo ambos brazos sobre el respaldo—. He de reconocer que ha habido momentos puntuales en que me lo he pasado bien.

—¡Menos mal! —Branden se llevó una mano al pecho, exagerando de forma muy dramática una expresión de alivio—. Estaba a punto de echarme a llorar.

—Pagaría por ver eso —exclamó con una carcajada—. No te imagino llorando, la verdad.

—No te gustaría verme —contestó sin dejar de sonreír mientras se sentaba a su lado—. Me pongo muy feo.

—¡Como si fueses guapo cuando no lloras!

—¡Eh! —protestó haciéndose el ofendido—. Soy un tío guapo y atractivo, con mucho encanto e interesante. No me menosprecies.

Jailyln giró el rostro para mirarlo y sonrió, con una mezcla de tristeza y melancolía.

—¿Sabes una cosa? Cuando entré a trabajar en el buffet y te conocí, pensé que eras un estirado, demasiado serio para ser interesante a pesar de lo guapo que eras. Ni siquiera comprendo por qué me sentí atraída por ti. ¡Nunca te vi sonreír o bromear como hacen otros!

Branden carraspeó. Que ella confesara que se había sentido atraída desde el principio



despertó en él un remolino de ternura un tanto inexplicable y se le formó un nudo en la garganta. Hacía tres años de eso. Tres años en que la había tenido delante de las narices pero no había reparado en ella. Qué estúpido había sido.

—Bueno, es mi lugar de trabajo —se excusó—. No voy a divertirme ni a pasármelo bien, sino a cumplir con mi obligación.

—Un trabajo que te apasiona no debería ser visto como una obligación.

—Ser abogado no es mi pasión. Solo se me da bien y es el medio que escogí para llegar a un fin concreto.

—Y ¿cuál es ese fin?

La conversación se estaba convirtiendo en algo demasiado personal y profundo. Se sintió incómodo, observado por los ojos escrutadores de Jaily, que esperaba en silencio su respuesta.

—Ya te lo dije —contestó, removiéndose en el sofá.

—Hacerse rico no debería ser un fin en sí mismo. ¿En serio no hay algo más?

Molesto por su comentario, se levantó del sofá para ir a coger el mando a distancia del televisor, guardado en uno de los cajones.

—No tienes ningún derecho a juzgarme —contestó, seco—. No sabes nada de mí.

—¿No te estoy juzgando! —se defendió, sorprendida de que él se hubiese enfadado—. Solo era una reflexión. Además, —contraatacó—, si no sé nada de ti, ¿de quién es la culpa? Te lo he contado casi todo sobre mí, pero tú apenas has abierto la boca excepto para contarme cuatro chorradas que cualquiera puede adivinar.

—No lo he hecho porque no es de tu incumbencia —le espetó sin mirarla.

Dios, que mal se sentía discutir con ella, pero no podía detener la rabia que sentía. ¿Por qué se empeñaba en meterse en su vida? ¿Por qué tanta curiosidad? No quería hablar de sí mismo, pero no se paró a pensar en la razón: porque quizá, solo quizá, se estaba dando cuenta de lo vacías y banales que eran sus expectativas de futuro, y se sentía avergonzado por no tener una meta más noble e importante.

Los ojos de Jaily brillaron por el dolor. Sus palabras fueron como una bofetada dada con la mano bien abierta, en toda su cara. No entendía a qué venía su enfado, ni por qué se mostraba tan esquivo y ofendido solo porque ella se interesaba por él y por su vida. Quería conocerlo mejor, eso era todo, pero fue como si hubiese abierto alguna herida invisible y por eso se revolvió como un animal herido.

—Lo siento —susurró acongojada—. Me vuelvo a la cama, no me encuentro muy bien.

Se levantó e intentó marcharse con dignidad, aunque tenía unas terribles ganas de echarse a correr escaleras arriba para refugiarse en la intimidad del dormitorio. Esperaba que no fuese tras ella porque necesitaba estar sola.

«Idiota, idiota —se dijo mientras sus pies subían cada escalón—. No le interesas, no eres nada para él. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Solo quiere una cosa de ti, y ya se lo has dado. Olvídate, no seas idiota, o acabarás con el corazón destrozado».

Pero era más que tarde. Se había enamorado de Branden sin poder evitarlo, y el dolor estallaría en cuanto su corazón aceptase que él no sentía lo mismo por ella.

Branden no se giró cuando se marchó. Se quedó solo con el mando a distancia en la mano, mirándolo con extrañeza, como si no recordase cómo había ido a parar allí. Lo devolvió al cajón y se mesó el pelo. ¿Por qué había sido tan brusco con ella? Podría haber desviado la conversación con alguna broma, o haberla callado dándole un beso. Eso la habría silenciado y él habría tenido la oportunidad de cambiar de tema.

Pero se había puesto a la defensiva, como si sus palabras fuesen un ataque, y había contestado con brusquedad y malicia, sabiendo que la heriría.

«Eres un imbécil y Jailyn no se merece que la trates así».

Por supuesto que no se lo merecía, y debía pedirle perdón.

Subió y llamó a su puerta. Ella no contestó, así que entró sin esperar su permiso. Jailyn estaba sentada a los pies de la cama y, cuando alzó el rostro para mirarlo, pudo ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lo siento —le susurró—. He sido muy desagradable contigo.

—Sí, lo has sido.

Branden se acercó y se sentó a su lado.

—Lo siento, de veras. Me he sentido juzgado y no me ha gustado.

—Solo era simple curiosidad, Branden. Nada más. Jamás se me ocurriría juzgarte, ni a ti ni a nadie. Cada quién conoce cuáles son sus motivaciones y porqué las tiene, y yo no soy nadie para opinar sobre ellas. Solo que... no sé, creí que habíamos desarrollado algún tipo de relación, aunque solo sea de amistad.

—No hemos venido aquí a hacernos amigos —susurró él, mirándola a los ojos.

—No, supongo que no —contestó ella devolviéndole la mirada—. Pero es que no entiendo por qué te cuesta tanto hablar de ti mismo.

Sus ojos se quedaron prisioneros. Un algo especial los unió durante un instante: un sentimiento de pertenencia que surgió como una ola gigantesca, inundándolos de implacable ternura. Como si la araña del destino estuviera entrelazando sus almas, tejiendo el tapiz que conformaría la vida a la que estaban destinados. Los embargó una inexplicable emoción, que creció en sus corazones y se expandió a sus almas, dejándolos mudos y confusos, vapuleados por la tormenta anímica que estaba sacudiendo sus vidas.

Fue un momento eterno y efímero a la vez, que los llenó de dicha y de miedos.

—No te he traído aquí para esto —murmuró Branden con brusquedad, rompiendo el momento mágico. El miedo había ganado la partida.

Se separó de ella y se levantó de la cama. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró por la ventana, dándole la espalda.

—¿Qué? —preguntó ella, aturdida aún por el instante que había vivido. Había ocurrido algo importante, ¿verdad? No habían sido imaginaciones suyas. Habían estado a punto de dar un paso importante, pero él se había asustado. ¿Por qué?

—Que no hemos venido para hacernos amigos —repitió con voz áspera—. Hemos venido a follar, nada más.

—Pero no puedes pretender pasar una semana junto a alguien y que no nazca algún tipo de sentimiento, aunque solo sea de amistad efímera —añadió lo último sintiendo que se le quebraba la voz.

¿Por qué Branden estaba resultando ser tan recalcitrante con el asunto de los sentimientos? Como si se negase a sentir nada más allá de la pasión. Sexo y nada más, ¿era lo único que le importaba? ¿Lo único que quería?

—¿Por qué no? —replicó él con rudeza—. Para mí, siempre ha sido así y me ha ido muy bien.

—Siempre ha sido así porque parece que nunca permites que haya algo más. Lo estoy viendo ahora. Te encierras en ti mismo y rechazas cualquier acercamiento. No entiendo por qué.

—Soy como soy, Jailyn. No busques lo que no hay, ni insistas en querer conocerme o cambiarme. Pasemos esta tarde tranquilos, viendo la tele y descansando. Al fin y al cabo,

mañana volveremos a Nueva York y todo habrá terminado entre nosotros.

«¿Qué hago aquí?» se preguntó Jailyn de repente. ¿Qué hacía allí, intentando comprender a un hombre que no quería ser comprendido? Un hombre que rechazaba cualquier acercamiento emocional, y que huía como un cobarde en cuanto ella intentaba conocerlo mejor.

—¿Sabes qué? —Se frotó el rostro con la base de la palma de la mano. De repente se sentía triste y derrotada, sin saber por qué continuaba allí. Necesitaba alejarse y poner distancia entre ellos y con todo lo que había ocurrido durante aquellos seis días—. No hace falta esperar a mañana. No me encuentro muy bien y me gustaría volver a casa hoy mismo.

Branden no se inmutó, o eso le pareció a ella. Pero su interior se resquebrajó y tembló, como si tuviese los pies en el borde de un precipicio y la tierra estuviese empezando a ceder, amenazando con arrastrarlo al abismo.

—¿Estás segura? —preguntó, intentando darle firmeza a su voz y transmitir una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

—Sí.

—Entonces, usa tu palabra de seguridad. ¿Recuerdas cuál es?

—Por supuesto. Archivo.

Branden asintió. Estaba cayendo y sus manos buscaban con desespero algo a lo que aferrarse. Quería caer a sus pies y suplicarle que se quedara. Quería abrirle el corazón y vomitar cada sentimiento oculto. Quería mirarla a los ojos y decirle «te quiero».

Pero no lo hizo.

—Está bien. Te traeré tu ropa y tus cosas y llamaré a Kerr para que venga a buscarnos.

## Epílogo

No hablaron mucho más durante las horas siguientes. El silencio incómodo se interpuso entre los dos, sumidos en sus propios pensamientos. Ni siquiera cuando Kerr apareció con el coche alquilado fueron capaces de decirse algo más que alguna palabra suelta.

Branden sentía que lo estaba perdiendo todo aunque acababa de recibir lo que quería. Ella se alejaba de su vida y entre ellos no quedaría nada, solo la relación profesional que no podrían evitar al trabajar en el mismo sitio. Al menos, hasta que Jailyne llevara a cabo su sueño de encontrar trabajo en alguna de las grandes bibliotecas que había en Nueva York. Se sintió mezquino cuando deseó que eso no ocurriera nunca.

Jailyne reprimió las ganas de llorar hasta que llegaron al pequeño aeropuerto en el que los esperaba la avioneta que los llevaría de vuelta a casa. Al llegar allí fue demasiado consciente de todo a lo que renunciaba y la congoja fue tan insoportable que tuvo que buscar una excusa para alejarse de Branden unos minutos. Dijo que necesitaba ir al baño, el único lugar en el que estaría fuera del alcance de la mirada de ambos hombres.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros? —le preguntó Kerr a Branden directamente en cuanto ella se alejó.

—Nada.

—No seas gilipollas, tío. No estoy ciego. Ella está triste y tú, hecho mierda. ¿En qué la has cagado?

—¿Por qué he de ser yo el que la haya cagado? —se ofendió Branden. Estaba furioso consigo mismo y echarle la culpa de su cabreo a su mejor amigo era una buena opción para no enfrentarse a la realidad: que no quería que su relación con Jailyne terminara, pero no tenía el valor suficiente para arriesgarse.

—Porque siempre somos los tíos los que solemos meter la pata —contestó Kerr con tranquilidad, encogiéndose de hombros.

—Pues nadie la ha cagado —siguió Branden, hablando con brusquedad, completamente a la defensiva—. Anoche tuvo fiebre y quiere volver a su casa. Eso es todo.

—No parece que eso sea todo —insistió.

—Kerr, tío, déjalo, ¿quieres?

—Muy bien, tú verás qué haces con tu vida.

No era asunto suyo, pensó Kerr, pero le dolía ver a su amigo así. Estaba hundido, aunque se negase a reconocerlo. Aquella mujer le había calado hondo, hasta los huesos, hasta el alma, y era tan capullo que pensaba dejarla escapar por culpa de una estúpida y desmedida ambición que no le llevaría a ninguna parte. Conocía muy bien los planes de futuro de Branden y, aunque sabía a ciencia cierta que lo llevarían a una vida llena de amargura, nunca había tenido demasiado interés en darle su opinión al respecto. Branden era obstinado y nunca escuchaba a los demás. Tenía muy claro qué quería y el camino que debía seguir para alcanzar sus metas, y no iba a dejar que el amor se interpusiera en su camino.

«A no ser que...».

Una idea germinó en su mente. Una idea que apartó inmediatamente porque arriesgaría su amistad.

No, no debía entrometerse. Branden era un chico grande que podía tomar sus propias decisiones. Allá él si eran erróneas.

Jailyn salió del baño de mujeres al cabo de diez minutos. Se había refrescado mojándose el rostro con agua del grifo, y controlado las ganas de llorar mirándose al espejo y repitiéndose que no era el momento, que él no se lo merecía. Ningún hombre merece las lágrimas de una mujer. Volver junto a ellos con los ojos enrojecidos a causa del llanto no era una opción plausible. No quería que supiera que había llorado por él. No se lo merecía.

Era más que evidente que no sentía nada por ella. El amor que le había parecido ver reflejado en sus ojos cuando la miraba, o en sus casuales gestos de cariño, solo fue un espejismo, quizá un reflejo del amor que ella sentía por él. Se lo había imaginado todo, esa era la verdad. Tenía que aceptarlo, volver a su vida y concentrarse en recomponer su destrozado corazón.

¡Qué idiota había sido! Jamás debió aceptar quedarse allí. ¿De verdad había creído posible pasar una alucinante semana a su lado y poder volver a su rutina como si tal cosa, sin salir herida? ¡Estúpida, estúpida! Se había engañado a sí misma diciéndose que solo iba a ser sexo y experimentación, ocultándose el motivo real: el pequeño y casi insignificante rayo de esperanza que tenía de que él también se enamorara.

«Te ha salido el tiro por la culata y te ha estallado en toda la cara».

—Estoy lista —anunció con voz monótona en cuanto llegó junto a ellos.

Se dirigieron a la pequeña avioneta, una de dos motores pintada en blanco y azul, y subió, sentándose en uno de los asientos traseros.

Branden se sentó delante, dándole la espalda, y sintió aquel gesto como una bofetada, una declaración directa de lo que ella significaba para él: nada.

Aunque, en el fondo, tuvo que agradecerse. Habría sido insoportable estar sentada a su lado, con su cuerpo tan cerca, durante el tiempo que durase el trayecto.

Llegaron a Nueva York dos horas después. El silencio en la cabina fue insoportable hasta para Kerr, que se esforzó por sacar alguna conversación intrascendente. Pero, las contestaciones monosilábicas de Branden y el silencio obsesivo de Jailyn, lo obligaron a darse por vencido. Dio gracias a Dios cuando por fin tomaron tierra y se dirigió al pequeño hangar en el que guardaba la avioneta, porque habían sido las dos horas más incómodas de su puta vida.

Branden saltó al suelo e intentó ayudar a bajar a Jailyn, que ignoró su mano extendida para arreglárselas por su cuenta sin problema alguno.

—Te llevaré a casa —le dijo con voz cortante.

Jailyn lo interpretó mal. Creyó que era una orden, la última que le daba, y se negó a obedecerla. Meterse en el coche con él sería una tortura mayor de lo que podía aceptar. Contestó en el mismo tono seco que él había usado, consiguiendo que las palabras se le agriaran en la boca como leche pasada.

—No, gracias.

—Yo... siento haberlo dicho así. —Su voz se sintió rota a pesar de los esfuerzos que hizo para parecer sereno. Era un momento especialmente doloroso, sin importar que esta despedida fuese lo que él quería—. Permítele a Kerr que te acompañe, entonces. Por favor.

La disculpa y la súplica la llevaron a observarlo con detenimiento. Había algo en sus ojos que le retorció el corazón y la enfureció al mismo tiempo. Parecía triste y derrotado, nada que ver con el Amo seguro y exigente que había conocido durante los seis días que habían pasado juntos. «¿Triste? ¿Derrotado? Deja de imaginarte cosas que no son», se dijo.

—Soy perfectamente capaz de llegar a mi casa yo sola, gracias. No necesito tu ayuda, ni la de nadie. Pediré un taxi.

—Deja que por lo menos te pague...

—Ni hablar —lo cortó, tajante. Solo le faltaría eso para sentirse peor de lo que ya estaba, que le diese dinero. Supo que lo hacía con la mejor de las intenciones, pero sintió que su dignidad se retorció como cuando escurres un tapo mojado.— Tampoco necesito tu dinero, Branden. No es eso lo que...

«No es eso lo que quiero de ti», iba a decir sin pensar, dejando que fuese el corazón y la rabia las que hablasen; pero se mordió la lengua a tiempo. No iba a rebajarse así. Él no la quería, jamás le había hecho promesas ni dicho lo contrario, y debía aceptarlo con estoicismo. Para Branden, era otra más en su larga lista de amantes. Podía ser que se sintiese un poco culpable por cómo habían acabado las cosas, aunque tampoco fuese un final especialmente dramático excepto para sí misma y su pobre corazón; pero solo era eso, nada más. Sus intentos de ser amable solo eran una manera de sentirse mejor consigo mismo.

«No voy a facilitarte las cosas», pensó de manera irracional, como si con su actitud pudiese castigarlo por no amarla.

«Estás siendo terriblemente infantil», se amonestó, acto seguido, pero no rectificó. No iba a aceptar su dinero. Punto.

—Nos vemos mañana en el trabajo —le dijo a modo de despedida, y la certeza de que al día siguiente se vería obligada a verlo, le retorció las entrañas.

Solo quería hacerse un ovillo y hartarse de llorar. Llamarse estúpida e imbécil, darse de hostias por ser tan gilipollas; quizá hacerse muy chiquitita hasta que los sentimientos desapareciesen.

—Nos vemos mañana —contestó él, sintiendo que el alma se le rompía en mil pedazos.

Por un instante, sus pies dieron un paso hacia ella. Quería gritarle que no se marchase así, que no podían terminar, que la amaba. Deseó aferrarla entre sus brazos, aprisionarla contra su cuerpo y besarla hasta que perdiese el sentido.

Pero no estaba preparado para ello.

La dejó marchar, viendo cómo un futuro lleno de amor y dicha desaparecía con ella, repitiéndose que estaba haciendo lo correcto, que no podría ser feliz dejando de lado su desmedida ambición.

Kerr, que se había mantenido apartado de ellos para darles un mínimo de intimidad, se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

—Eres idiota, Branden —le dijo, haciendo chasquear la lengua con disgusto.

—Lo sé —contestó el aludido, sin dejar de mirar la figura femenina que se alejaba de él.

Y eso fue lo más cerca que se atrevió de confesar en voz alta lo que sentía.

Próximamente

ATRAPADO POR MI SUMISA

Bilogía ¡¿Secuestrada?! Vol II

Branden es incapaz de olvidar a Jailyn, y verla continuamente en el trabajo no lo ayuda a recuperarse de su ruptura. Pero su ambición ejerce demasiado poder sobre él como para reunir el valor suficiente y arriesgarse a reconquistarla.

Cuando Jailyn se convierte en la sumisa de otro Dom, los celos hacen acto de presencia y lo obligan a replantearse su presente y su futuro.

¿De verdad quiere una vida sin tenerla a su lado?

Mientras, el desconocido obsesionado con Jailyn pone en marcha su plan y precipita las cosas.

¡Qué angustia! ¿Tienes ganas de leer ya la segunda parte?

Sigue a la autora en Instagram para no perderte ninguna noticia relacionada con su lanzamiento

IG: @sophie\_west\_autora

## **OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA**

### **Saga New Humans:**

- \_\_\_ [Rael. Tierra \(New Humans 1\)](#)
- \_\_\_ [Uragan. Aire \(New Humans 2\)](#)
- \_\_\_ [Nirien. Fuego \(New Humans 3\)](#)

### **Trilogía El escocés errante:**

- [El secuestro](#)
- [La hija del Laird](#)
- [La dama de las flores](#)

### **Novelas independientes:**

- [Mi dulce sumisa](#)
- [GATO POR LIEBRE](#) (junto a Kattie Black)
- [Esclava victoriana](#)
- [Placer y obsesión](#)
- [Inocencia Robada](#)
- [Destino traicionado](#)

### **Relatos:**

- [Hot, hot Christmas](#) (junto a Kattie Black)
- [Sometida a tus caricias](#)



## **ÚLTIMAS NOVEDADES**

[MALA ESTRELLA](#) de Kattie Black

[EL SECRETO DE EMMA](#) de Kattie Black

[HIJOS DEL SOL II. HORIZONTE SOBRE ARËMEN](#) de Rowan Fox

[GATO POR LIEBRE](#) de Kattie Black y Sophie West

[MI DULCE SUMISA](#) de Sophie West